

*Estudios
del México antiguo*



Beatriz Barba de Piña Chán
• William Folan • Román Piña
Chán • Angelina Macías
Goytia • Julio César
Olivé Negrete • Perla Valle
de Revueltas • Doris Heyden
• Emma Pérez-Rocha

ESTUDIOS DEL MÉXICO ANTIGUO

Estudios del México antiguo

Beatriz Barba de Piña Chán
(Coordinadora)

Serie Historia
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Primera edición: 1996

© **Instituto Nacional de Antropología e Historia**
Córdoba 45, col. Roma, CP 06700, México, D. F.

ISBN 968-29-5243-3

Impreso y hecho en México

Índice

Presentación	9
La importancia de la abuela en la sociedad quiché, en un mito de transformación y en otro de eterno retorno <i>Beatriz Barba de Piña Chán</i> ,	13
Calakmul, Campeche <i>William Folan</i>	25
El mito de Quetzalcóatl en el edificio B de Cacaxtla <i>Román Piña Chán</i> ,	69
Una presencia tarasca en Cuitzeo <i>Angelina Macías Goytia</i>	79
Retos del patrimonio cultural: Aztlan <i>Julio César Olivé Negrete</i>	109
Tepetlaóztoc, un señorío del Acolhuacan <i>Perla Valle de Revueltas</i>	119
La triste suerte de los escritos de los frailes en el siglo XVI. El caso de Sahagún <i>Doris Heyden</i>	139
El área agrícola de Tacuba <i>Emma Pérez-Rocha</i>	151

Presentación

En este volumen se reúnen las conferencias magistrales que se dictaron en 1991 en el Museo del Carmen, organizadas por el Área del México Antiguo de la Dirección de Etnología y Antropología Social, del INAH.

Se pretendía cambiar la percepción de lo que tradicionalmente entendemos por conferencia: la exposición de un tema por algún especialista, para un reducido número de participantes. Para eludir la tendencia al elitismo, la invitación fue abierta e incluso se solicitó el apoyo de los medios masivos de difusión. Se obtuvo una interesante respuesta, ya que se consiguió un público constante y activo, de muy diversa extracción socio-económica y contrastado nivel educativo.

Debido al interés popular que despertaron, y con el objeto de dar a conocer a mayor número de mexicanos tales ponencias, se decidió organizarlas y publicarlas.

Presentaremos brevemente a los autores siguiendo el orden del índice, el cual se determinó por la cronología de la cultura que tratan:

BEATRIZ BARBA DE PIÑA CHÁN. Investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Catedrática de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

En la investigación que aquí nos ofrece subraya un aspecto sociopsicológico, la importancia de la abuela en la sociedad quiché, y lo desarrolla fundamentándose en la mitología del *Popol Vuh*, que en su opinión está ilustrada en los bajorrelieves de la ciudad arqueológica de Izapa, fundada por olmeca-mayas, por lo que la cronología puede remontarse a 300 a.C. Infiere una vigorosa personalidad social de la “madre del padre” entre los mayas del Protoclásico y del Clásico.

WILLIAM J. FOLAN. Director del Centro de Investigaciones Históricas y Sociales de la Universidad Autónoma del Sudeste, Campeche. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Presenta un resumen de sus innumerables excavaciones en Calakmul, urbe arqueológica de Campeche de la época clásica en la que se han

encontrado impresionantes tumbas y de la cual deduce múltiples datos demográficos, ecológicos, arquitectónicos, geográficos, artísticos y tecnológicos.

ROMÁN PIÑA CHÁN. Profesor emérito del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Catedrático de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Coordinador del Centro de Investigaciones Históricas y Sociales de la Universidad Autónoma del Sureste.

De uno de los murales de la zona arqueológica de Cacaxtla, estado de Tlaxcala, que ha sido interpretado como una batalla, él supone que representa momentos de sacrificio, los que por relacionarse con Quetzalcóatl propone que se interpreten como la muerte y el renacimiento de Venus.

ANGELINA MACÍAS GOYTIA. Investigadora de la Subdirección de Estudios Arqueológicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

De sus múltiples excavaciones en la cuenca de Cuitzeo, Michoacán, escoge la zona arqueológica de Huandacareo para describir la rica vida cultural que infiere para ese sitio: viejas tradiciones, tecnología avanzada, interesantes soluciones arquitectónicas, relaciones comerciales con lejanos lugares, y brillantes realizaciones artísticas y artesanales.

JULIO CÉSAR OLIVÉ NEGRETE. Profesor emérito del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Catedrático de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Preocupado por estudiar la *Tira de la Peregrinación*, proyecta más allá sus inquietudes y hace una revisión de los autores que en algún momento se han interesado en precisar el sitio de la mítica Aztlan, además de fijar su propia postura.

PERLA VALLE DE REVUELTAS. Investigadora de la Dirección de Etnohistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Hace un enjundioso resumen de sus sobresalientes estudios sobre Tepetlaóztoc como un señorío del Acolhuacan, tributario de México, y acude a toda clase de fuentes, destacando el *Códice Kingsborough*, famoso por su importancia histórica y su belleza. Completa el interés de esta ponencia la historia política, social y económica de la región.

DORIS HEYDEN. Investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Catedrática de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Expone la vida gloriosa y triste, finalmente humana, de dos de los principales cronistas de nuestra historia del siglo XVI: fray Bernardino de Sahagún y fray Diego Durán. Rico en detalles poco conocidos, su artículo resulta de mucho interés.

EMMA PÉREZ-ROCHA. Investigadora de la Dirección de Etnohistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Hace un resumen de su estudio, ya clásico, sobre el área agrícola de Tacuba, la vieja Tlacopan de la épica chichimeca. Son muy abundantes los datos de archivo, los documentos paleografiados y las conclusiones novedosas, por lo que este artículo resulta un broche de oro.

El Área del México Antiguo de la DEAS se propone presentar muchos más números como éste, en el que las exposiciones magistrales no se pierdan en el tiempo, sino que queden impresas.

BEATRIZ BARBA DE PIÑA CHÁN

La importancia de la abuela en la sociedad quiché, en un mito de transformación y en otro de eterno retorno

Beatriz Barba de Piña Chán

Algunas ideas sobre el mito

No es nuestro propósito teorizar sobre el mito, ya que debe ser el tema central de otra investigación, pero es indispensable asentar algunas ideas sobre él para facilitar la lectura. Podemos decir que para la antropología es un relato que se conserva de generación en generación y que tiene aproximadamente el mismo valor para toda la comunidad; puede tener un fondo sagrado y entonces ser de gran trascendencia, o bien un fondo profano y resultar intrascendente, pero en ambos casos es conocido y manejado por la generalidad de la sociedad.

El mito justifica costumbres, tradiciones y creencias, valida modelos de conducta, legaliza la fe, comunica, contesta preguntas de origen y finalidad, da fundamentos a la religión y a la historia e inspira al arte y a la magia. En las sociedades ágrafas se conserva en memoria oral y a veces, aunque haya escritura, requiere apoyos mnemotécnicos para su recitación.

Mitología es el conjunto de mitos de un grupo humano; es ciencia en tanto los analiza y estudia; en ella puede concretarse la conciencia social y definirse el cuerpo de arquetipos o imágenes específicas que sirve para medir, con lo consciente, lo inconsciente.

Ahora sobre el *Popol Vuh*

A principios del siglo XVIII, el padre fray Francisco Ximénez, cura de la parroquia de Santo Tomás Chuilá, hoy Chichicastenango, obtuvo un libro escrito en quiché de un indio culto, que despertó su interés por la cantidad de conocimientos y tradiciones antiguas que describía. Lo tradujo al español intitulándolo *Historias del origen de los indios de esta Provincia de Guatemala*, y su manuscrito aún existe, pero el otro no, quizás porque lo devolvió. En 1857 se publicó por primera vez en castellano, en Viena, y desde entonces llamó la atención como el más rico compendio de mitos, tradiciones, religión y datos históricos de la América indígena. Este documento se llama a sí mismo *Popol Vuh*, pero esto tiene varias traducciones,

y nosotros tomamos la proposición de Adrián Recinos, quien lo maneja como “el libro de la comunidad”;¹ también lo veremos como el libro sagrado de los quiché.

Presentación de Izapa

Es una ciudad olmeca-maya en ruinas, que se localiza a pocos kilómetros de la actual frontera con Guatemala, sobre la costa del Pacífico mexicano; del río que la atraviesa toma el nombre. Se construyó a fines del Preclásico y tiene su máxima importancia al comienzo del Clásico, de modo que la podemos fechar de 200 a.C. a 300 d.C.²

Hay una buena bibliografía nacional sobre Izapa. Las autoridades saben de su existencia desde el siglo pasado, pero los estudios más completos los ha realizado la New World Archaeological Foundation, por lo que los datos más recientes sólo se encuentran en inglés. Ellos nos indican que Izapa tuvo un papel preponderante en el comercio costero y que sus habitantes fueron excelentes astrónomos y hábiles jugadores de pelota. Nosotros creemos que en sus bajorrelieves se enseñaba el *Popol Vuh*, siendo por lo tanto un centro educativo para guerreros, científicos y religiosos.

En esa época el juego de pelota tenía un doble valor: a) era un medio para mantener la agresividad de los guerreros y lograr que su musculatura no se relajara en tiempos de paz, además de que mantenía en ellos una mentalidad de competencia. b) Por otro lado, y con el objeto de formular la mística de lo anterior, al juego de pelota se le dio un fundamento mágico-religioso profundo, como lo relata detalladamente el capítulo II del libro sagrado, sirviendo como oráculo y ordalía. De él tomamos los mitos en que aquí nos basamos; los encontraremos en los bajorrelieves de Izapa, para probar su gran antigüedad en los grupos mayas, y posteriormente haremos comentarios.

Un mito de transformación

Entenderemos por mitos de transformación aquellos que relatan en forma maravillosa los cambios profundos, sustanciales, que sufren seres o cosas, y por los cuales la sociedad humana se afecta en su esencia, ya sea en forma positiva o negativa. El *Popol Vuh* está lleno de este tipo de relatos, pero en las estelas de Izapa no todos están presentes; por ejemplo,

¹ *Popol Vuh*, 1953, p. 83, al calce.

² Lowe, Lee y Martínez Espinosa, 1982, pp. IX y X.

aquí sólo veremos la estela 12, que además de bella y explícita nos apoyará paso a paso en nuestro propósito. Antes, tendremos que exponer algunas ideas sobre el héroe de la épica, Hunahpú.

El principal personaje del libro es un individuo dual, él y su alma, Hunahpú e Ixbalanqué, hombre y mujer, cazador y bruja, humano y divino, desobediente y sumiso, ignorante y sabio, que está encargado de eliminar númenes falsos y destruir a las fuerzas del mal, utilizando su sabiduría y vigor; esto debe hacerlo antes de que sea creado el hombre definitivo, quien alabará a los verdaderos dioses. Representa a la humanidad con todas sus debilidades y grandezas, también al maíz y a la tierra como alimento del hombre y como deidades. El libro resulta muy confuso si no se conocen dichos antecedentes, ya que es a través de este maravilloso ser que los maestros izapeños iniciaban a los muchachos en la guerra, la moral, la filosofía, la religión, los conocimientos agrícolas, el arte, la magia, las artesanías y la ciencia de la época; imponían el arquetipo de personalidad de Hunahpú, quien era el modelo adecuado para esa comunidad. También debemos saber que Hunahpú e Ixbalanqué son el segundo par de gemelos que se va a enfrentar con los dioses del inframundo; sus padres habían ido antes y perecido en la empresa; ahora van ellos con un gran bagaje de conocimientos prácticos, artísticos, deportivos, científicos y esotéricos a pelear en el juego de pelota, que es el campo sagrado donde se enfrentarán las fuerzas del bien contra las del mal. Los despiden la madre y la abuela, y la leyenda dice:

Nos vamos, abuela, solamente venimos a despedirnos. Pero ahí queda la señal que dejamos de nuestra suerte: cada uno de nosotros sembraremos una caña, en medio de nuestra casa la sembraremos: si se secan, ésa será la señal de nuestra muerte. ¡Muertos son!, diréis, si llegan a secarse. Pero si retoñan: ¡Están vivos!, diréis, ¡oh abuela nuestra! Y vos, madre, no lloréis, que ahí os dejamos la señal de nuestra suerte, dijeron.

Y antes de irse, sembró una caña Hunahpú y otra Ixbalanqué; las sembraron en la casa y no en el campo, ni tampoco en tierra húmeda, sino en tierra seca; en medio de su casa las dejaron sembradas...

Mientras tanto la abuela lloraba y se lamentaba frente a las cañas que ellos habían dejado sembradas. Las cañas retoñaron, luego se secaron cuando los quemaron en la hoguera; después retoñaron otra vez. Entonces la abuela encendió el fuego y quemó el copal ante las cañas en memoria de sus nietos. Y el corazón de su abuela se llenó de alegría cuando por segunda vez retoñaron las cañas. Entonces fueron adoradas por la abuela y ésta las llamó el Centro de la Casa, Nicañ (el centro) se llamaron.

Cañas vivas en la tierra llana fue su nombre. Y fueron llamadas el Centro de la Casa y el Centro, porque en medio de su casa sembraron ellos las cañas. Y se llamó Tierra Allanada, Cañas Vivas en la Tierra Llana, a las cañas que sembraron. Y también las llamó Cañas Vivas porque retoñaron. Este

nombre les fue dado por Ixmucané a las que dejaron sembradas Hunahpú e Ixbalanqué para que fueran recordados por su abuela.³

Estela 12 de Izapa. Este monumento nos muestra un campo llano donde se comenzaron los surcos y están presentes los cerros; sobre él se levanta una especie de templo cuyas paredes son cañas de maíz, dobladas por el peso de un tigrillo muerto, atado a sus puntas. Dos mujeres, una vieja y otra joven, la abuela y la madre, miran a la dicotomía maíz-tigre, maíz-tierra, Hunahpú e Ixbalanqué, y alimentan un fuego donde queman copal (figura 1).

Explicación. Este mito es una metáfora del ciclo de vida de la planta sagrada: sobre la tierra llana se sembrará en surcos su semilla, crecerá y será decapitada al quitarle las mazorcas, entonces las cañas serán dobladas y sufrirán una primera muerte; al secarse, las arrancarán, amontonarán y quemarán, teniendo su muerte definitiva; la ceniza se esparcirá y abonará la tierra, que así estará preparada para el siguiente trabajo agrícola.

Es un mito con un gran peso cultural y económico; su intención es hacer sentir la importancia de las transformaciones e interrelaciones entre el maíz y la tierra, de lo que depende la vida humana. Aparte, y como complemento, es preciso explicar la personalidad de las figuras de la madre y de la abuela. Debemos recordar que se trataba de grupos matrilineales, que heredaban nombre, rango, clan y posibilidades a través de las mujeres, lo cual no significaba que ellas tuvieran el control político o económico, sino sólo el familiar y en parte el social; las abuelas eran vigilantes muy estrictas de la conducta de los jóvenes, y tenían mucho ascendiente en cuanto a su educación. Las invocaciones a las deidades femeninas del México prehispánico incluyen siempre la palabra *abuela*, porque era la que trascendía, la de mayor edad, la que permitía una mejor relación con los antepasados y con la sabiduría alcanzada. Esta fórmula cambió más o menos en el siglo x de nuestra era, cuando el Estado se orientó hacia el militarismo y se adoptó la familia patrilineal.

Hasta nuestros días, en el campo mexicano se mantiene la tradición de los espíritus femeninos que cuidan a las personas y satisfacen sus necesidades, como herencia atávica de épocas arcaicas. Las vírgenes coloniales cumplieron esos requerimientos psicológicos, ya fuesen morenas o rubias, aunque fue una morena la reina de todas. El indígena no las ve como la representación de la madre de Cristo, sino como las abuelas-niñas que lo asisten como deben hacerlo las almas de sus antepasadas.

³ *Popol Vuh*, 1953, pp. 147, 171 y 172.

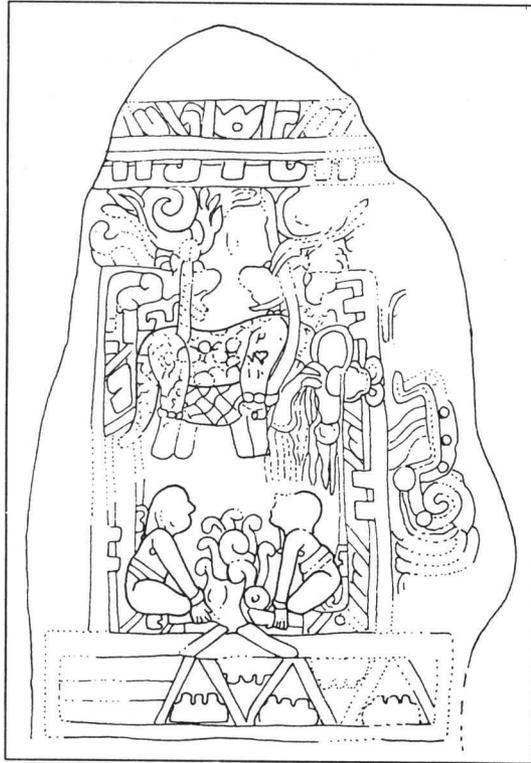


Figura 1. Estela 12 de Izapa. La madre y la abuela de Hunahpú vigilan las cañas Centro de la Casa.

Un mito de eterno retorno

Escogí estas estelas porque complementan el mito relatado del *Popol Vuh*, pero en estos pasajes presenta un giro más profundo, sin dejar de ser maíz, y tiene los toques necesarios para lograr la figura del eterno retorno. Este tipo de relatos exhiben una vigorosa filosofía de historia biológica, y hacen sentir lo normal del ciclo de vida: nacimiento, crecimiento, reproducción, muerte y nacimiento de nuevo, porque la naturaleza no puede detenerse en la simple desaparición. Tomamos como base los postulados de Mircea Eliade,⁴ quien menciona que las sociedades tradicionales tienen una verdadera rebelión contra el tiempo histórico y manifiestan nostalgia por un retorno periódico al tiempo mítico de los orígenes, al tiempo magno; por ello, siempre plantean el arquetipo y la repetición, su destrucción y su reanudación.⁵ Veamos el relato en el libro sagrado:

⁴ *El mito del eterno retorno*, 1984.

⁵ *Op. cit.*, p. 9.

Popol Vuh. Hunahpú e Ixbalanqué han derrotado simbólicamente a los señores del Xibalbá; sin embargo, saben que tienen que morir, que eso es lo correcto, pero se muestran tranquilos porque saben que no morirán en realidad, que retornarán porque son el maíz y la tierra, y que una vez convertidos en cenizas resucitarán, repitiendo eternamente este ciclo.

Y así fueron vencidos los señores de Xibalbá por Hunahpú e Ixbalanqué. Grandes trabajos pasaron éstos, pero no murieron, a pesar de todo lo que les hicieron.

[...]

He aquí la memoria de la muerte de Hunahpú e Ixbalanqué. Ahora contaremos la manera como murieron.

Habiendo sido prevenidos de todos los sufrimientos que les querían imponer, no murieron de los tormentos de Xibalbá, ni fueron vencidos por todos los animales feroces que había en Xibalbá.

Mandaron llamar después a dos adivinos que eran como profetas; llamábanse Xulú y Pacam (Diablillo de Río y Distinguido), y les dijeron: —Se os preguntará por los señores de Xibalbá acerca de nuestra muerte, que están concertando y preparando por el hecho de que no hemos muerto, ni nos han podido vencer, ni hemos perecido en sus tormentos, ni nos han atacado los animales. Tenemos el presentimiento en nuestro corazón de que usarán la hoguera para darnos la muerte. Todos los de Xibalbá se han reunido, pero la verdad es que no moriremos. He aquí, pues, nuestras instrucciones sobre lo que debéis decir: —Si os vinieren a consultar acerca de nuestra muerte y que seamos sacrificados, ¿qué diréis entonces vosotros, Xulú y Pacam? Si os dijeren: “¿No será bueno arrojar sus huesos en el barranco?” “¿No conviene —diréis— porque resucitarán después!” Si os dijeren: “¿No será bueno que los colguemos de los árboles?”, contestaréis: “De ninguna manera conviene, porque entonces también les volveréis a ver las caras”. Y cuando por tercera vez os digan: “¿Será bueno que arrojemos sus huesos al río?”; si así os fuere dicho por ellos: “Así conviene que mueran —diréis—: luego conviene moler sus huesos en la piedra, como se muele la harina de maíz; que cada uno sea molido por separado; enseguida arrojadlos al río, ahí donde brota la fuente, para que se vayan por todos los cerros pequeños y grandes”. Así les responderéis cuando pongáis en práctica el plan que os hemos aconsejado, dijeron Hunahpú e Ixbalanqué. Y cuando se despidieron de ellos, ya tenían conocimiento de su muerte. Hicieron entonces una gran hoguera, una especie de horno hicieron los de Xibalbá y lo llenaron de ramas gruesas.

[...]

¡Que vengan! Id a buscad a los muchachos, id allá para que sepan que los vamos a quemar...

[...]

—¡Tomemos nuestra chicha y volemos cuatro veces cada uno encima de la hoguera, muchachos!, les fue dicho por Hun-Camé. —No tratéis de engañarnos, contestaron. ¿Acaso no tenemos conocimiento de nuestra muerte y de que eso es lo que aquí nos espera? Y juntándose frente a frente

extendieron ambos los brazos, se inclinaron hacia el suelo y se precipitaron en la hoguera y así murieron los dos juntos... Enseguida llamaron a Xulú y Pacam, a quienes los muchachos habían dejado advertidos, y les preguntaron qué debían hacer con sus huesos, tal como ellos les habían pronosticado. Los de Xibalbá molieron entonces sus huesos y fueron arrojados al río. Pero éstos no fueron muy lejos, pues asentándose al punto en el fondo del agua, se convirtieron en hermosos muchachos. Y cuando de nuevo se manifestaron, tenían en verdad sus mismas caras.

[...]

Al quinto día volvieron a aparecer y fueron vistos en el agua por la gente. Tenían ambos la apariencia de hombres-peces cuando los vieron los de Xibalbá, después de buscarlos por todo el río.⁶

Estela 22. Presenta un ambiente de muerte y destrucción: un hueso con volutas preciosas sale de un sarcófago que flota en el río a manera de balsa; lo corona un tigre decapitado, cuyo cuello se convierte en una larga culebra de sangre. El hueso agarra cuerdas que lo llevan a dos mascarones descarnados que forman los bordes del río; en las aguas nadan dos esqueletos de peces; hay una figura antropomorfa parada sobre el mascarón, que porta en el brazo izquierdo un palo de juego de pelota. La estela está muy destruida y apenas es posible ver un elemento zoomorfo que salta del cuello del tigre a la cara de la figura humana, la cual es atravesada a lo largo por una serpiente que pasa bajo el sarcófago y va hacia el frente del otro mascarón. En el cielo parecen revolotear mariposas con alas de rayos solares.

Estela 67. Aunque también se halla en malas condiciones, es fácil ver una escena central llena de vida, casi completa: el río ahora es atravesado por dos hermosos peces y sus bordes se señalan con mascarones de tapir o danta cuyo tocado tiene relación con el maíz; abajo aparecen volutas de agua de mar; sobre el río hay otro sarcófago del cual sale una figura antropomorfa con máscara de pescado, rodeada por el arco iris, llevando en sus manos sonajas de danzante; la tapa está rota y no se aprecia lo que debió estar encima. Es posible imaginar una figura humana sobre el mascarón, que agarra el cuerpo de una serpiente, la cual pasa por abajo y sale del otro lado.

Explicación. La estela 22 presenta una escena de muerte y todo en el entorno es destrucción: el río tiene esqueletos, del sarcófago sale un hueso, el tigre está decapitado y las mariposas son almas de guerreros que regresan del cielo a la tierra, según un mito del altiplano. Sabemos que se trata de Hunahpú e Ixbalanqué porque son un jugador de pelota y un

⁶ *Popol Vuh*, 1953, pp. 162-164.

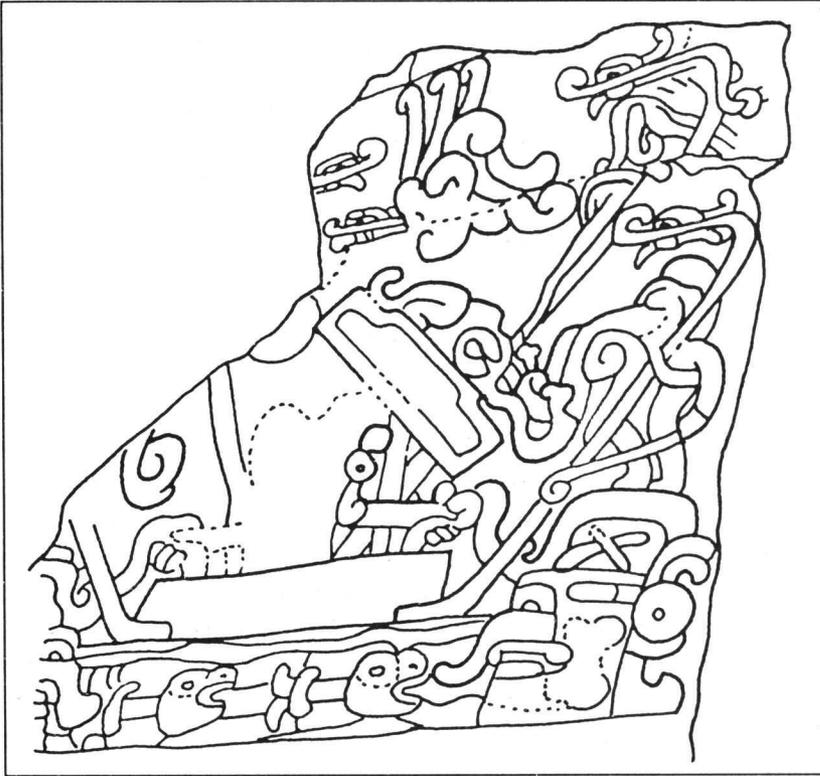


Figura 2. Estela 22 de Izapa. Las cenizas de Hunahpú son arrojadas al río.

tigrillo decapitado; los pescados que están en el río también son ellos, de modo que esta escena corresponde a la primera parte del mito que describe a los muchachos muertos por los del Xibalbá, quemados, sus huesos molidos y arrojados al río, donde estuvieron mientras se transformaban de nuevo en hermosos jóvenes y recobraban su figura humana.

En la estela 67 se representa la parte del mito que corresponde a la resurrección: todo el entorno es vida; la figura que sale del sarcófago canta acompañada de sonajas y está enmarcada por el arco iris; los bordes del río son máscaras de tapir, el animal que según los *Anales de los Cakchiqueles* dio su sangre para amasar el maíz con que los dioses hicieron al hombre;⁷ aquí no encontramos un solo elemento de muerte. La figura central tiene una máscara de pez, símbolo de la vida, lo mismo que el hueso lo es de la muerte.

Juntas las dos estelas complementan el cuadro del eterno retorno, de vida-muerte, de muerte-resurrección; nueva vida que se logra siempre que se quemen las cañas y las cenizas se arrojen al río, como advierten

⁷ *Anales de los Cakchiqueles*, 1950, p. 50.

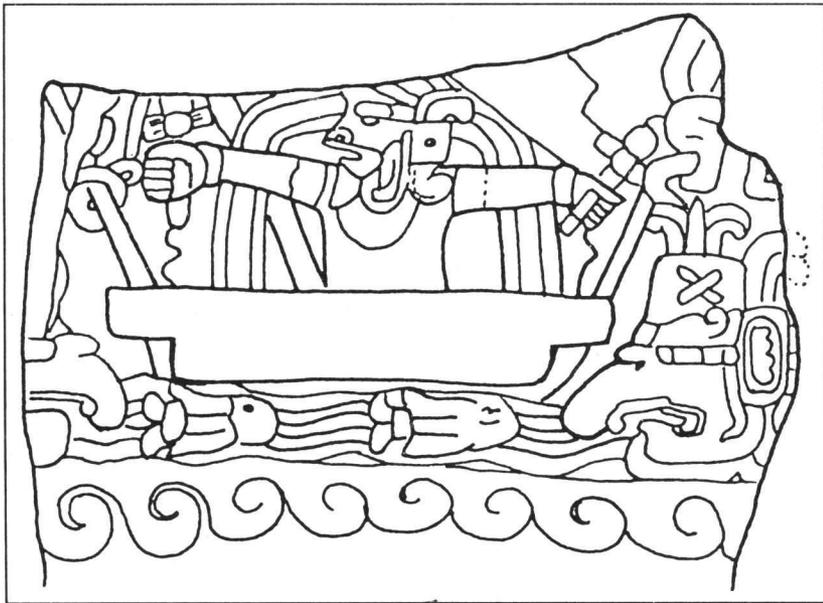


Figura 3. Estela 67 de Izapa. Hunahpú resucita con cara de pez.

los gemelos a los magos. Es claro que se trata del maíz porque lo encontramos en el tocado de la danta o tapir. Éste es un mito vital; describe cómo y de qué se hizo la carne del hombre, y tiene trascendencia social porque explica cómo resucitará el maíz, lo que asegura el mantenimiento de la humanidad.

Desconocemos totalmente el aspecto ritual ya que en el *Popol Vuh* no hay nada que muestre cómo se festejaba. Por su carácter agrícola, los solsticios y equinoccios, relacionados con la vida del maíz, debieron ser tenidos en cuenta en la calendarización de estos ritos. La persona de Hunahpú identificada con el valor del maíz es frecuente en celebraciones actuales de la zona maya, pero eso no nos permite suponer que vengan de tan antiguo como el arranque de nuestra era. La estela 67, con sonajas, quizás sugiere cantos y danzas que debían realizarse durante la siembra, pero no hay elementos para imaginar lo que se hacía en el doblado de cañas o la quema de las plantas secas después de la cosecha de las mazorcas. El no conocer los rituales nos hace mucha falta para comprender profundamente el mito.

Otras deducciones

Lo primero que notamos, como lo hemos dicho anteriormente, es una enorme dependencia de nuestro héroe arquetípico con respecto a la abuela, quien induce a Hunahpú e Ixbalanqué (él y su *alter ego*) a competir

con los dioses del inframundo en el juego de pelota, lugar de las ordalías. Lo único que nos permite reconstruir tal relación es una organización familiar diferente, basada en la importancia de los lazos matrilineales, lo que crea una situación muy distinta de la de nuestra sociedad, ya que el peso del despotismo paterno está muy atenuado porque se descarga en las figuras de la madre y de la abuela paterna. Malinowsky estudió este fenómeno psicológico en diferentes islas de Melanesia en la década de los treinta, y concluyó que el odio edípico se desvía hacia la persona del tío materno, que es quien define derechos y determina herencias.

Dejo a los especialistas el hablar del narcisismo de Hunahpú, el cual se acentúa en muchos pasajes del libro sagrado. Diferentes aspectos profundos de la personalidad de éste se me escapan por falta de experiencia en estos análisis, pero trataré de concentrarme en lo que para la antropología es muy obvio: la lucha por el control de la alimentación.

El hambre es otra de las principales preocupaciones en estos dos mitos; ella se satisface con el maíz, la planta sagrada de todos los nativos mesoamericanos, que es perfectamente conocido en cada una de sus etapas: siembra, crecimiento, maduración, cosecha y preparación de nuevo suelo, alegorizadas en el *Popol Vuh*; pero conocerlo no es poseerlo y poseerlo no es asegurarlo. Así, para asegurarse de que los dioses le dieran maíz siempre, el quiché elaboró estos mitos, los que formaron parte de sus conceptos filosóficos fundamentales como los que daban la explicación de "el porqué soy". En ellos se plantean, en una forma un tanto alquímica, el conocimiento y control de la vida, muerte y renacimiento del maíz, cuya existencia va aparejada con la del hombre. Hunahpú, hombre, dios del maíz y maíz mismo, enseña al hombre-mago personificado en Pacam y Xulú (Distinguido y Diablillo de Río) lo que hay que hacer para asegurarse de que no serán definitivamente muertos: quemarlos y regar sus cenizas por el campo y el río. Igual que el Ave Fénix, de sus cenizas resurgirá la vitalidad suficiente para formar un nuevo organismo; de su destrucción nacerá una nueva organización tanto o más poderosa que la original.

Al parecer, ésta es una de las preocupaciones eternas de los hombres de todas las partes de la tierra: no desaparecer.

Bibliografía

Anónimo, *Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiqueles*. Traducción de Dionisio J. Chonay. Introducción y notas de Adrián Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

Anónimo, *Popol-Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Traducción, introducción y notas de Adrián Recinos, 2a. ed., México, FCE, 1953.

- Barba de Piña Chan, Beatriz, "Ambiente social y mentalidad mágica, las bases del pensamiento mágico en el México precortesiano", tesis de doctorado, México, UNAM, 1984.
- , "Popol Vuh", en *Enciclopedia de México*, t. 11, México, Editor Rogelio Álvarez/SEP, 1988, pp. 6 544-6 545.
- , "Sobre los cuatro nombres de los mayas", en *La época clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*, México, INAH/SEP, 1990, pp. 431-446.
- , "Buscando raíces de mitos mayas en Izapa", en *Historia de la religión en Mesoamérica y áreas afines. II Coloquio*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1990, pp. 9-58.
- , "Mitos que se hallan en el *Popol Vuh* y en el altiplano", en *Centro de Estudios Mayas*, México, UNAM, 1991.
- , "Escritura a manera de arte en Mesoamérica prehispánica", en *Primer Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y la Tecnología*, México, UNAM (en prensa).
- , "El valor del nombre en la prevención o cura de las enfermedades en el México antiguo. El *Popol Vuh*", en *I Congreso sobre salud-enfermedad*, México, DEAS/INAH (en prensa).
- , "La biblia llegó 16 siglos después", Dirección de Patrimonio Cultural de Tabasco (en prensa).
- Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno. (Arquetipos y repetición)*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- Lowe, Gareth W., Thomas A. Lee Jr. y Eduardo Martínez Espinosa, *Izapa: An Introduction to the Ruins and Monuments*, Provo, Utah, New World Archaeological Foundation/ Brigham Young University, 1982.
- Malinowsky, Bronislaw, *Estudios de psicología primitiva*, Buenos Aires, 1958.
- Norman, Garth, *Izapa Sculpture. Part 1: Album*, núm. 30, Provo, Utah, New World Archaeological Foundation/Brigham Young University, 1973.
- , *Izapa Sculpture. Part 2: Text*, núm. 30, Provo, Utah, New World Archaeological Foundation/Brigham Young University, 1976.
- Sahagún, Bernardino de, *Relación de las cosas de Nueva España*, 4 vols., México, Porrúa, 1969.

Calakmul, Campeche

William Folan

La zona arqueológica de Calakmul se localiza al sureste del estado de Campeche y está considerada como una de las ciudades prehispánicas más grandes de las Américas y la mayor del área maya (Fletcher y Gann, 1991, y Folan, 1988) (figura 1). Pese a que ya hemos elaborado el mapa de 30 km² de este importante centro urbano administrativo (que cuenta con 6 500 edificios y otros rasgos culturales) a través de 360 km de brechas, durante 84 meses de trabajo de campo (May Hau, Cohuoh Muñoz, González Heredia y Folan, 1990) (figura 2), el asentamiento de Calakmul se extiende todavía más hacia el norte, sur y este del área incluida en nuestro mapa.

Además de ser una ciudad planificada en forma concéntrica, Calakmul es lacustre y sigue la orilla del largo bajo de El Laberinto, según el descubridor de la zona, Cyrus Lundell (1933), y tal vez también se extiende hacia el lado opuesto del bajo, lo que nos hace pensar que su extensión es aproximada a la de la ciudad preindustrial de Campeche de hoy en día, como mínimo.

Hasta donde hemos podido llegar, nuestras excavaciones nos indican que Calakmul cobró gran importancia en Mesoamérica desde antes de la era cristiana, representada en parte por su estructura 2, que mide alrededor de 55 m de altura y 140 por 140 m en su base, así como la estructura de El Tigre, a la que yo he llamado la ciudad gemela de El Mirador, localizada a unos 37 km al suroeste de Calakmul, en la región norte del Petén de Guatemala.

Además de poseer grandes atributos arquitectónicos, las excavaciones en la zona, realizadas por el Centro de Investigaciones Históricas y Sociales de la Universidad Autónoma de Campeche, en colaboración con el Instituto Nacional de Antropología e Historia, han demostrado la importancia que tuvo dicho sitio en el pasado, manifestada por su gran tamaño, la presencia de 108 estelas y el descubrimiento de dos tumbas reales pertenecientes a los siglos VI y VII.

La primera de estas tumbas fue excavada en la estructura 7 por María del Rosario Domínguez y Judith Gallegos (1984) y R. Zaid Lagunas (1985). Su entrada está localizada al centro de la primera de sus tres crujías. Esta

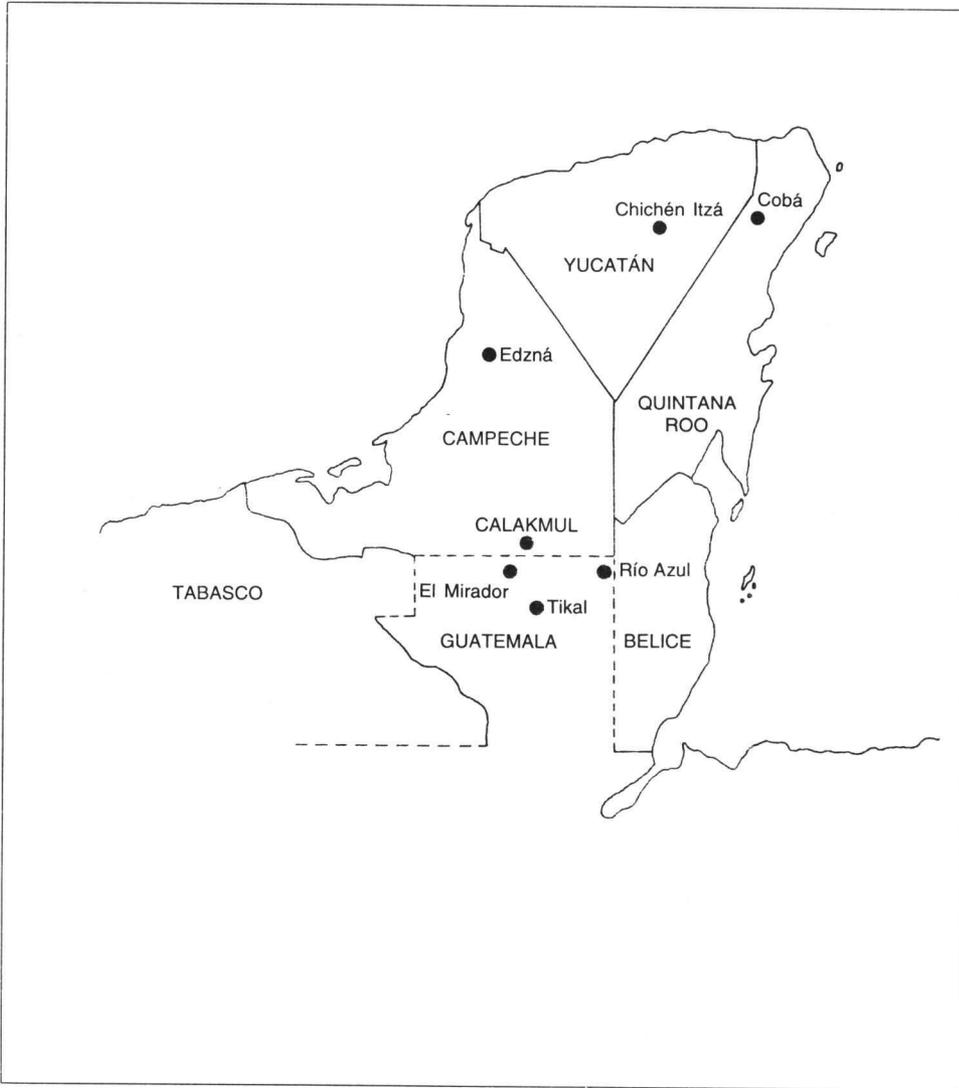


Figura 1. Mapa de la península de Yucatán con la localización de las ruinas de Calakmul, Campeche.

tumba representa la última morada de un gobernante de Calakmul que fue enterrado con su capa de piel de jaguar y unas 2 220 piezas de jadeíta, trabajada desde la cuenta más pequeña hasta un pectoral con forma de tau o el glifo Ik y una máscara-retrato del personaje formada por placas de jadeíta, reconstruida por el maestro Jaime Cama del INAH (figura 3). La otra tumba real, excavada por Mario Coyoc (1989) y Sophia Pincemin (1989a), fue encontrada debajo del cuarto del centro del edificio 3 —conocido como el Palacio Lundell—, con sus tres cresterías y entrada principal enmarcada por un monstruo mítico estucado, y finalmente el

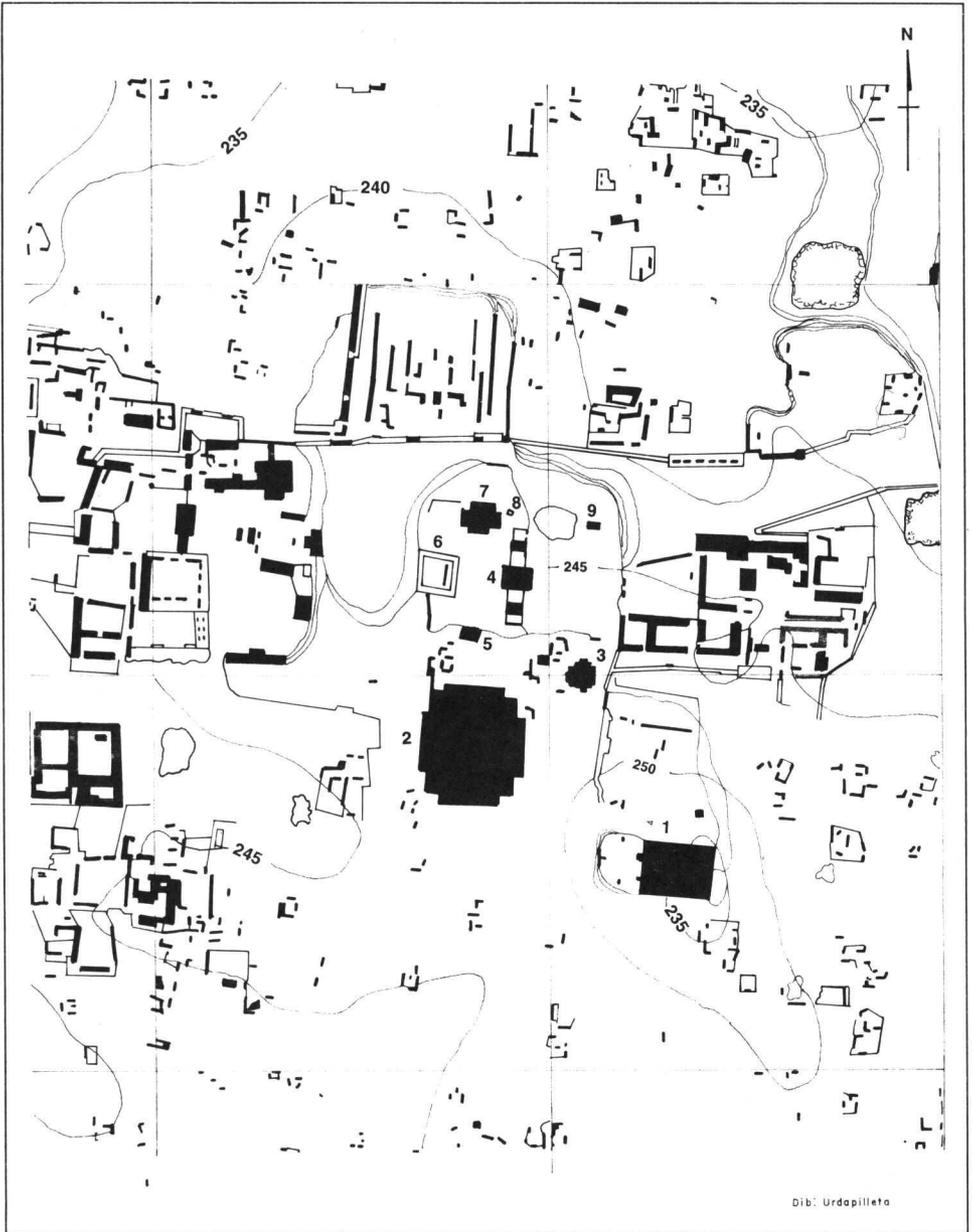


Figura 2. Plano de 1 km² del núcleo de la ciudad de Calakmul, de los 30 km² levantados, con sus 6 500 estructuras y rasgos culturales (May Hau, Cohuuh Muñoz, González Heredia y Folan, 1990).

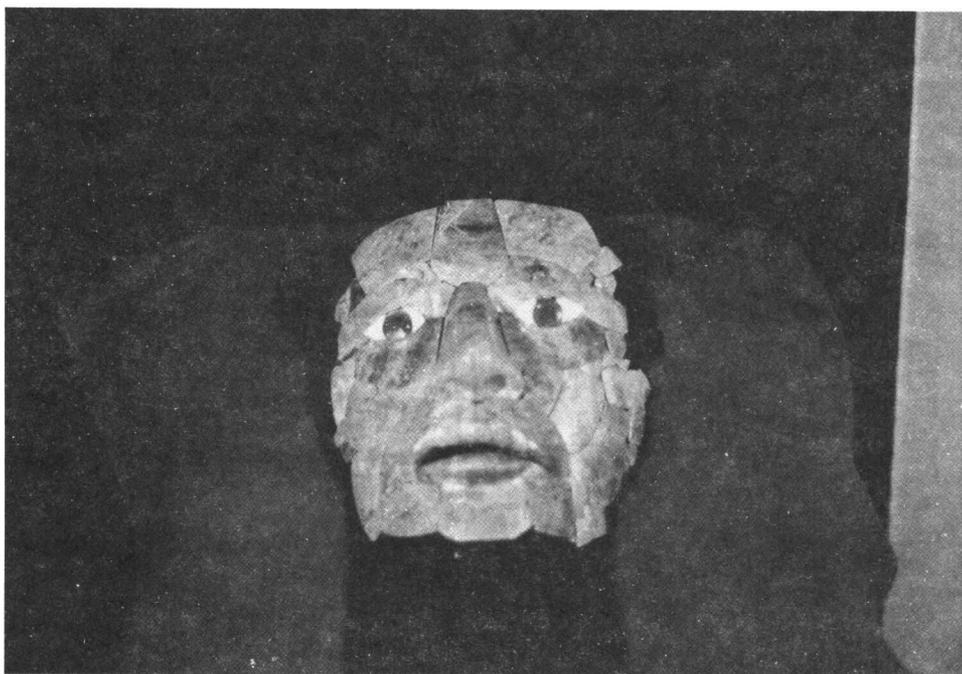


Figura 3

cuarto 6, que en mi opinión fue un adoratorio interior de tipo familiar, propio de tal clase de entierros (figuras 4, 5 y 6).

Esta gran tumba, con su bóveda maya y un ducto al exterior —parecido al de la estructura 18 de Palenque, excavada por Alberto Ruz (1973), y probablemente al de la estructura 2 de Calakmul mismo—, también perteneció a un gobernante de mediana edad que fue encontrado acompañado por una elegante máscara-retrato formada de mosaicos de jadeíta y concha unidos a una base de argamasa de cal (figura 7).

Igualmente, había otras dos máscaras de mosaicos de jadeíta: una en forma de murciélago, en el tórax, y otra en forma de deidad antropomórfica que incluía grandes cantidades de piritita en su tocado antropomórfico, localizado alrededor de la cintura; todo ello fue restaurado por Florentino García Cruz y Ezequiel Pérez Herrera (1989), del INAH. Además de las máscaras y cuentas de jadeíta, la tumba incluía tres placas de ese mismo material que, según Joyce Marcus (1989a), tenían el nombre de su ocupante. También acompañaban al difunto varias vasijas: en una, cuya tapa tenía la forma del rostro del gobernante, estaba su comida; en otra, policromada y con figuras de serpientes estilizadas como las de la entrada al palacio, había tal vez una preparación de cacao, como en Río Azul, Guatemala (Adams, 1986).

Pese a que las excavaciones en Calakmul nos han conducido a otros descubrimientos, una de las hazañas más importantes del Proyecto Ca-

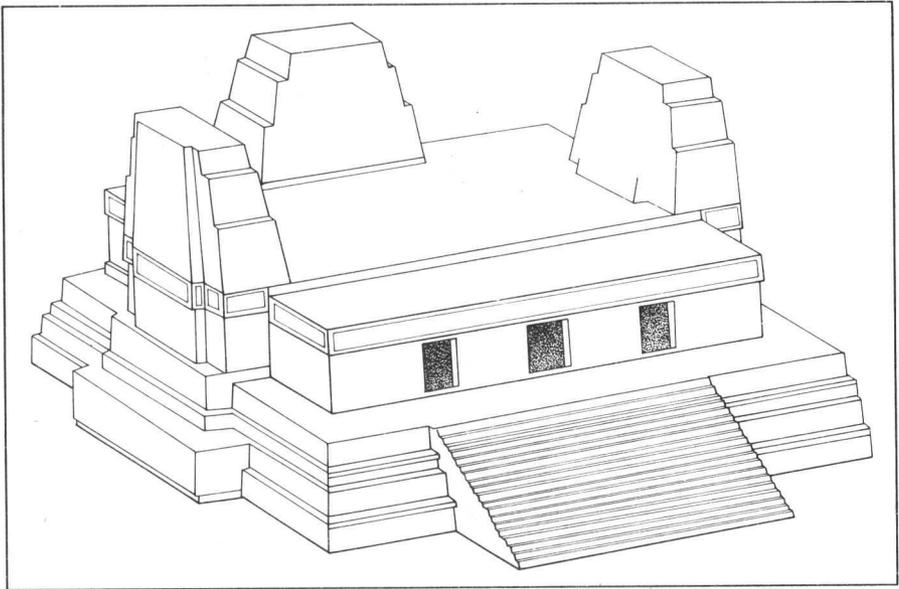


Figura 4. Dibujo reconstructivo de la estructura 3 de Calakmul —el Palacio Lundell— por Luis Fernando Álvarez Aguilar.

Calakmul —en colaboración con Sedue e INAH— fue la formación de la Reserva de la Biosfera, de 723 000 ha, que incluye casi por completo a todo el Estado regional prehispánico de Calakmul durante el Clásico, sus ciudades tributarias según Kent Flannery (1972) y Marcus (1976), y su ambiente natural. Esta reserva se extiende desde la frontera con Guatemala en el sur hasta el cono del estado de Yucatán en el norte (Folan, 1978, 1982, 1984 y 1987) (figura 8).

En combinación con los trabajos que han realizado la Universidad, Sedue, Cinvestav y Pronatura para formular el Plan de Manejo para la Reserva de la Biosfera de Calakmul y algunos trabajos sobre su flora, fauna y geografía, llevados a cabo por la UNAM, Pronatura y sus colaboradores, el CIHS de la UAC ha estado llevando a cabo investigaciones sobre el clima de la reserva a cargo de Joel Gunn (Gunn, Folan y Robichaux, 1990), de hidrología por Gary Gates, así como del uso del suelo por Marilyn Gates, desde los tiempos más remotos hasta el futuro más cercano, todo ello en colaboración con Biocenosis y con la MacArthur Foundation de Chicago, sin olvidar que la arqueología siempre ha sido el motor a través del cual hemos logrado el éxito, como el hecho de haber sido Calakmul decretada reserva en el año de 1989.

Volviendo al tema inicial, el clima, la hidrología y el uso del suelo de los antiguos mayas y sus descendientes son interrogantes que aún no resolvemos, pese a que hemos dedicado gran cantidad de tiempo a este interesante proyecto. Pienso que para resolverlo, uno de los puntos



Dib. Urdepilleta G.

Figura 5. Plano de la tumba 1 de la estructura 3 por Sophia Pincemin Deliberos.



Figura 6. Fotografía de la tumba 1 de la estructura 3 por Sophia Pin-cemin Deliberos.

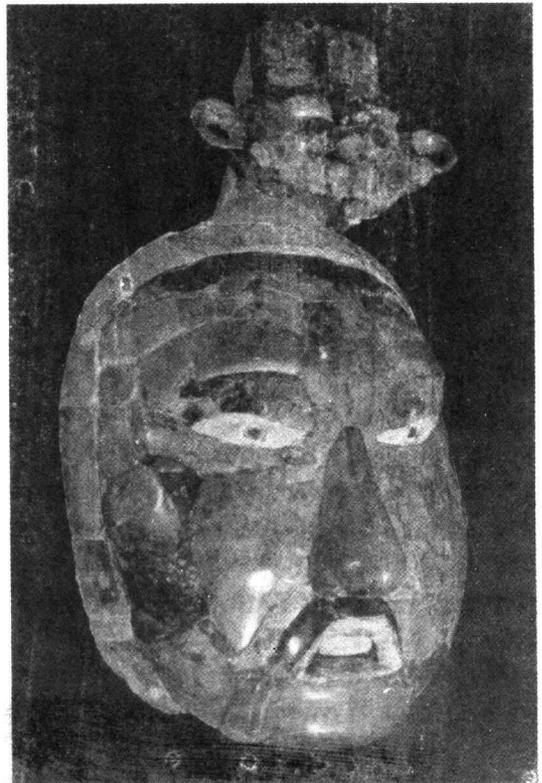


Figura 7. Máscara-retrato de mosaico de jadeíta del gobernante. Tumba 1 de la estructura 3 de Calakmul, Campeche (fotografía de L. Florey Folan).

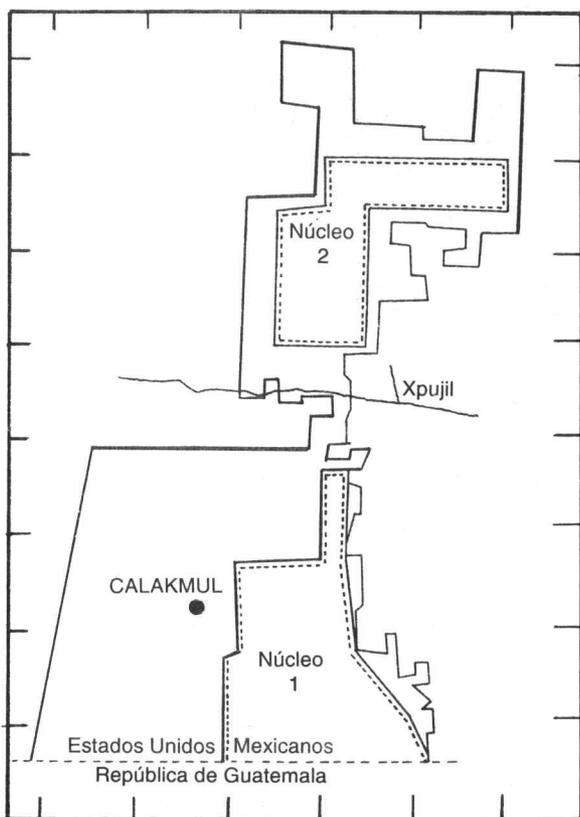


Figura 8. Plano de la Reserva de la Biosfera de Calakmul, Campeche, de 723 000 ha. Se extiende desde la frontera con Guatemala, en el sur, hasta el cono de Yucatán, en el norte de la península (Sedue).

principales que debemos estudiar es el de la paleoclimatología del área maya en cada una de sus regiones, en combinación con su paleohidrología y oceanografía. Esto significa que no podemos afirmar que los mayas del Petén de Campeche y Guatemala hayan aplicado la misma tecnología agrícola de los mayas del área ribereña de Belice en épocas parecidas o no de precipitación, o bien que los mayas de la región del Puuc experimentaran los mismos beneficios o perjuicios con sus siembras que los de la parte más al norte de la península, quienes contaban con cenotes y con un régimen climático de variación diferente, por ejemplo. De cualquier forma, debemos encontrar la relación diacrónica entre clima, hidrología y técnicas hortícolas para comprender los beneficios y problemas aparecidos en cada región de hablantes de la lengua maya a lo largo del tiempo.

Al mismo tiempo debemos conocer el nivel de los mares a través de los siglos, incluyendo el del Golfo de México y el Caribe (Álvarez Aguilar, 1984, y Folan, Gunn, Eaton y Patch, 1983b). El solo hecho de que haya estructuras habitacionales ubicadas aproximadamente a 3.5 m por debajo

del nivel de mar en el Caribe enfrente de Cerros, en Belice, y en muchas otras zonas habitacionales [localizadas tanto en las costas de Quintana Roo, con una estructura bajo el Golfo de México, como cerca de la costa de Campeche, sin olvidar la isla de Cerritos, con su sacbé y muro defensivo actualmente inundados, en la costa norte de Yucatán, excavada por Anthony Andrews y Tomás Gallareta (1986)] nos hace pensar que los cambios ocurridos en los niveles del mar produjeron efectos muy importantes no solamente en relación con asentamientos costeros sino también en los niveles de los cenotes y pozos en el interior de la península de Yucatán, incluyendo la salinidad de sus aguas. También debe considerarse la altura y salinidad de algunos ríos en sus partes más bajas durante periodos de mar alto, como en los casos del río Candelaria, el río Hondo, el Champotón y el Usumacinta, por mencionar sólo algunos.

Lo que podemos suponer es que estos ríos, en sus partes bajas, fueron gravemente afectados por los altos niveles del mar, como ocurrió justamente antes del inicio del Clásico tardío, según nuestro modelo. En cuanto a los ríos, también podemos suponer que la salinidad en algunos, como el Candelaria, puede subir considerablemente durante temporadas de sequía prolongada, haciendo su fluido virtualmente inadecuado para consumo humano e incluso para el riego de campos elevados.

De acuerdo con lo expuesto propusimos un modelo de cambio climático para el área maya (Folan, 1981), así como Gunn y Adams (1981) lo hicieron para toda Mesoamérica, que sugería que durante el Preclásico temprano, entre los años 2000 y 1000 a.C., el clima fue muy húmedo, y en el Preclásico medio (entre el año 1000 a.C. y el 400 a.C.) el clima fue menos húmedo.

Durante el Preclásico tardío (400 a.C. a 250 d.C.) el clima fue combinado: húmedo al principio y muy seco al final. En el Clásico temprano (entre el año 250 a.C. y el 600 d.C.) el clima fue comparativamente seco al principio, con una fuerte sequía entre los años 180 d.C. y 250 d.C., según Gunn, Folan y Robichaux (*ibid.*), y muy húmedo alrededor del año 535 d.C. El Clásico tardío (entre 600 y 900 d.C.) fue bastante húmedo al principio y muy seco al final. En el Posclásico temprano (alrededor del año 800 d.C.) hubo una sequía, pero no necesariamente provocada por un exceso de tumba y quema, como se ha sugerido en el caso de Copán, Honduras (Webster, 1989). Según lo que yo he podido averiguar de este fenómeno —aunque la destrucción del ambiente no tiene que provocar cambios climáticos—, esta actividad, a veces necesaria por cosechas inadecuadas por falta de precipitación, tiene la tendencia a prolongar las sequías más de lo normal.

Prevaleció un periodo más húmedo en el área maya durante el Posclásico tardío, alrededor del año 1000 d.C., cambiando a una fuerte sequía en 1440, que duró hasta la llegada de los europeos.

Hemos sugerido que, además de estos cambios generales, existían cambios climáticos locales que se desplazaban de norte a sur y viceversa. También había cambios en dirección este-oeste y oeste-este, en parte por los patrones de viento en el Golfo, según Trewartha (1961), además de la distribución de huracanes, de acuerdo con Aaron Williams (1976) y más tarde con Herman Konrad (1985). De modo que parece razonable suponer que los estudios sobre la relación entre cambios lingüísticos y climáticos (Folán, Kathryn Josserand y Nicholas Hopkins, 1983a) coinciden en parte con este modelo, como con los estudios posteriormente aparecidos de Bruce Dahlin *et al.* (1987).

A la vez hemos determinado, en contra de otros modelos, que los mares estaban más altos en los años 1800 a.C. y 1000 a.C., pero su mayor altura se dio aproximadamente 500 años d.C., cuando el mar llegó a medir 1.75 m más en comparación con el nivel actual, que también representa el arranque del hiato en relación con el levantamiento de estelas en el Petén de Campeche y Guatemala y otras partes del área maya, según el profesor Gordon R. Willey (1974) (Folan, Gunn, Eaton y Patch, *ibid.*).

Como parte de las condiciones relacionadas con el clima y la paleohidrología, la gran mayoría de las capitales regionales durante el Clásico en las tierras bajas de los mayas del norte, en contraste con las del sur, ubicaron sus mayores centros regionales cerca de los límites costeros de la península de Yucatán, en lugares como Edzná, Uxmal, Ichcansihoo, Izamal y Cobá, entre otros, cada uno con su puerto o puertos como Dzilam, Río Lagartos y Tancáh, además de ciudades intermediarias, incluyendo Oxkintok, Dzibilchaltún, Temax y Loché. Tanto Oxkintok como Dzibilchaltún podrían, sin embargo, haber sido centros regionales cercanos a la costa en el periodo que unos llaman Clásico medio. Centros regionales de tipo ciudad-Estado, como Becán y Santa Rosa Ixtampak, fueron localizados en la parte central de la península. Se piensa que aunque Ixtampak es un sitio de regular tamaño, también representa un centro regional, pero en miniatura, como en el caso de una ciudad-Estado.

En el área de los mayas de las tierras bajas del sur, sin embargo, grandes capitales como Calakmul, El Mirador, Tikal y tal vez Naranjo (Adams, 1977: cuadro 9.8) están situadas cerca de la parte central de esta área, al contrario de las tierras bajas del norte, en tanto que otros centros más pequeños se ubican en la periferia: Copán y Palenque, quizá en respuesta a los beneficios que podrían derivarse al ubicar centros mayores cerca de la costa en el norte, y en un lugar central en el sur.

Me parece apropiado añadir que Jaina no está incluida en esta lista de ciudades, a la que considero como una avanzada chontal situada en la costa de Campeche, que funcionó como un importante centro cívico-religioso y puerto de intercambio similar al de la isla de Cerritos, Yucatán

(Eaton y Ball, 1978, y Gallareta *et al.*, 1987), y como Cozumel durante el Posclásico (Sabloff y Freidel, 1975).

Como casi todos sabemos, Jaina ya no es considerada un cementerio sino una isla hecha por el hombre, como en el caso de Cerritos, donde varias generaciones de habitantes, a través del tiempo, enterraron a sus muertos bajo sus casas (Folan, 1985a; Folan y Álvarez, 1985a; Coyoc Ramírez, 1987, y Piña Chan, 1968).

Una indicación adicional acerca de la división entre las tierras bajas del norte y del sur en el área maya, como la formación de capitales regionales, es la tesis de Joyce Marcus (1973, 1976), quien identifica las principales capitales en las tierras bajas del sur a través del tiempo. De esta manera, por ejemplo, Calakmul, Copán, Palenque y Tikal formaron parte de una visión cosmográfica cuatripartita en el año 731 d.C. que no incluyó a ninguna de las capitales mayores del norte que funcionaban en ese tiempo, subrayando la existencia de una unidad sociopolítica en el sur como una división norte-sur en la organización política, combinada con una falta casi total de referencias glíficas en las tierras bajas norteñas acerca de los centros de las tierras bajas del sur y viceversa (figura 9).

En contraste con Copán y Palenque, zonas que dejaron de existir como centros políticos importantes, de acuerdo con las interpretaciones de Marcus (1976: 19), Calakmul continuó siendo miembro de esta alianza cuatripartita ya bien entrado el siglo ix. A grandes rasgos, podemos afirmar que durante algunos periodos del Preclásico tardío, en el área maya se desarrollaron grandes centros como Calakmul, El Mirador (Matheny, 1987) y Nakbé (Hansen, 1990), y en el Clásico tardío sitios como Calakmul y Tikal alcanzaron su apogeo desde el punto de vista de estelas erigidas, cerámica y, en algunos casos, estructuras construidas como los grandes templos de Tikal y todo lo que esto implica.

Quiero decir que, en lugar del modelo del doctor Gordon R. Willey, según el cual Tikal fue la capital de un gran estado maya en el Petén durante el Clásico temprano, que más tarde, en el Clásico tardío, se divide en estados regionales, en realidad hubo un tipo de Estado que ya existía durante el Preclásico, con Calakmul y El Mirador con sus capitales gemelas en forma de mitad, como señala Marshall Joseph Becker (1975) para Teotihuacan, que posteriormente se dividió en estados regionales, incluyendo a Tikal durante el Clásico temprano, después del año 250 d.C.

Con respecto a los ríos podemos decir —gracias al trabajo de Sophia Pincemin (1989b)— que los asentamientos cercanos al río Candelaria fueron abandonados durante el Clásico temprano aparentemente porque en este periodo, desde nuestro punto de vista, hubo mucha precipitación pluvial y por tanto un aumento en el nivel de dicho río. Sabemos que fue durante el Clásico temprano cuando también aumentó el nivel del mar; asimismo que una buena parte de los asentamientos en la costa debieron abandonar su

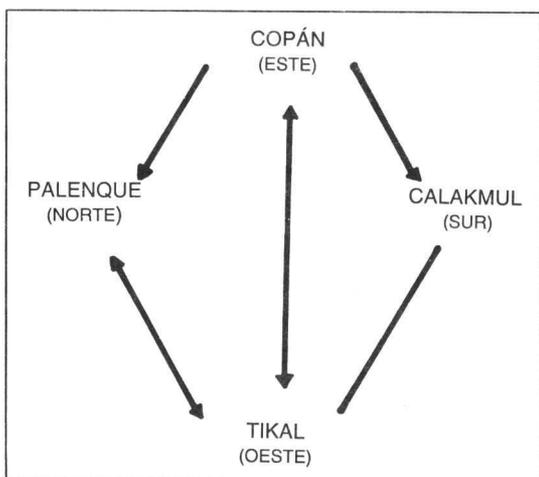


Figura 9. Modelo de una visión cuatripartita cosmográfica de las tierras bajas sureñas del área maya (Marcus, 1976).

localidad para mudarse tierra adentro y sentirse relativamente protegidos del efecto de este fenómeno que probablemente puede repetirse, de acuerdo con algunos cálculos climatológicos y oceanográficos.

Aunque sabemos que casi todos estos sitios tuvieron acceso al agua de los ríos, lagos, lagunas, cenotes, aguadas, pozos y chultunes, al parecer sólo algunos utilizaron campos elevados o camellones para desarrollar parte de sus actividades agrícolas u otra forma de riego.

Richard Adams (1983), por ejemplo, supone que la región del río La Pasión en Guatemala está relacionada con una gran cantidad de áreas de cultivo intensivo cuya explotación es semejante a la de las chinampas. En el mismo artículo, Adams afirma que, además de la modificación de los bajos, arroyos y orillas de bajos, también hubo cambios en la región para uso agrícola, como los campos elevados y terrenos drenados por canales.

No obstante, en un artículo posterior, Kevin Pope y Bruce Dahlin (1989) negaron la presencia de rasgos agrícolas de esta naturaleza prácticamente en todas las regiones del área maya, con excepción de algunos lugares cercanos a ríos y otros rasgos hidráulicos en el norte de Belice (Albion Island) (Pohl, 1990), el sur de Quintana Roo y el área ubicada alrededor del río Candelaria, donde Alfred Siemens y Denis Puleston (1972) hicieron sus trabajos precursores sobre este fenómeno. Adams *et al.* (1991), en un artículo posterior al de Pope y Dahlin (*ibid.*), quienes avalan sus descubrimientos con datos, señalan sin embargo que las declaraciones de Pope y Dahlin son erróneas.

Teniendo en cuenta los argumentos de Adams, es necesario tener presente que en periodos como el Clásico tardío, algunos ríos, incluso el de La Pasión y el Río Azul, podrían haber estado mucho más altos durante el periodo en el que el área maya experimentó más precipitación que en el inicio del Clásico temprano o durante el Posclásico temprano. Algunas de las tierras secas hoy en día pudieron haber sido lagunas en tiempos

pasados debido a un aumento en el volumen de todos los rasgos hidráulicos que hubieran estado relacionados con un aumento en la precipitación.

Igualmente, si nuestro modelo de cambios en el nivel del mar es correcto, los canales excavados por los antiguos (Albion Island) podrían haber sido para riego y no para drenaje. Considerando lo anterior me parece prudente describir e interpretar, hasta donde sea posible, al menos una parte del sistema hidráulico y uso del suelo dentro y en los alrededores de Calakmul. En primer lugar, el núcleo de Calakmul está erigido sobre un gran domo de 22 km² aproximadamente a partir del Preclásico tardío como mínimo, lo que hace posible el drenaje de la zona nuclear de este sitio hacia un arroyo con presas y al bajo de El Laberinto, estudiado parcialmente por María del Rosario Domínguez (1991a) y Frank Miller (s.f.). A su vez, este arroyo de alrededor de 20 m de ancho, aparentemente modificado, lleva agua desde un bajo localizado cerca de la Central Chiclera de Buenfil, a 10 km al noreste de Calakmul (que merece investigación), hasta los límites orientales de la base del domo por medio del arroyo llamado Tomatillo, según algunos informantes. De esta manera el arroyo lleva agua a las dos aguadas principales de Calakmul, las cuales tienen una dimensión de hasta 5 ha. Estas aguadas se localizan en el bajo de El Laberinto, que forma el límite oeste de Calakmul, donde también aparecen algunas terrazas cercanas a la salida del arroyo, más hacia el suroeste del área de la ciudad, cuyo mapa realizó Jacinto May Hau.

Eso no significa, sin embargo, que los antiguos mayas no hicieran un esfuerzo para captar y almacenar agua a fin de cubrir sus necesidades sobre o en las faldas del domo. Para estos fines construyeron varias aguadas de diferentes tamaños donde captaron grandes cantidades de agua. Dos de las aguadas están localizadas al norte del núcleo donde instalamos nuestro campamento. Al llenarse la aguada que está al este, el agua corre hacia la aguada frente al campamento hasta derramarse cuando ya ha sido llenada. En ese momento el agua se dirige a una de las dos mayores aguadas de Calakmul, localizada en la parte inferior de la orilla del bajo ya mencionado (May Hau, Cohouh Muñoz, González Heredia y Folan, *ibid.*).

Además de las aguadas, los antiguos captaban el agua que caía de sus techos con ayuda de cántaros, y la de sus patios con chultunes, de los cuales algunos han sido excavados por Alicia Zapata (1985). Aunque no hemos podido comprobar cómo sellaban el fondo y los lados de esta clase de cisternas, suponemos que algunas fueron impermeabilizadas con ceniza (encontrada dentro), como se hace hoy en día para sellar los haltunes alrededor de Oxkutzcab, Yucatán, según Juan Cauhich Mex. Otros quizá se usaron para guardar comestibles.

Es importante mencionar que aunque algunos investigadores de Tikal supongan que las depresiones de forma irregular asociadas con el núcleo

de este gran centro urbano sirvieron de aguadas, yo creo que existe la posibilidad de que sean canteras que no fueron modificadas para captar ni almacenar agua. Actualmente, todas las aguadas que conozco en Calakmul captan y retienen agua la mayor parte del año gracias a su fondo de ba'pek, y éstas tal vez se comuniquen con chultunes y pozos en su interior (Stephens, 1843). Según Óscar Quintana Samayoa (1990, comunicación personal), ninguna de las canteras en el núcleo de Tikal lo hace, como tampoco conservan agua las grandes canteras localizadas cerca del núcleo de Calakmul.

Vale la pena mencionar que la aguada más grande, que se encuentra en el bajo de El Laberinto al noroeste de Calakmul, tiene una entrada y una salida que lleva el exceso de agua a la aguada del sur. Aquí, la punta de entrada del agua tiene una puerta que aparentemente los antiguos podían manejar según la cantidad de agua almacenada dentro de la aguada. Esto nos hace pensar que los antiguos habitantes de Calakmul tenían un control casi absoluto sobre la captación y almacenamiento de agua dentro de la ciudad, por medio de sus chultunes y aguadas de tamaño medio; y en las afueras de la ciudad en los bajos por medio de grandes aguadas de hasta 5 ha, todo ello controlado con ayuda de arroyos modificados y puertas de entrada y salida en algunos casos, pero sin señales de riego en los bajos, como ha sido sugerido para Tikal por Vernon Scarborough y Gary Gallopin (1991).

Considerando lo ya mencionado y dadas las restricciones impuestas por un presupuesto no siempre adecuado, yo tenía que tratar de buscar la manera de averiguar si en realidad existía un Estado regional relacionado con Calakmul, y determinar si Calakmul mismo fue el centro regional de este Estado, además de ser una capital en forma de centro urbano y administrativo, y no lo que algunos han identificado como centro ceremonial relacionado sobre todo con unidades sagradas. Me fue difícil decidir cómo iba a demostrar que Calakmul representaba un centro regional dentro de la estructura de un Estado, especialmente por las condiciones de la región, cubierta en su mayoría por selva mediana. Descarté el uso de imágenes de satélite por su inexactitud debida al follaje, hasta que finalmente recordé a mi amigo y ahora colega, el chiclero Rubentino Ávila Chi, quien ha trabajado en el Petén del norte, la región de Río Bec y los Chenes desde 1938. Para ordenar su amplio conocimiento de estos lugares en relación con la localización de los campos chicleros y sus fuentes de agua en estas regiones, empezamos por hacer una lista de los 525 campos chicleros que Ávila Chi podía recordar de sus largos años en la chicle- ra, incluyendo sus nombres, todo organizado por centrales (Ávila Chi y Folan, 1990).

Además de registrar los campamentos chicleros, también registramos las aguadas y lagunas en cada campamento, teniendo en cuenta su

capacidad más la presencia y tamaño de las ruinas aledañas, incluyendo el número de estelas que Ávila Chi había observado y simultáneamente tomando notas sobre el tamaño comparativo de las estelas de región en región.

Aunque yo no notaba gran diferencia en la lista de los campamentos y sus ruinas durante los primeros días de trabajo, un sencillo cálculo estadístico me dio una imagen representativa sobre el Petén, Río Bec y, finalmente, los Chenes.

Como resultado de este tipo de etnoarqueología cuantificable, determinamos que existían aproximadamente 56 aguadas y ruinas asociadas con la Central Chiclera de Buenfil, dentro de la cual se localizaba una buena parte del supuesto Estado regional de Calakmul. La gran mayoría de estas ruinas se servían de una sola aguada de tamaño mediano, y solamente 18 o 32% están relacionadas con un total de 29 estelas comparativamente chicas, o sea un promedio de 0.5 estelas por sitio sin incluir Calakmul, con 10 aguadas y 108 estelas relativamente más grandes y concentradas dentro de su núcleo. Los únicos otros sitios que cuentan con cantidades apreciables de estelas son algunos centros ubicados a unos 35 km alrededor de Calakmul, como La Muñeca y Oxpemul, lo cual me hace pensar, de acuerdo con Flannery (1972) y Marcus (1976), en un Estado fuertemente centralizado en el norte del Petén con un territorio de más de 5 000 km², incluyendo a Calakmul mismo como su centro (figura 10). De acuerdo con Marcus Winter (1989), reconocemos que un Estado es “una unidad política autónoma con varias comunidades dentro de un territorio bien definido con un gobierno centralizado, con una jerarquía sociopolítica y con el poder de cobrar tributo a sus miembros” (véase Marcus, 1983).

Gran parte de lo antes expuesto sólo sería de interés pasajero si no fuera por un escrito del sociólogo Richard Fox (1977) aparecido en una publicación reciente de William T. Sanders y David Webster (1988), quienes equiparan lo que Fox llama ciudades regio-rituales con los centros de los mayas, como Copán, en Honduras, en contraste, por ejemplo, con los centros de tipo administrativo que los autores, siguiendo lineamientos tradicionales, comparan con culturas de la altiplanicie (Teotihuacan). De esta manera, Sanders y Webster (*ibid.*) sugieren que “... los centros mayas están divididos en estados con una autoridad descentralizada comparativamente débil en la posición más alta...”

Sanders y Webster (*ibid.*) piensan que la repetida ostentación encontrada en Copán y otros centros, especialmente expresada en estelas, altares y arquitectura monumental excesivamente decorada, prueba la debilidad esencial del gobierno, antes que la fuerza, de estos lugares. Yo, por mi parte, difiero de las interpretaciones de Sanders y Webster (*ibid.*), pues no considero que las grandes estructuras públicas —108 estelas y

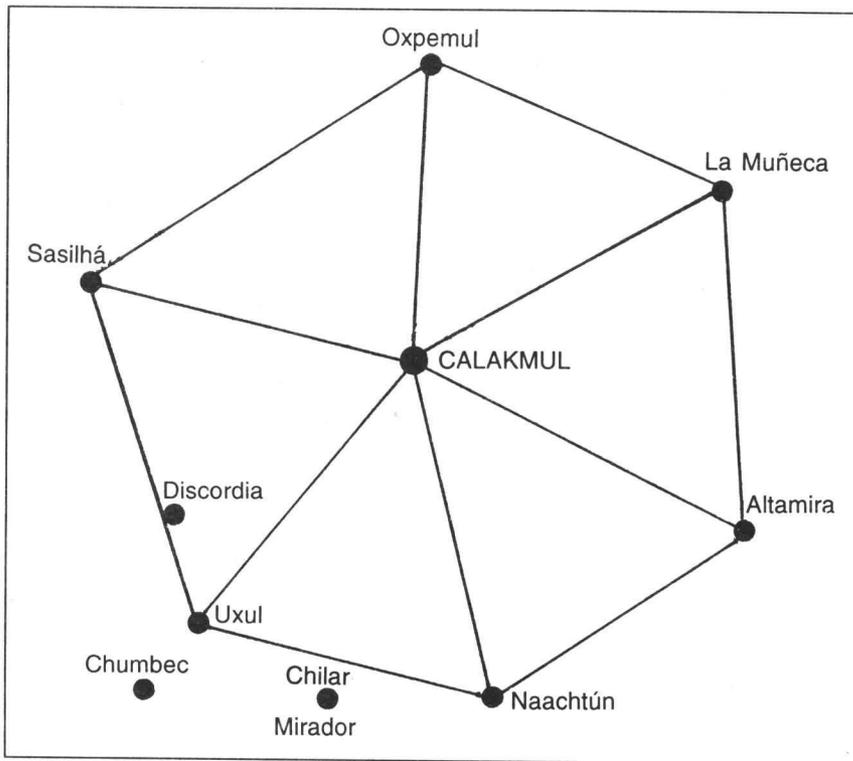


Figura 10. El Estado regional de Calakmul, de 5 000 a 8 000 km², incluyendo su ciudad capital y algunas ciudades tributarias localizadas en una superficie de unos 32 km² alrededor de su centro administrativo (Marcus, 1976).

dos tumbas reales localizadas, hasta la fecha, en una zona como Calakmul— den testimonio de una autoridad descentralizada o débil; por el contrario, creo que manifiestan un gran poder representado por las grandes estructuras, estelas, sacbés y también altares que igualmente existen en lugares como Cobá, Quintana Roo (Folan, Kintz y Fletcher, 1983c).

Estos registros de alto *status*, exhibidos públicamente, sirvieron para establecer la legitimidad del derecho al liderazgo para todos aquellos que tenían la habilidad de interpretarlos mientras aceptaban o rechazaban sus asociaciones o proclamaciones. No obstante, la evidencia de un fuerte centralismo y poder de organización en Calakmul y Cobá no es aplicable a toda el área maya. Como parte del mismo estudio en el área, dentro y alrededor de la Reserva de la Biosfera de Calakmul, Ávila Chi (Ávila Chi y Folan, *ibid.*) identificó 60 ruinas aproximadamente en el territorio de la Central Chiclería de Nohsayab, situada cerca de Xpuhil, en la región norte de Río Bec. De todas estas ruinas, 28 están relacionadas con un total de 55 estelas comparativamente chicas, es decir, 46% del total y 14% más que en el área situada alrededor de la Central de Buenfil, que tiene un promedio de dos estelas por ruina, salvo dos centros medianos, con

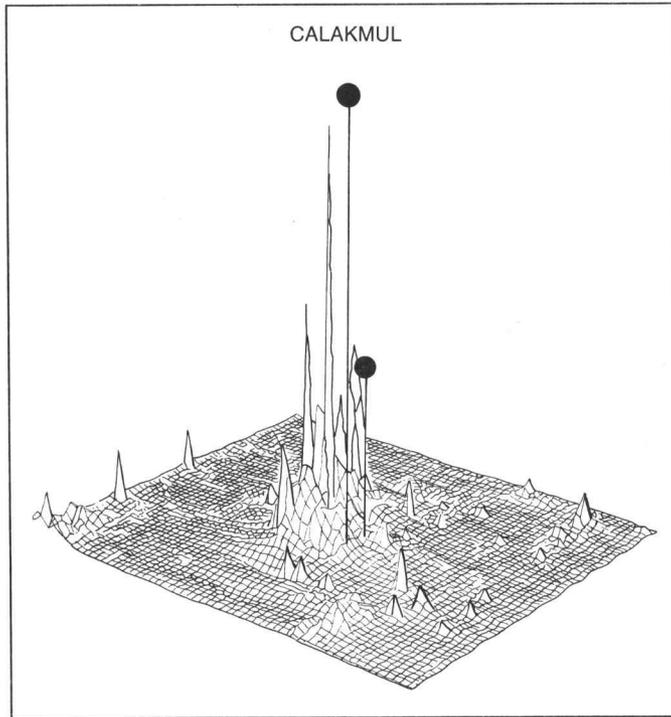


Figura 11. Mapa de la superficie por área-distribución de estructuras abovedadas, con los templos I y II indicados por medio de globos (Fletcher y Gann, 1991; fig. 2).

solamente seis estelas cada uno, que no se aproximan ni en cantidad ni en tamaño a las halladas en Calakmul.

A pesar de que personalmente no he tenido la oportunidad de verificar la información de Ávila Chi en el campo, me parece que Calakmul, tan abundante e impresionante en arquitectura pública (incluyendo una muralla de seis metros de altura), surgió como una entidad de tipo centralizado administrativo en lugar de un sitio regio-ritual organizado en torno de una autoridad descentralizada.

Sin embargo, el caso de la región de Río Bec es muy distinto: se trata de centros mucho más pequeños, con menos habitantes, y símbolos de autoridad —estelas— generalmente dispersos o sencillos. Como resultado de estos cálculos, opino, en desacuerdo con Sanders y Webster (*ibid.*), quienes ven a todos los lugares centrales de los antiguos mayas como débiles y descentralizados, que sería más razonable considerar a los grandes lugares centrales, incluso a Calakmul, como centros urbanos administrativos parecidos a zonas como Teotihuacan en la altiplanicie, donde gran parte de su desarrollo original dependía de los sitios anteriores ya avanzados, como los de la región del río Grijalva en Chiapas (Lowe, 1989), Nakbé en Guatemala (Hansen, *ibid.*) y La Venta en Tabasco

(González, 1989), de las tierras bajas, y aparentemente Calakmul y El Mirador. Por otra parte, la zona norteña de Río Bec y las ruinas que rodean a la Central Chiclera de Iturbide, en los Chenes, asociadas en 64% con estelas (o sea 50% más que los sitios que rodean la Central de Buenfil), están, sin embargo, fuera de este tipo de organización.

Lo anterior significa que estas regiones reflejan sobre todo cierta dependencia de un orden descentralizado y segmentario, que incluyó gran cantidad de diferentes grupos gobernantes distribuidos en un área determinada y un desarrollo cultural de grupos menos descentralizados a grupos más descentralizados y segmentarios, que se desarrollarían en forma exponencial desde el sur hasta el norte de la península de Yucatán a lo largo del tiempo.

Luego de haber determinado satisfactoriamente que Calakmul representó tanto un Estado regional como un lugar central, o sea un centro regional, al contrario de Becán, por ejemplo, el siguiente problema por resolver fue demostrar el papel de Calakmul en tanto que ciudad preindustrial con poderes políticos y económicos, así como centro urbano con capacidad administrativa y no como centro regio-ritual, según lo interpretan Sanders y Webster (*ibid.*).

Después de que Jacinto May Hau hizo el mapa de 30 km² de Calakmul, y especialmente después de que éste fue reducido de 1: 1 000 a 1: 6 250 por Raymundo González Heredia, pudiendo representarlo así en una sola hoja de papel (May Hau, Cohouh Muñoz, González Heredia y Folan, *ibid.*), es evidente que Calakmul fue una gran ciudad. Otro factor que es necesario considerar es el hecho de que Calakmul haya sido una ciudad densamente poblada, 37% más que Tikal (Fletcher y Gann, *ibid.*, y Folan, 1988). La ciudad tenía un plan de asentamiento obviamente concéntrico y eminentemente lacustre, desarrollado en su mayoría por el lado del gran bajo de El Laberinto. La magnitud de su estructura 2, por ejemplo, cubriría la plaza principal de Campeche e incluso su catedral, lo que nos da una idea de sus múltiples poderes. Aún más, gracias a los trabajos preliminares sobre el patrón de asentamiento de Calakmul, hechos por Laraine Fletcher, May Hau, Lynda Florey Folan y un servidor (1987), podemos afirmar que Calakmul se compone de un núcleo que ocupa aproximadamente 1.75 km² con un total de 972 estructuras, de las cuales 300 están abovedadas, situadas sobre el domo densamente poblado de 22 km² aproximadamente. Ello nos hace pensar que Calakmul sí cumple con las características de una ciudad grande y bien planificada.

A pesar de que no fue complicado demostrar el papel de Estado regional del área que rodea a Calakmul, en comparación con las ciudades-Estado de Río Bec y los Chenes, no por ello ha sido fácil comprobar que Calakmul es un ejemplo de ciudad urbana. Pero si aceptamos la definición de centro urbano que Marcus Winter (*ibid.*) da para Monte Albán,

en Oaxaca, podemos imaginar a una gran ciudad como Calakmul con una estratificación social que comprende varios tipos humanos con escritura propia, calendario e incluso especializaciones en las actividades esenciales para mantener el centro urbano y su Estado mismo en tiempos de paz y de guerra.

Por otro lado, según Richard Adams y T. Patrick Culbert (1977), la civilización o urbanismo para el área maya debe relacionarse con arquitectura monumental, un estilo de arte definido por convenciones de perspectiva, iconografía y mensajes temáticos, todo ello expresado con esculturas de bajo relieve, pinturas murales, cerámica policromada, además de un sistema calendárico y de escritura que varía en relación con el tiempo y el espacio. Asimismo el urbanismo debe estar relacionado con entierros, en ciertos casos, complejos. Debe existir una estructura social de tipo piramidal-hereditaria, con las especialidades ocupacionales probablemente estratificadas. La expresión de un grupo elitista y uno popular debe manifestarse materialmente en forma de templos, asociados a grupos familiares y sus entierros, y palacios en tanto que centros de administración, residencias elitistas y bodegas de tipo comunal. De acuerdo con Adams y Culbert (*ibid.*), los juegos de pelota también deben estar presentes en el inventario arquitectónico de las grandes ciudades relacionadas con poblaciones rurales que practicaban varias formas de agricultura y que incluso tenían técnicas especiales de riego —propias de centros menores subordinados a otros mayores por parentesco, según Adams y Culbert (*ibid.*)—, en un territorio de 6 000 km² aproximadamente, o bien con poblaciones que tenían todas las condiciones para el desarrollo de la civilización, como menciona V. Gordon Childe (1950), o para crear un Estado prístino, según Elman Service (1962).

Respecto a la comparación entre centros regio-rituales y administrativos, es necesario explorar estos conceptos, introducidos al mundo de la antropología por Richard Fox (*ibid.*), a la arqueología por Joyce Marcus y recientemente adoptados por William Sanders y David Webster (*ibid.*). En sus trabajos sobre urbanismo, el sociólogo Luis Wirth (1938) afirma que las ciudades, para ser consideradas como tales, deben estar densamente pobladas y poseer un alto grado de heterogeneidad, aunque lo más importante sea la presencia de secularismo, anonimato y movilidad vertical y espacial. Para Fox (*ibid.*), todas las ciudades preindustriales de tipo regio-ritual, no administrativas, se caracterizan por tener una ideología muy definida y estar asociadas con estados segmentarios dirigidos por una autoridad descentralizada comparativamente débil (véase J. Fox, 1987). Por su parte, Sanders y Webster (*ibid.*) califican a todas las ciudades de las tierras bajas de Mesoamérica como centros regio-rituales en contraste con los administrativos, localizados exclusivamente en la altiplanicie (Teotihuacan, Tenochtitlan, y centros más pequeños como Monte Albán

—durante su fase 3 B— y posiblemente Cholula en las fases más tardías de su historia).

Estos centros urbanos, según Sanders y Webster (*ibid.*), al contrario de las ciudades regio-rituales, muestran diferencias internas más apreciables en cuanto a clases sociales, lo que en su opinión hace posible las características que Wirth (*ibid.*) aplica a ciudades administrativas, entre las que menciona heterogeneidad y anonimato, por ejemplo. Igualmente, Sanders y Webster hablan de unidades administrativas —en comparación con ciudades regio-rituales— que muestran un grado más alto de funciones arquitectónicas en forma de talleres especializados, bodegas del Estado y privadas, mercados, oficinas burocráticas, bibliotecas o archivos que incluyen contabilidad y un amplio rango de instalaciones residenciales, muy parecidas a las descritas anteriormente por Adams y Culbert (*ibid.*) en sus trabajos sobre civilización y urbanismo para el área maya.

Por mi parte, básicamente coincido con casi todas las definiciones que he leído sobre ciudades, estados, centros urbanos y administrativos para Mesoamérica. Pero quiero señalar que el contenido de casi todas estas definiciones se encuentra en el área maya de antes de la época cristiana. Sin embargo, no estoy de acuerdo con la presencia de una organización de tipo piramidal sin la existencia de clases sociales, por lo menos durante el Preclásico tardío, el Clásico y el Posclásico y hasta hoy en día. Pienso, al contrario de Sanders y Webster (*ibid.*), que ciudades como Calakmul, Cobá, El Mirador y Tikal, entre otras, no son ciudades regio-rituales dedicadas a lo que Clifford Geertz (1980) ha descrito como un teatro. Son centros administrativos que incluyen, en el caso de Calakmul, manifestaciones de *status* y clases sociales con movilidad social y espacial.

Arqueológicamente me resulta difícil creer que la gran gama de arquitectura en Calakmul, clasificada por Laraine Fletcher y James Gann (*ibid.*), no muestre rango de funciones asociadas por Sanders y Webster (*ibid.*) con ciudades administrativas compuestas de un gran mercado, edificios burocráticos, numerosos textos dinásticos organizados —como archivos— y una cantidad considerable de construcciones residenciales.

Una parte del análisis de Fletcher y Gann (*ibid.*), ajena al mapa de Calakmul pero con los datos originales tomados de los cuadernos de Jacinto May Hau (1982-1988), muestra gráficamente el patrón de asentamiento de los 30 km² de la ciudad, con su arquitectura y otros rasgos culturales —aguadas, albarradas, chultunes—; tal análisis es anterior al trabajo de topografía de Rogerio Cohouh Muñoz, el cual muestra una “gráfica dispersa” (*scattergram*) en la que aparece, en primer lugar, la distribución de la arquitectura abovedada de Calakmul. Otra gráfica de tipo “contorno” nos da la distribución de todas las estructuras tomando solamente el área de su base, delimitando así la extensión del domo y el núcleo de aproximadamente 22 km². Asimismo hay un mapa de superficie que

presenta la distribución de la arquitectura abovedada, con la ubicación de los templos I y II representada por medio de dos globos (figura 11). Para mí, uno de los logros más destacados de Fletcher y Gann es otro mapa de tipo “contorno” que muestra su arquitectura sin bóveda con más de 50 km² de base, en comparación con otro mapa del mismo tipo que presenta a su vez arquitectura sin bóveda de menos de 50 km², pero en el que aparece la forma concéntrica y lacustre de Calakmul, además de su patrón de asentamiento, similar al que describió Landa (1941) hace más de 400 años con respecto a las ciudades mayas de Yucatán.

A pesar de que no hemos localizado talleres en Calakmul, como se dice que hay en Teotihuacan, hemos encontrado desperdicio lítico por todas partes, incluso en los bajos, según Jacinto May Hau (1983, comunicación personal) y Silverio Gallegos Osuna (Folan y Gallegos, 1991). Aunque lugares tipo Copán puedan representar zonas regio-rituales —como los centros aquí clasificados en ciudades-Estado, por ejemplo Becán y Xpuhil—, según Sanders y Webster no existe dicotomía entre los tipos de ciudades en las tierras bajas y la altiplanicie de Mesoamérica; sólo hay algunas diferencias en cuanto a la organización de sus comunidades y el nivel de desarrollo en relación con ciertos aspectos calendáricos y de escritura de la gran Mesoamérica.

Las unidades mercantiles mencionadas por Fox (*ibid.*) y Sanders y Webster (*ibid.*) están representadas por zonas como Jaina, Cozumel, Xicalanco y Nito en una época caracterizada por la caída de estados marcadamente burocráticos. Por mi parte, he escrito (Folan, 1985) que Jaina fue el modelo clásico para la formación de ambas: Cozumel en Quintana Roo y Cerritos en la costa norte de Yucatán, durante el Posclásico (véase Folan y Álvarez, 1985a). Igualmente, pese a que ya hemos identificado el nivel de desarrollo de Calakmul en comparación con Becán o Santa Rosa Xtampak, por ejemplo, me parece adecuado suponer que zonas como Calakmul y Teotihuacan sufrieron una transición: de ser capitales de estados regionales pasaron a ser ciudades-Estado a través del tiempo. Con estos argumentos creo conveniente señalar que desde el año 2000 a.C. las condiciones climáticas en la región de Calakmul y otras áreas de la gran Mesoamérica podrían haber afectado su desarrollo, por lo cual sus ciudadanos enfrentaron problemas para mantener su nivel de vida y fuerza.

De esta manera, y en respuesta al interés de Willey y Sabloff (1980) por entender cómo estas sociedades tempranas produjeron las civilizaciones y estados del mundo precolombino, me parece difícil descartar la posibilidad de que tales ciudades se hayan desarrollado por medio de múltiples procesos que se acumularon en cierta época en lugares centrales durante un momento climatológico propicio para el desarrollo. Estas regiones comprenden el Petén de Campeche y Guatemala, en el centro

de la península, donde hubo una rápida etnogénesis, con un desarrollo cultural que podría haber sido influido desde múltiples direcciones, incluso América del sur.

Lo interesante de todo esto es que, basándonos en lo que ahora sabemos, podemos reafirmar que la formación de un lugar central como Teotihuacan dependía de influencias recibidas de varias regiones de las tierras bajas de Mesoamérica y del Petén. Sin embargo, cuando Teotihuacan alcanzó su máximo esplendor, me parece altamente dudoso que Teotihuacan mismo haya influido en todo el mundo mesoamericano en el mismo grado, como señala Millon (1972). Por el contrario, durante su apogeo Teotihuacan experimentó un periodo climático propicio para desarrollar gran parte del fuerte estímulo que había recibido de las tierras bajas durante el Preclásico tardío/Protoclásico, donde las condiciones climáticas habían sufrido una declinación entre los años 180 d.C. a 250 d.C. (Gunn, Folan y Robichaux, *ibid.*). Sin embargo, cuando Teotihuacan se encontró en un periodo climático menos compatible con su desarrollo, alrededor del siglo VI, correspondiente al periodo Xolalpan, es decir cuando los centros tributarios de Teotihuacan ya comenzaban a experimentar dificultades (Mastache y Cobean, 1989: 55), el área maya, por ejemplo, estuvo por entrar, según el modelo, en otro periodo de alto desarrollo, mismo que ya había declinado en Teotihuacan y, aparentemente, en Monte Albán durante los siglos VIII y IX, que equivale a la época en la que algunos investigadores ubican la caída de Teotihuacan (750 d.C.), dejando abierta la posibilidad del desarrollo de sitios como Xochicalco o el amurallado Cerrito de la Campana, en el Estado de México (Folan, Folan y Ruiz Pérez, 1986).

De manera que lo que estamos viendo es el resultado de un modelo climático desarrollado por Gunn y Adams (1981), en el que el clima de la gran Mesoamérica variaba de norte a sur o de sur a norte, en forma de bandas de aire húmedo o seco cruzando la gran Mesoamérica; por ejemplo, desde el istmo de Panamá, pasando horizontalmente por el sur y el norte de México, por el sur y el norte de Estados Unidos y por Canadá, lo cual coincide con parte de lo que Willey (1991) sostiene cuando se refiere a la formación horizontal-regional en su último artículo aparecido en *American Antiquity*. Es decir que cuando haya sequía en el istmo, habrá humedad en el sur de México, y cuando haya sequía en el norte del país y humedad en el sur de Estados Unidos, habrá sequía en el norte del continente, en Canadá.

Igualmente, la distribución y la glotocronología de los idiomas otomanque durante los últimos cuatro milenios siguen el mismo modelo de acuerdo con el análisis de Folan, Hopkins y Josserand (1987). De esta manera nuestro modelo sugiere que, durante el apogeo de Teotihuacan en la altiplanicie, alrededor del año 500 d.C., existió un clima apropiado

para su desarrollo, en tanto que el área maya experimentó una época de exceso de precipitación en comparación con el inicio del Preclásico tardío (Gunn, Folan y Robichaux, *ibid.*). Cuando la estabilidad de Teotihuacan comenzó a disminuir hacia finales del siglo vi y principios del vii en el periodo Xolalpan —tal vez por una reducción en la precipitación—, varias zonas del Petén tuvieron un repunte, aparentemente motivado por condiciones atmosféricas idóneas para la horticultura y otras actividades similares. Esto sucede cuando Teotihuacan es destruido parcialmente por incendios hacia finales del periodo Metepec, entre los años 650 d.C. y 750 d.C., es decir, cuando adquieren importancia las que fueron las ciudades-Estado de Xochicalco, Teotenango, Cacaxtla, Cholula y El Tajín. Esto mismo sucedió en el área zapoteca, en el centro regional de Monte Albán, el cual fue parcialmente abandonado, en tanto que las ciudades-Estado de Mitla, Yagul y Zaachila adquirieron importancia en el valle, donde por primera vez aparecieron textos dinásticos fuera de Monte Albán, según Marcus (*ibid.*) y Winter (*ibid.*).

Como hemos visto en un análisis basado en los datos etnoarqueológicos de más de 525 sitios arqueológicos, datos recogidos por Rubentino Ávila Chi y un servidor (Ávila Chi y Folan, *ibid.*), éste es a grandes rasgos el momento en que los centros regionales como Calakmul y Tikal comienzan a perder parte de su poder y surgen nuevas ciudades-Estado en la región de Río Bec y los Chenes, Becán, Xpuhil, Hormiguero, Chicaná y Hochob, caracterizados por ser centros más pequeños y con menos estelas en sus capitales, en comparación con Calakmul y Tikal, pero, a la vez, con más zonas asociadas con textos, como ocurrió en las regiones situadas alrededor de Teotihuacan y Monte Albán. También hubo un intercambio de estilos arquitectónicos al agregar torres a algunas estructuras después de su construcción —como en Hochob—, según Ramón Carrasco (1985). Esto puede equipararse con la adición de la torre este a la Catedral de Campeche, de acuerdo con Lynda Florey Folan (1990, comunicación personal), y con algunos otros casos, como naves de mampostería a capillas abiertas en la época colonial (Folan, 1970). En realidad acabo de descubrir, gracias a Galia Ortiz y a José Manuel Alcocer Bernes (1986), que después de construida la actual Catedral de Campeche, en 1705, no le fue añadida la torre española sino hasta 1760, o sea, 55 años después de su construcción, y que la torre campechana fue agregada apenas en 1850, es decir, 145 años después de terminada la nave. Pudimos observar este mismo patrón de construcción en los sacbés de los antiguos mayas de Cobá, Quintana Roo, en 1974, que fueron hechos en secciones, como en el caso del sacbé inconcluso de Machucaní durante el Clásico tardío (Folan, Kintz y Fletcher, *ibid.*).

Aparentemente, lo que sucedía en zonas como Teotihuacan es que su fuerza económica, política y religiosa disminuía al grado de transformarse

de capital de un Estado regional extenso a capital de una ciudad-Estado, como Xochicalco, Cholula y Cacaxtla, adquiriendo de esta manera la misma posición política independiente, con una población importante pero con menor fuerza política. Esto mismo, de acuerdo con Marcus (*ibid.*) y Winter (*ibid.*), ocurrió en Monte Albán al perder su condición de capital de un gran Estado regional con lugares como Mitla y Yagul, y Monte Albán mismo, convirtiéndose en una ciudad-Estado, con un territorio comparativamente reducido pero que también incluía ciudades tributarias.

En cuanto al área maya, diremos que el proceso de descentralización continuó hasta la llegada de los españoles, acompañado de una reducción demográfica asociada con sequías y con el fin del Clásico y, quizá, el Posclásico temprano y mediano de Chichén Itzá y Mayapán, dando por resultado la formación de jurisdicciones territoriales durante el Posclásico tardío, lo que Joyce Marcus (1889b) ha definido como ciudades-Estado. Vale la pena mencionar que siempre he considerado a Chichén Itzá, su Cenote Sagrado, el templo de Kukulcán y el juego de pelota como un patrón de asentamiento basado en el *Popol Vuh*, sobrepuesto a las estructuras clásicas de Chichén Itzá, ya niveladas, con sus bases localizadas debajo de la gran plataforma al norte del núcleo. De modo que para llegar a Xibalbá, a mi juicio, los gemelos encantados bajaron al Cenote Sagrado y avanzaron por el túnel mítico entre el Cenote Sagrado y el cenote Ixtoloc, pasando bajo la plataforma de Venus y el templo de Kukulcán, donde debían escoger entre cuatro caminos. Al tomar el camino Blanco, al oeste, los gemelos llegaron a Xibalbá bajo el gran juego de pelota, representado en una iconografía que muestra a los señores de Xibalbá jugando pelota con los gemelos, así como muchos otros detalles mencionados en el *Popol Vuh* (Folan, 1980, 1986).

En cuanto al área maya-olmeca, sabemos que hubo grandes periodos de desarrollo: uno durante una buena parte del Preclásico medio y tardío, que finalizó entre los años 180 d.C. y 250 d.C., y otro durante el Clásico tardío, que terminó en el siglo IX, y al principio del Posclásico, otro que finalizó alrededor de 1440 con una fuerte sequía.

Podemos suponer que la organización social, en zonas como Calakmul y El Mirador durante el Preclásico tardío, consistió en ciudades urbanas administrativas que fueron capitales de estados regionales, y es posible que su nivel de complejidad se haya reducido durante el Clásico temprano.

Después de unos 350 años, Calakmul experimentó un resurgimiento (Clásico tardío), al tiempo que Teotihuacan estaba en proceso de perder su posición de poder en la altiplanicie como capital de un Estado regional, para permanecer como otra de las muchas ciudades-Estado que había en sus alrededores.

Como ha sugerido Peter Mathews (1991), basándose en la distribución de glifos-emblemas, los centros de poder del Petén de Guatemala, como

Tikal, perdieron su carácter centralista a través del tiempo, al igual que hemos observado en Campeche sin valernos de glifos-emblemas, en donde con el tiempo se dio un cambio hacia un menor centralismo, en la región de Río Bec, Chenes y Puuc, más hacia el norte; pero a diferencia de Mathews (*ibid.*), creemos que Calakmul no perdió su poder regional, como sucedió anteriormente en Teotihuacan. Como afirmó Millon (1967) hace tiempo, aunque con poca convicción, la caída de Teotihuacan pudo haber estado acompañada de un cambio climático que hizo mucho más difícil la provisión de lo necesario para la sobrevivencia de sus habitantes. No obstante, pienso que éste podría haber sido el caso no sólo para Teotihuacan sino para casi todos los lugares importantes de la gran Mesoamérica a través del tiempo y del espacio. Es decir que, a pesar de que durante años se pensó que Teotihuacan fue la ciudad más importante de Mesoamérica, estamos viendo que incluso las zonas de mayor desarrollo cultural, como Calakmul —con calendarios exactos y textos dinásticos—, tuvieron un momento de grandeza equiparable, pero fueron afectadas por cambios climáticos y sus consecuencias, al igual que otras ciudades preindustriales y algunas industriales de hoy en día. No fue el desarrollo original de Teotihuacan ni su caída lo que afectó al mundo mesoamericano, sino las condiciones que hicieron posible éste y otros desarrollos y caídas a lo largo del tiempo y en muchos sitios. En pocas palabras, Teotihuacan no tenía más importancia que Calakmul, El Mirador, Nakbé o Tikal en Mesoamérica, incluso es probable que su importancia haya sido menor con el tiempo.

Según algunos investigadores como Carlos Navarrete (1988), la arqueología ha buscado una cultura madre para explicar los grandes desarrollos en Mesoamérica, escogiendo como tal a la olmeca y su centro, supuestamente ceremonial, de La Venta, modelo que fue sumamente apoyado por los estados del Golfo, como Veracruz. Paralelamente, buscaron un centro de importante desarrollo político prehispánico en Mesoamérica, eligiendo a Teotihuacan durante el Porfiriato, sobre todo por su tamaño y por estar ubicado en el valle de México, cerca de la fuente tradicional de poder en la región, tanto ayer como hoy. Aunque sea difícil de creer, seguimos considerando a la olmeca como la madre de las culturas y a la teotihuacana como la fuente de la más alta organización sociocultural de Mesoamérica, en lo que se refiere a la formación de estados, ciudades, urbanización y recientemente centros administrativos *versus* centros regio-rituales, según Sanders y Webster (*ibid.*).

El arqueólogo Pedro Armillas (en Navarrete, *ibid.*), por ejemplo, comparó la importancia de los aztecas con el nacionalismo mexicano oficial, manifestado hoy en día en el Templo Mayor. Incluso el diseño del Museo Nacional de Antropología en el Distrito Federal aparenta un monumento al centralismo que conforma lo que el arquitecto Ramírez Vázquez descri-

bió como una gran catedral con su altar mayor representado por la sala azteca y los dos menores, las salas teotihuacana y la maya, a cada lado, formando una cruz. De modo que es difícil escapar de estos modelos no científicos cuyo contenido es manejado por todos los estudiantes de arqueología mesoamericana, nacidos en México o fuera del país, puesto que de una forma u otra todos leímos los mismos libros y tuvimos a los mismos maestros. En resumen, somos del mismo molde. Parece ser, afortunadamente, que el molde está resquebrajado. Sólo debemos buscar la manera de salirnos de él y evitar crear otros moldes que nos atrapen de nuevo, a nosotros mismos y a futuros investigadores.

Retomando la idea inicial, no todo está relacionado con los estudios sobre el clima, la organización sociopolítica y la museografía en la gran Mesoamérica. También debemos tratar de entender cómo pudieron sobrevivir los mayas, partiendo de lo que sabemos acerca de sus sistemas hortícolas en el Petén de Campeche y Guatemala. En cuanto al uso del suelo e hidrología, los antiguos mayas conocían varias técnicas, además del sistema propuesto por Robert M. C. Netting (1977) de formar zonas hortícolas dentro de sus áreas habitacionales y campos de cultivo en las afueras. Por mi parte, yo he señalado, basándome en un modelo de uso del suelo aplicado actualmente en Ticul, Yucatán —gracias a Adiel de la Cruz Balam Chan—, que los antiguos mayas sembraban en los espacios que había entre sus casas, es decir en los llamados *ch uu muc lu'um*, o sea tierra “en medio”. Ticul tiene un espacio “en medio”, a lo largo de cada cuadra, de aproximadamente 3 600 m², para la siembra de árboles frutales, incluso ramones, ciricotes y guanos. En cuanto al tipo de horticultura fuera de la ciudad, creo que debemos suponer que por lo menos se sembraba una milpa preparada por medio de tumba y quema, aunque no en la misma extensión en todas las épocas.

A grandes rasgos, por ahora podemos aceptar las técnicas de Silverio Gallegos Osuna, un joven milpero de Campeche que sostiene que los antiguos la sembraban alrededor de los bajos en alguna época de su existencia en Calakmul, lo cual es muy similar a lo que sugiere Alfred Siemens (1989) para la parte central del estado de Veracruz. De acuerdo con Gallegos (Folan y Gallegos, *ibid.*), quien participó en el trabajo de topografía en una extensión de 10 km² del bajo El Laberinto en Calakmul, los milperos de los alrededores de Conhuas, Campeche, y quizá Calakmul, preparan la tierra para la milpa tanto en la falda como en la orilla del bajo porque es en la falda donde se encuentra más tierra *yashon*, o sea *kankab*, y donde se puede sembrar durante cuatro años, como también es el caso de una milpa dentro de un ramonal. Esta misma milpa se extiende dentro del bajo donde se encuentran cuyos pequeños, aparentemente no hechos por el hombre, de 25 por 25 por 25 cm, aproximadamente, además de unos cuantos cuyos más grandes, éstos sí tal vez hechos por el hombre

y la naturaleza, de 1 a 2 m de largo por 40-70 cm de ancho y 40 cm de altura, en forma de cacahuete. Al momento de sembrar la parte de la milpa en la falda del bajo, donde hay bastante pedernal, los milperos preparan los cuyos pequeños y grandes de su milpa adentro del bajo —entre 40 y 50 por mecate de 25 por 25 m, es decir, 625 m².

Gallegos afirma que en general los cuyos protegen al maíz dentro del bajo cuando éste se llena de agua. En el mes de octubre, cuando el maíz sembrado en mayo está preparado para cosecharse, y si la cosecha no es adecuada para sus necesidades, el milpero puede decidir sembrar tonamil, o sea practicar una segunda siembra profunda en la parte de la milpa que queda entre los cuyos pequeños en el bajo, si éste no está encharcado. Ésta es una forma de agricultura de llano inundado, es decir *flood plain agriculture*. Además de cuyos pequeños, hay algunos grandes en los bajos y lejos de la orilla, pero dispersos. Según Gallegos, los cuyos grandes, al contrario de los pequeños, parecen estar hechos por el hombre en combinación con el agua en el bajo; hay aproximadamente uno por mecate. También hay bajos con sólo dos cuyos grandes, de 2 m de largo, 80 cm de ancho y 20 cm de altura, agrupados con sus hoyancos de hasta 3 a 4 m de largo, 3.5 m de ancho e incluso 1.20 m de profundidad. Donde hay gran cantidad de cuyos grandes, el terreno que los rodea presenta muchos hoyancos, originando así, en opinión de Gallegos, una tierra muy accidentada. Aunque no puede sembrarse en los hoyancos, ya que se llenan de agua en época de lluvias, sí se puede hacerlo en los cuyos grandes, asociados con lo que Gallegos ha identificado como fragmentos de pedernal. En contraste con la parte media del bajo, hay más cuyos chicos y grandes localizados unos 25 m alrededor de las aguadas que se encuentran dentro de los bajos y cerca de los arroyos, afuera de sus bordes, como en el caso de las aguadas.

Entre los rasgos hidráulicos de Calakmul, existe por lo menos un gran canal que corre entre dos aguadas para pasar agua de una aguada a otra, probablemente como el canal identificado por Dennis Puleston (1974), localizado entre Tikal y Uaxactún, por el que podría haber pasado agua de un bajo hacia otro, de este a oeste (según una observación mía). Además de este canal hay otros, que son visibles entre el follaje de los árboles, desde la estructura 1; puede tratarse de canales que se extienden a lo lejos hacia el sureste de la estructura y uno que dobla al suroeste, o bien tratarse de antiguas veredas, semejantes a las que se han encontrado en Costa Rica por medio de fotografías aéreas o de satélite. Calakmul también cuenta con un arroyo modificado que puede ser un rasgo hidráulico lineal, aunque no hay señal alguna de un campo drenado en el interior de los bajos, con excepción del bajo drenado por el arroyo mismo. De acuerdo con Adams *et al.* (*ibid.*) podemos señalar que las orillas de los bajos podrían haber sido utilizadas para la siembra, como afirma el

arqueólogo guatemalteco Renaldo Acevedo, cuya tesis de licenciatura versa sobre el estudio de los bajos (1990, comunicación personal).

Debo admitir, sin embargo, que originalmente acepté lo que Silverio Gallegos me describió como cuyos grandes situados al lado de hoyancos entre los bajos, que además de estar alrededor de las aguadas fueron campos elevados dispersos. Ahora opino que pueden representar el desperdicio del trabajo de pedernal que se realizó en los bajos, excavando la materia prima y formando así los hoyancos encontrados a su lado. Algo que podemos asegurar gracias a las investigaciones estratigráficas acerca de asentamientos dentro del bajo de El Laberinto, realizadas por María del Rosario Domínguez (1991), es el registro de buena cantidad de fragmentos de pedernal mezclado con fragmentos de cerámica, sobre todo de tipo doméstico, lo que sugiere que en esa zona pudieron haber habitado técnicos dedicados a trabajar dicho material. Un producto más de estas excavaciones son las muestras profundas del bajo, que servirán para determinar si éste formaba una laguna en el pasado (Frank Miller, 1991, comunicación personal), como se hizo en el periodo 1988-1989.

Es muy probable, pues, que los antiguos mayas que vivían alrededor de Calakmul sembraran entre sus casas y tomaran las orillas de los bajos como las tierras más aptas para sembrar durante el mes de mayo, con los cuyos dentro del bajo, esperando la llegada del mes de octubre para decidir —basados en su primera cosecha— si sería o no recomendable sembrar por segunda vez en el bajo entre los cuyos pequeños y grandes para cosechar el resto de granos en diciembre, durante ciertos periodos climatológicos, y cubrir así sus necesidades. Es decir que no hemos encontrado campos elevados en Calakmul, con la posible excepción de una mención no comprobada en el bajo localizado al este de la ciudad y drenado por el arroyo, que sale por detrás del bajo ubicado en la parte sureste del mapa, además de algunos posibles campos elevados observados en una imagen de satélite que me facilitó Richard Adams hace aproximadamente diez años. Dichas imágenes muestran rasgos en forma de escalera que, según Adams, pueden representar canales y campos elevados que aún no hemos encontrado, pese a haber mapeado 10 km² —o incluso más— de bajos. Por lo tanto, si hubiera campos elevados alrededor de Calakmul, éstos deberían ser visibles, sobre todo si los comparamos con los cuyos grandes y sus hoyancos, que siguen a la vista aun después de más de 500 años de existencia. Pero de cualquier modo podemos considerar a los cuyos, en general, como pequeños campos elevados para la horticultura en los bajos del Petén del norte. Sin embargo, no concibo cómo podría haber sobrevivido así un centro urbano de la magnitud de Calakmul por tantos siglos, aunque se tratara de un asentamiento preindustrial.

En mi opinión, aunque actualmente comprendemos mejor las prácticas de horticultura y agricultura de los mayas de Calakmul, todavía nos falta

mucho para saber con seguridad cómo pudieron vivir allí 40 000 personas, dadas las condiciones prevalecientes en ese tiempo. Desconocemos si fue por medio de técnicas agrícolas extensivas o intensivas, o bien si se trató de una combinación de ambas, sin descartar la posibilidad de que hayan importado granos de sitios cercanos o lejanos. Por mi parte, considero que hasta que no comprendamos el uso preciso de los bajos, no sabremos con exactitud cómo se desarrollaron los mayas durante los diferentes regímenes climatológicos en Calakmul a través del tiempo. No obstante, parece razonable suponer que los mayas debían producir por lo menos dos o más cosechas al año. Así pues, convendría explorar nuevamente las razones que podrían haber causado el deterioro de zonas como el Petén.

En primer lugar, casi todos estamos de acuerdo en que los antiguos mayas necesitaban un régimen regular de lluvias para mantener el nivel de desarrollo alcanzado, por ejemplo, durante el Clásico tardío. Algunos otros opinan que los mayas no practicaron el riego adecuadamente para su sobrevivencia; dichos argumentos se basan en un conocimiento del uso limitado de campos elevados en el sur de Quintana Roo, norte de Belice y algunas zonas cercanas al río Candelaria, o bien en la presencia de terrazas con chultunes en el norte de Calakmul, registradas recientemente por Abel Morales (1987). Ahora bien, con base en esta interpretación, además de los múltiples datos que confirman que hubo cambios climáticos en Mesoamérica y que incluyen análisis de varios tipos, existen otros como los de los *Libros de Chilam Balam* (Folan y Hyde, 1985b), que mencionan numerosas sequías y escasez de víveres —para no olvidar los textos históricos (Farriss, 1984), tanto indígenas como de otras culturas—, por lo que pienso que debo insistir en la posibilidad de que la declinación de la alta cultura del área maya se haya debido en gran parte a un cambio del clima que afectó, primero que nada, a los asentamientos distantes de los depósitos de agua como lagunas y ríos en el centro del Petén y después a zonas húmedas cercanas a las costas y áreas ribereñas, según la distribución de textos dinásticos en las tierras bajas del sur.

Aunque el golpe final no fue equivalente, a mi juicio bastó para acabar con la formación y conservación de unidades socioculturales de importancia, como Calakmul, El Mirador y Tikal. Así, el proceso fue irreversible, terminando en un estado de sobretiro del que hablaba Clark Wissler (1923) hace unos años, y más recientemente Culbert (1974) y quien escribe; es el caso de un sistema biológico muy dañado que no puede reponerse, que sobrevive de manera fraccionada sin poder recuperar su forma original.

En el norte de la península permaneció una sombra del Clásico tardío en Ichcansiho y Uxmal, con una débil continuidad en Chichén Itzá y Mayapán, es decir, en centros regionales de importancia con una cultura ya muy invadida por gente y conceptos ajenos.

A pesar de que durante algún tiempo pensé que hubo un gran desplazamiento de la población hacia la costa este de la península de Yucatán durante el final del Clásico terminal y el inicio del Posclásico (Folan, 1983), ahora creo que este hecho también estuvo combinado con una reducción en la fertilidad de la población misma en el área maya, provocada por una inadecuada nutrición, que afectó también al sector infantil (Folan, 1982b). Me parece interesante la tesis de Ralph Roys (1943) en la que señala que parte de la población de la región Puuc debía mendigar para obtener agua potable, junto con la costumbre de abandonar a los ancianos y a los niños en los pueblos para poder buscar sustento en el monte. Éste y otros ejemplos son realidades difíciles de olvidar, especialmente si uno ha sufrido la falta de agua en el Petén o en cualquier otra parte del mundo durante un periodo de extrema sequía.

En lo que se refiere a la actualidad, desafortunadamente Calakmul se encuentra abandonado, sin el grado de seguridad adecuado para un sitio arqueológico de tal importancia y riqueza comprobada. Es necesario, pues, proporcionarle la misma protección que a otras zonas del sur del estado de Campeche o Yucatán, de manera que nuestros recursos culturales no renovables no desaparezcan. En el futuro continuaremos con la excavación y consolidación de la Plaza Principal y todas sus estructuras y rasgos culturales (altares, estelas), además de excavar y consolidar las estructuras 1 a 13 y el juego de pelota, no sólo para encontrar las tumbas que deben de estar en las estructuras 1, 2, 7 y 13, sino para hallar los primeros brotes de la cultura maya en Calakmul, acompañados de sus textos dinásticos. Igualmente, hay planes para excavar los suburbios de Calakmul y seguir con nuestras investigaciones sobre climatología, hidrología, uso del suelo y flora (María Consuelo Sánchez González) a través del tiempo. Es decir que la Universidad Autónoma de Campeche pretende seguir haciendo arqueología en Calakmul para comprender mejor cómo y por qué se formó, y de qué manera llegó a ser uno de los centros urbanos más grandes del nuevo mundo, y finalmente saber cómo y por qué motivo Calakmul dejó de existir como tal.

En resumen, a mi juicio los centros regionales de las tierras bajas, como Calakmul, representan ciudades tan urbanas y administrativas como Teotihuacan en el altiplano. Por otra parte, deseo plantear de nuevo la hipótesis de que el concepto de urbanismo tenía sus raíces en las tierras bajas de Mesoamérica, quizá mezclado con influencias de América del sur. El área maya, sin embargo, no es simétrica. Yo, por ejemplo, siempre he observado una marcada diferencia entre Calakmul en el Petén y todas las zonas mayores de Río Bec, los Chenes y el Puuc, desde el punto de vista de su patrón de asentamiento, organización sociocultural y otros muchos elementos relacionados con su arquitectura, su cerámica (María del Rosario Domínguez Carrasco, 1991) y su idioma, como fue sugerido

por Terence Kaufman (1964), tal vez apoyado en los textos dinásticos del Estado regional de Calakmul. En rigor, lo que estamos ofreciendo con nuestros esfuerzos en Calakmul es un modelo diacrónico del desarrollo en etapas (desde el Estado regional hasta las ciudades-Estado a través del tiempo y el espacio) un poco diferente a lo que se ha ofrecido en el pasado en la mayoría de los casos.

El núcleo de Calakmul fue diseñado como una plaza rectangular en forma de instrumento astronómico para marcar los equinoccios. Después, los habitantes de la zona comenzaron a construir estructuras encima de estos edificios, o bien hicieron añadidos a las estructuras 1 y 2 además del Grupo Tipo E (Ruppert y Denison, 1943; Morales López, 1987), la estructura 5 y otras. También levantaron un palacio de 12 cuartos alrededor de una tumba con una bóveda maya donde enterraron a uno de los fundadores de cierto linaje en el siglo vi, con una máscara elaborada con mosaicos de jadeíta, todo ello parecido a las tumbas de Tikal, Uaxactún, Caracol, Palenque, Oxkintok, por ejemplo, y recientemente, Balamcú, según Florentino García Cruz (1991, comunicación personal).

Las áreas que rodean a Calakmul continuaron siendo suburbios habitados por grupos de gente dedicada a múltiples actividades. Formaban mosaicos de grupos familiares que vivían en las cercanías del sitio de su linaje, como lo representa la estructura 3. En el Clásico tardío, los habitantes de Calakmul comenzaron a formar un archivo concentrado en y alrededor de la Plaza Principal con 108 estelas, lo que representa un registro inusitado en la historia de sus múltiples gobernantes, identificados por Marcus (1987). Uno de ellos fue enterrado en la estructura 7, también con su máscara-retrato, tal vez a finales del siglo vii, según una posible fecha encontrada en uno de sus bezotes, debajo de una añadidura a esta estructura que podría haber conformado un monumento público a la memoria de algunos de sus ancestros, todavía no encontrados pero que posiblemente estén en su base, como es el caso de muchos otros templos en Calakmul y ciertas zonas del Petén (Domínguez y Gallegos, *ibid.*; Coyoc Ramírez, 1985, y Lagunas, *ibid.*). Los restos de este individuo —de acuerdo con Mario Coyoc—, como los de aquellos dos encontrados por mí en Dzibilchaltún, Yucatán, hace treinta años (Folan, 1969), mostraban huellas de que las partes blandas habían sido removidas de sus piernas; éstos tampoco tenían todos sus huesos faciales, como otros tres casos de Uaxactún y dos más con restos de una máscara de mosaicos, y otro de Tikal sin su calavera y fémures (Welsh, 1988), semejante a lo que menciona fray Diego de Landa (1941) sobre ritos mortuorios en el siglo xvi para personajes de alta jerarquía. Un individuo que identifiqué en Dzibilchaltún pudo haber pertenecido al ancestro sagrado del linaje de los Ceh en la provincia de Cehpech —en la que se localiza Dzibilchaltún—, debido al pectoral, que representaba

a un venado, encontrado dentro de su tumba. Esto nos permite especular que el individuo enterrado en la tumba de la estructura 3 pudo haber pertenecido a un grupo descendiente del linaje Tzotz o murciélago, apoyándonos en algunas identificaciones de su pectoral de mosaicos de jadeíta, en tanto que el personaje hallado en la estructura 7, con un pectoral con la forma del glifo *ik*, puede relacionarse con el linaje principal de Palenque, donde este glifo aparece frecuentemente en su arquitectura.

Aunque es raro encontrar tumbas semejantes a la de la estructura 3, existe una grande y rica del Clásico tardío excavada en Piedras Negras (Welsh, *ibid.*) dentro de un palacio perteneciente a la acrópolis de este importante sitio; se habla de otra encontrada y saqueada en un palacio preclásico de Dzibilchaltún, Yucatán (Welsh, *ibid.*), y de otra en Kabáh, Yucatán. De modo que pueden encontrarse entierros ricos de personajes de alto rango en cualquier lugar, siendo la importancia del muerto lo que determinaba sus ofrendas. Por otra parte, la mayoría de las excavaciones en el área maya se han concentrado en grandes sitios similares a capitales regionales, por lo cual la mayoría de las máscaras han aparecido en los entierros de estas zonas y ninguna en aquellas donde, sobre todo, se limpian fachadas y se consolida la arquitectura, sin hacer las excavaciones profundas que caracterizan a la arqueología maya.

Una nueva adición arquitectónica en forma de palacio, que fue añadida a la estructura 2 durante el Clásico tardío y modificada durante el Clásico terminal —cuando tres de sus tumbas fueron saqueadas—, también servía de habitación por lo menos para tres familias numerosas, además de ser un punto central para practicar cierto tipo de ceremonia de fuego nuevo enfrente de su entrada principal, sugerido por Clemency Goggins para Chichén Itzá (Folan, Folan y Cauich Mex, 1989) (figura 12).

Como lo he sostenido desde hace tiempo (Folan, 1985b), no cabe duda de que la forma arquitectónica de la estructura 3 —con sus tres cresterías—, después de que cayó la bóveda de su cuarto central, influyó en el diseño de la estructura 4 de Becán, también con tres cresterías y una entrada enmarcada por un rasgo con forma de monstruo sobrenatural tallado en estuco. Como han escrito George Andrews, Paul Gendrop *et al.* (1987), este estilo arquitectónico también aparece en Kohunlich y, como es de esperarse, en otros sitios de la región de Río Bec.

Por otro lado, es sabido que algunas de las jadeítas saqueadas —durante la época prehispánica— en Nebaj, Guatemala, fueron utilizadas como ofrendas en el Cenote Sagrado de Chichén Itzá a finales del Clásico terminal (Coggins y Shane, 1984); sin embargo, sabemos de placas de jadeíta que pueden pertenecer a Calakmul y datan de su periodo Clásico temprano, e incluso de fechas posteriores, y que formaban parte de los objetos de intercambio con Costa Rica, donde se les ha encontrado

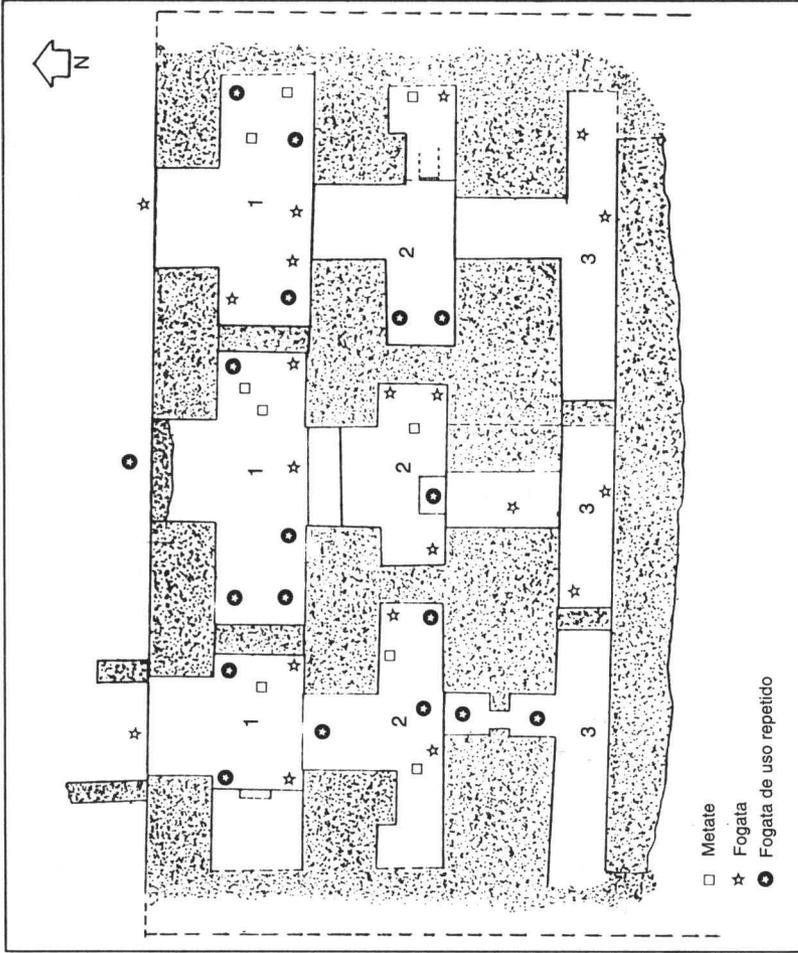


Figura 12. Estructura 2 b con sus 9 cuartos abovedados. Incluye un temazcal y zonas de actividades, como las culinarias con sus metates y fogatas de uso repetido y ocasional. La fogata más grande, frente a la entrada principal, es de un metro y medio de diámetro y podría haber sido utilizada para ceremonias de fuego nuevo y para señalar otros hechos importantes. Dibujo de Abel Morales López.

asociadas con entierros, saqueados durante los últimos años (Reents-Budget y Fields, 1988).

A la fecha no hay mucha evidencia de nuevas añadiduras arquitectónicas en este periodo, con excepción de algunas estelas nuevas, pero parece ser que la estructura 13, con su alta crestería, localizada cerca del juego de pelota, fue construida en esa época, con el gran mercado al norte de la estructura 7 y separada de la plataforma por la muralla, de igual tamaño que la de la ciudad colonial de Campeche. Es probable que haya sido en el Clásico tardío cuando los grandes cuadrángulos fueron erigidos al oeste de la gran plaza, cerca del bajo El Laberinto, aumentando la cantidad de estructuras en el núcleo a más de 900, de las cuales 300 son abovedadas.

Es razonable suponer que Calakmul formó, junto con Copán, Palenque y Tikal, una organización cuatripartita (aunque Tikal es considerada como Estado enemigo de Calakmul, según Schele y Freidel, 1990), y que además mantuvo relaciones políticas con El Perú, en Guatemala; no obstante, hay otras relaciones aún oscuras. Esta situación puede mejorarse con base en futuras excavaciones, descubriendo más textos dinásticos mejor conservados, que puedan aclararnos la verdadera posición de Calakmul en el Petén del norte e incluso más lejos, además de ser el punto central de toda el área maya, entre el Golfo y el Caribe, y el norte de la península de Yucatán y el Pacífico.

Gracias a Abel Morales (1990, comunicación personal), podemos establecer una relación entre Calakmul y Kaminaljuyú, en las tierras altas de Guatemala, basada en el tambor de agua encontrado en el entierro de la estructura 3, además de la obsidiana, identificada en Calakmul por John Clark (1984, comunicación personal) como procedente de casi todas las fuentes guatemaltecas, pero de pocas fuentes de la altiplanicie de México, donde se localiza Teotihuacan. Las conchas de Calakmul, incluyendo las de la estructura 3, se relacionan con el golfo virtualmente en todos los casos (Eric Baqueiro Cárdenas, 1991, comunicación personal).

Aparentemente, un cambio brusco en el clima podría haber sido una de las causas, si no la principal, de la caída del desarrollo maya preclásico, alrededor del año 250 d.C., es decir a finales del Preclásico tardío (Gunn, Folan y Robichaux, *ibid.*). Tal vez hubo otro cambio en el siglo vi, reflejado en el registro arqueológico, durante el hiato en la dedicación de monumentos dinásticos en el área maya por un exceso de precipitación (Gunn, Folan y Robichaux, *ibid.*). Éste se repetiría en los siglos ix y xv (1400 d.C.) a causa de una fuerte sequía, cuando poco a poco la alta cultura y población de los mayas del Petén comenzaron a desaparecer, quedando así vulnerables ante la invasión de grupos provenientes del norte de la península y de zonas como Seibal, donde aparece el glifo-emblema de Calakmul.

Durante el Posclásico poca gente vivía en Calakmul, y formaban tal vez un tipo de cacicazgo simple; utilizaron cerámica similar a la de

Mayapán hasta después de la llegada de los españoles en lo que fue conocido como la jurisdicción de Cehaché o Mazatlán, localizada al este en la gran Itzamkanac, cercana al río Candelaria. Pese a que quizá sería un poco aventurado sugerir una relación entre las provincias de Cehpech en Yucatán y la de Cehaché, no me sorprendería que ésta pudiera haberse dado. Finalmente, creo que es importante aprender a observar y a describir las cosas tal como las vemos, desde la perspectiva de nuestro trabajo en Calakmul, no solamente como nos enseñaron a verlas. Éste es el secreto del saber, el secreto de entender, el secreto que tenemos que descubrir, de manera que podamos acercarnos más a la verdadera naturaleza del pasado, presente y futuro de la gran Mesoamérica. Ésta ha sido nuestra meta, nuestra obligación y la de todos los que han hecho posible nuestra investigación a través de los años, como la Universidad de Campeche, el gobierno del estado de Campeche, la SEP, el INAH, la Sedue, la National Geographic Society y el Center of Maya Research.

Bibliografía

Adams, Richard E.W.

1977 "Río Bec Archaeology and the Rise of Maya Civilization", en R.E.W. Adams (comp.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 77-100.

1983 "Ancient Land Use and Culture History in the Pasi6n River Region", en E.Z. Vogt y R.M. Levanthal (comps.), *Prehistoric Settlement Patterns. Essays in Honor of Gordon R. Willey*, Cambridge, Massachusetts, University of New Mexico Press/Peabody Museum of Archaeology and Ethnology/Harvard University.

1986 *Río Azul Reports*, núm. 2, The 1984 Season, San Antonio, The Center for Archaeological Research, The University of Texas.

Adams, Richard E.W. y T. Patrick Culbert

1977 "The Origins of Civilization in the Maya Lowlands", en T. Patrick Culbert (comp.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, A School of American Research Book, University of New Mexico Press.

Adams, R.E.W., T. Patrick Culbert y Walter E. Brown Jr.

1991 "Rebuttal to Pope and Dahlin", *Field Archaeology*, vol. 17, núm. 2, pp. 241-244.

Alcocer Bernes, José Manuel

1986 *Las iglesias coloniales del puerto de Campeche*, Campeche, Universidad Autónoma de Campeche.

Álvarez Aguilar, Luis Fernando

1984 *Los guarixes, Isla del Carmen, Campeche, patr6n de asentamiento, paleoclimatología y cambios de nivel de mar*, tesis, Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana, Jalapa, Veracruz, publicada por El H. Ayuntamiento, Ciudad del Carmen, Campeche.

- Andrews, Anthony P. y Tomás Gallareta Negrón
 1986 "The Isla Cerritos Archaeological Project, Yucatán, Mexico", *Mexicon*, núm. 8, pp. 44-48.
- Andrews, George, Paul Gendrop, Víctor Rivera, Juan Antonio Siller y Alejandro Villalobos
 1987 "Reconocimiento arquitectónico en la región de los Chenes, Campeche, marzo 1986. Consideraciones generales", *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, núm. 10, mayo, pp. 51-84.
- Ávila Chi, Rubentino y William J. Folan
 1990 *Aguadas y campamentos chicleros, ruinas y estelas de la Reserva de la Biosfera de Calakmul y alrededores*, manuscrito en posesión del segundo autor, CIHS, UAC.
- Becker, Marshall Joseph
 1975 "Moities in Ancient Mesoamerica. Inferences on Teotihuacan Social Structure", *American Indian Quarterly*, núm. 2, pp. 217-236 y 315-330.
- Carrasco, Ramón y Sylviane Boucher
 1985 "Nuevas perspectivas para la cronología y el estudio de la arquitectura de la región central de Yucatán", *Arquitectura y Arqueología. Metodología en la cronología de Yucatán*, simposio organizado por George F. Andrews y Paul Gendrop, México, Centre d'Études Mexicaines et Centroaméricaines, Collection Études Mesoaméricaines, serie II-8.
- Childe, V. Gordon
 1950 "The Urban Revolution", *Town Planning Review*, núm. 21, pp. 3-17.
- Coggins, Clemency Chase y Orrin C. Shane III (eds.)
 1984 *Cenote of Sacrifice. Maya Treasures from the Sacred Well at Chichén Itzá*, Austin, University of Texas Press.
- Coyoc Ramírez, Mario
 1985 "El entierro de la tumba de la estructura 7 de Calakmul, Campeche", *Información*, núm. 9, pp. 99-131.
 1987 "Los enterramientos humanos de la isla de Jaina, Campeche, dentro de las costumbres funerarias del área maya", *Información*, núm. 13, Campeche, CIHS, UAC.
 1989 "Los enterramientos humanos asociados a la estructura 3 de Calakmul, Campeche", *Primer Congreso Internacional de Mayistas. Homenaje a Alberto Ruz Lhuiller*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, Centro de Estudios Mayas/UNAM, 14-19 de agosto.
- Culbert, T. Patrick
 1974 *The Lost Civilization: The Story of the Classic Maya*, Nueva York, Harper.
- Dahlin, Bruce, Robin Quizar y Andrea Dahlin
 1987 "Linguistic Divergence and the Collapse of Preclassic Civilization in Southern Mesoamerica", *American Antiquity*, vol. 52, núm. 2, pp. 367-381.
- Domínguez Carrasco, María del Rosario
 1991a "El sistema hidráulico en el núcleo de Calakmul, Campeche", *Información*, núm. 15.
 1991b "La cerámica de Calakmul, Campeche. Primeros resultados", *Simposio Campeche Maya/Colonial*, México, Universidad de Campeche.

- Domínguez Carrasco, María del Rosario y Judith Gallegos Gómora
 1984 *Reporte de la temporada septiembre-diciembre de 1984 del proyecto Calakmul, estructura VII*, manuscrito en posesión del Consejo de Arqueología, INAH.
- Eaton, Jack y Joseph Ball
 1978 *Studies in the Archaeology of Coastal Campeche, Mexico*, Nueva Orleans, Tulane University, Middle American Research Institute (Publication 46).
- Farriss, Nancy M.
 1984 *Maya Society under Colonial Rule: The Collective Enterprise of Survival*, Princeton University Press.
- Flannery, Kent V.
 1972 "The Cultural Evolution of Civilization", *Annual Reviews of Ecology and Systematics*, vol. 3, Palo Alto Annual Reviews, pp. 399-426.
- Fletcher, Laraine Anne, Jacinto May Hau, Lynda M. Florey Folan y William J. Folan
 1987 *Un análisis estadístico preliminar del patrón de asentamiento de Calakmul*, Campeche, Centro de Investigaciones Históricas y Sociales-Universidad Autónoma del Sudeste.
- Fletcher, Laraine A. y James Gann
 1991 "Calakmul, Campeche: Patrón de asentamiento y demografía", *XXII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 11-16 de agosto.
- Folan, William J.
 1969 "Dzibilchaltún, Yucatán, Mexico: Structures 384, 385 and 386: A Preliminary Interpretation", *American Antiquity*, vol. 34, núm. 4, pp. 434-461.
 1970 *The Open Chapel of Dzibilchaltún, Yucatán*, prólogo de E. W. Andrews IV, Tulane University, Middle American Research Institute (Publication 26), pp. 181-199.
 1978 Proyecto sometido al NSF, a la National Geographic Society y al INAH para llevar a cabo investigaciones en Calakmul, Campeche, y su entorno cultural y natural. Proyecto archivado en el Consejo de Arqueología del INAH.
- Folan, William J.
 1979 "La organización sociopolítica de los habitantes de la península de Yucatán a través del tiempo", *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 6, núm. 34, pp. 34-45.
 1980 "Chichén Itzá, el cenote sagrado y Xibalbá: Una nueva visión", *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, vol. 9, núm. 44, pp. 70-72.
 1981 Comentario a "The Late Postclassic Eastern Frontier of Mesoamerica, Cultural Innovations along the Periphery", por John W. Fox, *Current Anthropology*, vol. 22, núm. 4, pp. 321-346.
 1982a *El parque ecoarqueológico Calakmul*, ponencia leída en Coracec para el Programa Cultural de las Franjas Fronterizas Zona Sur, Campeche.
 1982b "La paleoclimatología y la paleoalimentación. Notas sobre el consumo de fruta entre los mayas y modelos hipotéticos de antropología física para la

- zona sur de Mesoamérica”, *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 10, núm. 56, pp. 43-56.
- 1983 “Tulum y sus alrededores: Un modelo hipotético del desarrollo maya y su sobrevivencia en la costa oriental de la península de Yucatán”, *Información*, núm. 5, pp. 44-65.
- 1984 “El parque ecoarqueológico Calakmul”, *Información*, núm. 8, pp. 64-70.
- 1985a “Prólogo”, *El sitio arqueológico de los guarixes, Isla del Carmen, Campeche*, por Luis Fernando Álvarez Aguilar, Ciudad del Carmen, Ayuntamiento.
- 1985b “Calakmul, Campeche. Su centro urbano, estado y región en relación al concepto del resto de la gran Mesoamérica”, *Información*, núm. 9, pp. 161-185.
- 1986 “Chichén Itzá y Xibalbá: Una revisión a la visión”, *Boletín de la Escuela de Estudios Antropológicos de la Universidad Autónoma de Yucatán*.
- 1987 “La universidad y el manejo de los recursos naturales y culturales”, Seminario educación superior y medio ambiente, manejo de los recursos naturales y culturales, Campeche, UAC/Sedue, marzo.
- 1988 “Calakmul, Campeche: El nacimiento de la tradición clásica en la gran Mesoamérica”, *Información*, núm. 13, pp. 122-190.
- Folan, William J., Nicholas A. Hopkins y J. Kathryn Josserand
- 1983a “Una nota sobre paleoclimatología, prehistoria y diversificación lingüística de los mayas a través de los tiempos”, *Información*, núm. 7, pp. 3-18.
- Folan, William J., Joel Gunn, Jack Eaton y Robert Patch
- 1983b “Paleoclimatological Patterning in Southern Mesoamerica”, *Journal of Field Archaeology*, vol. 10, núm. 4, pp. 453-468.
- Folan, William J., Ellen R. Kintz y Laraine A. Fletcher
- 1983c *Cobá, a Classic Maya Metropolis*, Nueva York-Londres, Academic Press.
- Folan, William J. y Luis Fernando Álvarez Aguilar
- 1985a “Jaina: Su clima y niveles de mar a través del tiempo”, *Apuntes*, núm. 1, pp. 5-14.
- Folan, William J. y Burma H. Hyde
- 1985b “Climatic Forecasting and Recording among the Ancient Maya. An Ethnohistorical Approach to Epistemological Paleoclimatological Patterning”, en W. J. Folan (ed.), *Archaeology and Ethnohistory of Greater Mesoamerica*, Carbondale, Southern Illinois University Press.
- Folan, William J., Lynda M. Florey Folan y Antonio Ruiz Pérez
- 1986 *Cerrito de la Campana, una avanzada en la ruta teotihuacana al noreste de la gran Mesoamérica*, Campeche, Universidad Autónoma del Sureste, aceptado para su reedición por el gobierno del Estado de México, Toluca.
- Folan, William J., Nicholas Hopkins y J. Kathryn Josserand
- 1987 “Cambios paleoclimáticos, arqueológicos y lingüísticos: La distribución y glotocronología de los idiomas otomangues”, *Información*, núm. 12, pp. 51-74.
- Folan, William J., Lynda Florey Folan y Juan Pablo Cauich Mex
- 1989 “Estructura 2B: Calakmul, Campeche. Su excavación y consolidación durante la temporada 1988-1989 y el análisis preliminar de sus actividades asociadas.”

- Folan, William J. y Silverio Gallegos Osuna
 1991 "Una observación sobre el uso del suelo del sitio arqueológico de Calakmul, Campeche", *Simposio-taller Camellones tropicales*, Villahermosa, INAH, 28 de marzo (en prensa).
- Fox, John W.
 1987 *Maya Postclassic State Formation. Segmentary Lineage Migration in Advancing Frontiers*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Fox, Richard
 1977 *Urban Anthropology*, Eaglewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice Hall.
- García Cruz, Florentino
 1991 "Balamku: A New Archaeological Site in Campeche", *Mexicon*, vol. XIII, núm. 3, pp. 42-44.
- Geertz, Clifford
 1980 *Megara: The Theater State in Nineteenth Century Bali*, Princeton, Princeton University Press.
- González L., Rebecca
 1989 "Recientes investigaciones en La Venta, Tabasco, en el Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas", en Martha Carmona Macías (coord.), *Seminario de Arqueología Dr. Román Piña Chan*, México, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Graham, Ian
 1967 *Archaeological Explorations in El Peten, Guatemala*, Nueva Orleans, Tulane University, Middle American Research Institute (Publication 31).
- Gunn, Joe y Richard E. W. Adams
 1981 "Climatic Change, Culture and Civilization in North America", *World Archaeology*, vol. 13, pp. 87-100.
- Gunn, Joel D., William J. Folan y Hubert R. Robichaux
 1990 "An Analysis of Discharge Data from the Candelaria River System in Mexico: Insights into Paleoclimates Affecting the Ancient Maya Cities of Calakmul and El Mirador", *Información*, núm. 16.
- Hansen, Richard
 1990 "Excavaciones en el norte del Petén, una interpretación diacrónica de la civilización maya", *Simposio Campeche Maya/Colonial*, Campeche, Ayuntamiento de Campeche/Universidad Autónoma de Campeche, 2 y 3 de octubre.
- Kaufman, Terence S.
 1964 "Materiales lingüísticos para el estudio de las relaciones internas y externas de la familia de idiomas mayanos", en Evon Z. Vogt y Alberto Ruz L. (eds.), *Desarrollo cultural de los mayas*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Konrad, Herman W.
 1985 "Fallout of the Wars of the Chacs: The Impact of Hurricanes and Implications for Prehispanic Quintana Roo Maya Processes", en Marc Thompson *et al.* (eds.), *Status Structure and Stratification: Current Archaeological Reconstructions*, University of Calgary-Archaeological Association, pp. 321-330.

- Lagunas, R. Zaid
 1985 "La exploración de la tumba 1 de la zona arqueológica de Calakmul, Campeche", *Información*, núm. 9, pp. 70-98.
- Landa, Diego de
 1941 "Relación de las cosas de Yucatán, translated and edited with notes by Alfred M. Tozzer", *Papers of Peabody Museum*, vol. 18, Cambridge, Harvard University.
- Lowe, Gareth
 1989 "La presencia olmeca y maya en el Preclásico de Chiapas", en Martha Carmona Macías (coord.), *El Preclásico o Formativo: Avances y perspectivas. Seminario de Arqueología Dr. Román Piña Chan*, México, Museo Nacional de Antropología, INAH.
- Lundell, Cyrus Longworth
 1933 "Archaeological Discoveries in the Maya Area", *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 72, núm. 3, Filadelfia, pp. 147-179.
- Marcus, Joyce
 1973 "Territorial Organization of the Lowland Classic Maya", *Science*, núm. 18, pp. 911-916.
 1976 *Emblem and State in the Classic Maya Lowlands: An Epigraphic Approach to Territorial Organization*, Washington, Dumbarton Oaks.
 1983 "On the Nature of the Mesoamerican City", en E.Z. Vogt y R.M. Levanthal, *Prehistoric Settlement Patterns: Essays in Honor of Gordon R. Willey*, Cambridge, Massachusetts, University of New Mexico Press/Peabody Museum of Archaeology and Ethnology/Harvard University.
 1987 *The Inscriptions of Calakmul: Royal Marriage at a Maya City in Campeche, Mexico*, Ann Arbor University of Michigan, Museum of Anthropology (Technical Report 21).
- Marcus, Joyce
 1989a "From Centralized Systems to City-States: Possible Models for the Epiclassic", en R.A. Diehl y J.C. Berlo (eds.), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan A.D. 700-900*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
 1989b "Epigrafía de Calakmul, Campeche", *Primer Congreso Internacional de Mayistas. Homenaje a Alberto Ruiz Lhuillier*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, Centro de Estudios Mayas/UNAM, 14-19 de agosto.
- Mastache, Alba Guadalupe y Robert H. Cobean
 1989 "The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State", en Richard A. Diehl y Janet Catherine Berlo (eds.), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan A.D. 700-900*, Washington, Dumbarton Oaks, pp. 49-68.
- Mathews, Peter
 1991 "Classic Maya Emblem Glyphs", en T. Patrick Culbert (ed.), *History. Hieroglyphic and Archaeological Evidence, Classic Maya Political History. Hieroglyphic and Archaeological Evidence*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 19-29.
- Matheny, Ray T.
 1987 "Update, Project El Mirador, El Petén, Guatemala", *Mexicon*, núm. IX, pp. 85-91.

- May Hau, Jacinto, Rogelio Cohouh Muñoz, Raymundo González Heredia y William J. Folan.
 1990 *El mapa de Calakmul, Campeche, México*, Campeche, Universidad Autónoma de Campeche, CIHS.
- Millon, René
 1967 "Teotihuacan", *Scientific American*, San Francisco, pp. 107-117, reeditado en "Pre-Columbian Archaeology", introducciones de Gordon R. Willey y Jeremy Sabloff.
 1972 "El valle de Teotihuacan y su contorno", *Teotihuacan: XI Mesa Redonda*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 329-337.
- Morales López, Abel
 1987 "Arqueología de salvamento en la nueva carretera a Calakmul, municipio de Champotón, Campeche", *Información*, núm. 12, pp. 75-109.
 1989 "Calakmul, Campeche: informe de la temporada noviembre de 1988 a mayo de 1989", manuscrito en posesión del Consejo de Arqueología, INAH.
- Navarrete, Carlos
 1988 "Pedro Armillas y la Escuela Nacional de Antropología", *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 16, núm. 92, pp. 3-15.
- Netting, Robert M.C.
 1977 "Maya Subsistence: Mythologies, Analogies, Possibilities", en R.E.W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, A School of American Research Book, University of New Mexico Press.
- Pérez Herrera, Ezequiel
 1989 "Restauraciones de la tumba 2 de la estructura 3 de Calakmul, Campeche", *Primer Congreso Internacional de Mayistas. Homenaje a Alberto Ruz Lhuillier*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, Centro de Estudios Mayas/UNAM, 14-19 de agosto.
- Pincemin, Sophia
 1989a "Calakmul, Campeche. Informe de la temporada noviembre-diciembre de 1988", manuscrito en posesión del Consejo de Arqueología, INAH.
 1989b "Patrón de asentamiento en la cuenca del río Candelaria, Campeche: Estudio preliminar", *Memorias. II Coloquio Internacional de Mayistas*, Campeche, 17-22 de agosto, pp. 531-541.
- Piña Chán, Román
 1968 *Jaina: La casa en el agua*, México, INAH.
- Pohl, Mary Deland (ed.)
 1990 *Ancient Maya Wetland Agriculture. Excavations on Albion Island, Northern Belize*, Boulder, Westview Press.
- Pope, Kevin O. y Bruce H. Dahlin
 1989 "Ancient Maya Wetland Agriculture: New Insights from Ecological and Remote Sensing Research", *Journal of Field Archaeology*, núm. 16, pp. 87-106.
- Puleston, Dennis E.
 1974 "Intersite Areas in the Vicinity of Tikal and Uaxactun", *Mesoamerican Archaeology: New Approaches*, Austin, University of Texas Press, pp. 303-312.

- Reents-Budget, Doris y Virginia Fields
 1988 "Incised Classic Maya Jades and Slate Disks from Costa Rica", manuscrito sometido a dictamen para su publicación.
- Roys, Ralph L.
 1943 *The Indian Background of Colonial Yucatan*, Washington, Carnegie Institution of Washington (Publication 548).
- Ruz Lhuillier, Alberto
 1973 *El Templo de las Inscripciones, Palenque*, México, INAH (Científica, 7).
- Ruppert, Karl y John H. Denison Jr.
 1943 *Archaeological Reconnaissance in Campeche, Quintana Roo and Peten*, Washington, Carnegie Institution of Washington (Publication 543).
- Sabloff, Jeremy y David A. Freidel
 1975 "A Model of a Pre-Columbian Trading Center", en J. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky (eds.), Albuquerque, *Ancient Civilization and Trade*, A School of American Research Book, University of New Mexico Press, pp. 369-408.
- Sanders, William y David Webster
 1988 "The Mesoamerican Urban Tradition", *American Anthropologist*, vol. 80, núm. 3, pp. 521-546.
- Scarborough, Vernon L. y Gary G. Gallopín
 1991 "Water Storage Adaptation in the Maya Lowlands", *Science*, vol. 251, pp. 658-662.
- Schele, Linda y David Freidel
 1990 *A Forest of Kings. The Untold Story of the Ancient Maya*, Nueva York, William Morrow.
- Service, Elman
 1962 *Primitive Social Organization*, Nueva York, Random House.
- Siemens, Alfred H.
 1989 "Reducing the Risk: Some Indications Regarding Pre-Hispanic Wetland Agricultural Intensification from the Contemporary Use of a Wetland/Terra Firma Boundary Zone in Central Veracruz", en Stephen R. Gliessman (ed.), *Agroecology Ecological Studies*, núm. 78, Springer-Verlag.
- Siemens, Alfred H. y Dennis E. Puleston
 1972 "Ridged Fields and Associated Feature in Southern Campeche: New Perspectives in the Lowland Maya", *American Antiquity*, núm. 37, pp. 228-239.
- Stephens, John Lloyd
 1843 *Incidents of Travel in Yucatan*, Nueva York, 2 vols.
- Trewartha, Glenn T.
 1961 *The Earth's Problem Climates*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Webster, David
 1989 "The House of the Bacabs: Its Social Context", en David Webster (ed.), *The House of the Bacabs, Copán, Honduras*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Welsh, W.B.M.
 1988 *An Analysis of Classic Lowland Maya Burials*, BAR International Series 409.

- Willey, Gordon R.
- 1974 *The Classic Maya Hiatus: A "Rehearsal" for the Collapse?*, en Norman Hammond (ed.), *Mesoamerican Archaeology: New Approaches*, Austin, University of Texas Press, pp. 417-430.
 - 1991 "Horizontal Integration and Regional Diversity: An Alternating Process in the Rise of Civilizations", *Latin American Antiquity*, vol. 56, núm. 2, pp. 197-215.
- Willey, Gordon R. y Jeremy Sabloff (eds.)
- 1980 "Pre-columbian Archaeology", introducciones de Gordon R. Willey y Jeremy A. Sabloff, *Scientific American*, San Francisco, W.H. Freeman.
- Williams Jr., Aaron
- 1976 "The Interpretations of Rainfall Patterns in Northern Yucatan Utilizing Meteorological Satellite Imagery", *Proceedings of the Association of American Geographers*, núm. 8, pp. 15-19.
- Winter, Marcus
- 1989 *Oaxaca, the Archaeological Record*, México, Minutiae Mexicana.
- Wirth, Louis
- 1938 "Urbanism as a Way of Life", *American Journal of Sociology*, núm. 44, pp. 3-24.
- Wissler, Clark
- 1923 *Man and Culture*, Nueva York, Thomas Y. Crowell.
- Zapata Castorena, Alicia
- 1985 "Los chultunes de Calakmul, Campeche: Trabajos preliminares", *Información*, núm. 10, pp. 81-104.

El mito de Quetzalcóatl en el edificio B de Cacaxtla

Román Piña Chán

Sobre el talud de una plataforma que fue cubierta por el ahora llamado edificio B de Cacaxtla, Tlaxcala, fue pintado un importante mural que tiene que ver con el mito de Quetzalcóatl, o sea con su transformación en Venus como Señor del Alba o Estrella Matutina.

La vieja plataforma tiene 25 m de largo (lo mismo que el mural) y una angosta escalinata en el centro, por lo cual, para su descripción, la dividiremos en secciones derecha e izquierda.

Sección derecha (lámina 1)

Esta parte puede considerarse como sección oriente (por su orientación y por estar a mano derecha del espectador), pero resulta ser la sección poniente (si nos ponemos de espaldas al mural). Esto lo aplicaremos de igual manera a la sección izquierda (poniente por oriente). Hecha esta salvedad, pasamos a la descripción de la parte del mural que arranca de la alfarda de la escalinata hacia la derecha del espectador:

1) Se inicia este mural con dos figuras: la de un hombre sacrificado que yace en tierra y la de un sacrificador que se encuentra de pie frente a él. El primero aparece prácticamente desnudo y lleva la cabeza con partes rapadas y partes no, lo mismo que un tocado de cabeza de pájaro azul con pico amarillo, un collar, una pulsera y unas ajorcas de cuentas de jade; también porta una nariguera de barra, y de su pecho brota un chorro de sangre.

El segundo individuo muestra un fleco de cabello en la frente, un turbante con adorno delantero que sujeta una especie de capucha blanca, una gola o gorguera con canutillo y cuentas pequeñas que caen sobre un saco de mangas cortas, hecho de piel de jaguar; porta un escudo circular con plumas que cuelgan, del cual sobresale el braguero o *máxtlatl* con extremo colgante y en el que se ve el símbolo de sangre o sacrificio; también lleva una rodillera con una mascarita de jade o turquesa, y sandalias o *cactlis* con taloneras de piel de jaguar. Cerca de su cara está el glifo "lechuza o búho", y en su mano derecha sostiene un cuchillo de

sacrificio (tal vez con el mango forrado) que ha introducido en el pecho del que yace en tierra, sacrificado.

2) A continuación siguen las cuatro figuras que forman la escena principal; dos de ellas son los protagonistas en ambas secciones del mural. La primera (de perfil hacia la derecha) es un personaje elegantemente vestido, el cual muestra parte de su cabeza rapada, un fleco en la frente y pelo largo por detrás que cae como cola de caballo hasta casi la rodilla. Lleva un tocado con tiras blancas y plumas azules, en el cual destaca el símbolo del “ángulo y trapecio entrelazados”, y de la cara a las rodillas va embijado de negro o encenizado. Su vestido se compone de una especie de gorguera tejida, un faldellín con orla de plumas pequeñas y un ancho cinturón o faja que ostenta una máscara del dios Tláloc y del que cuelgan cuatro medallones (compuestos de un óvalo con franjas, rodeado de una banda ondulante) que son símbolos de sangre y sacrificio.

De las rodillas bajan unas tiras blancas o cintas entrecruzadas que van a unirse a las calzas en forma de garras de jaguar, sujetas a su vez con una venda ancha y lazos. Su mano izquierda sostiene un escudo redondo con plumas colgantes, y en la derecha (con muñequera) lleva un *átlatl* con su respectivo dardo a punto de lanzarlo o como en actitud defensiva. Casi junto a su cara se ve una máscara de Tláloc (compuesta de un excéntrico de pedernal y una bigotera del dios) y en seguida el glifo 3 Venado, que es el nombre calendárico del personaje.

Junto al pie de dicho personaje se observa medio cuerpo humano con el símbolo de sangre y sacrificio, el cual muestra la cabeza deformada, la mitad rapada y con el pelo largo por detrás, a la vez que adornado con collar, pulsera y orejera de jade; mientras que hacia atrás de este medio individuo se ve la figura de otra persona sedente, la cual sostiene en su mano izquierda sus intestinos y con la derecha trata de arrancarse un dardo. También muestra la cabeza deformada, la mitad rapada y pelo largo hacia atrás, lo mismo que nariguera de barra y joyas. Junto a la nuca y sobre la espalda descansa su tocado de pájaro azul precioso, de cuya nariz salen dos taponos o narigueras.

El cuarto personaje del conjunto, quien está de perfil y mira hacia la izquierda, es por su indumentaria y porte el más importante de todos. Tiene la cabeza deformada, sobre la que destaca su gran yelmo o tocado de pájaro azul; lleva una nariguera de barra y muestra un dardo clavado en la mejilla, de cuya herida gotea sangre. También se observa que viste con una especie de capita, la cual tiene por detrás dos alas de plumas preciosas, azules, adheridas a los brazos (el derecho en escuadra hasta la altura de su cara y el izquierdo doblado sobre sí mismo).

Además viste una especie de peto triangular que sale al frente y debajo de la capita, decorado con motivos geométricos romboidales; también se ve un pectoral o placa con una carita humana tallada en jade, tal vez cosido

a la capa. A continuación se observa un faldellín compuesto de cuatro bandas: la primera, al parecer de tela, es como una faja ancha o cinturón con dibujos geométricos; la segunda es una franja de plumas cortas rematadas con chalchihuites; la tercera es una banda de piel de jaguar con remate de cuentas preciosas, y la cuarta es otra franja de tela con dibujos romboidales y cruces internas (que en sus extremos forman grandes cruces de San Andrés), rematada con finas plumitas azules. Por su parte, las piernas están forradas con siete rodajas de tela de algodón, blancas, cada una de las cuales lleva un lazo y un caracol (olivella), a la vez que calza sus pies con elegantes cacles con taloneras de piel de jaguar. El pelo, que sale del yelmo de pájaro, cae por la espalda y llega más abajo de sus rodillas.

3) A continuación sigue un grupo de tres figuras: dos individuos que sacrifican a un tercero. El primero tiene la cabeza redondeada, rapada en parte, con fleco de pelo en el frente y un mechón atrás. Sobre la cabeza lleva una tira blanca entrecruzada y un adorno con pliegues por detrás, mientras que en la cara parece tener un cordel cruzado y una tira blanca que sale de su orejera. Lleva el cuerpo, del cuello a los pies, pintado de negro. Un cordel o listón que baja del cuello sostiene una placa o gran cuenta tubular de jade. Viste con una especie de gola azul sobre piel de jaguar que se ata al frente y deja caer un extremo de la cinta de tela. En la rodilla derecha porta una rodillera o ajorca con el símbolo de sangre y sacrificio (medallón con óvalo central rodeado de lóbulos); también frente a su cara hay otro signo de sacrificio; con la mano izquierda sostiene un escudo circular y por debajo aparece otra vez el símbolo de sacrificio y un fémur humano en sentido vertical.

Frente a él se encuentra otro individuo que tiene la cabeza redondeada, semirrapada y con fleco de cabello en la frente, sobre la cual se ve un turbante con un gran chalchihuite o piedra preciosa adelante. Viste con una especie de camiseta con adornos en la manga y una faldilla muy corta, sujeta con una faja. De su cuello cuelga un cordel que tiene un pendiente en forma de serpiente. Su brazo derecho lo lleva inserto en la manija de su escudo y con la mano ase un gran cuchillo de sacrificio, mientras con la otra agarra el cuello de un cautivo yacente en tierra. Por detrás de su espalda se ve la cabecita de un jaguar con lazo, tal vez atada a su cuello, e inmediatamente se observa una mano que agarra lo que puede ser un peine, un cepillo o un turbante del que sale un fleco de cabello y arriba se ve el signo de sacrificio.

Semicaído en el suelo, con una rodilla en tierra y entre las piernas del individuo anteriormente descrito, se encuentra un guerrero con la cabeza deformada, nariguera de barra y tocado de pájaro azul precioso, quien sostiene un escudo rectangular y muestra heridas en el brazo derecho y en el costado. Al parecer va a ser degollado por el individuo que porta el

gran cuchillo, o ya le ha extraído el corazón, porque se ve una como serpiente amarilla que entra por el pecho y sale en un costado.

4) A continuación siguen otras tres figuras, dos de las cuales están completas y la tercera sólo de la cintura a los pies. La primera tiene la cabeza redondeada, rapada parcialmente, con un fleco en la frente y un haz de pelo largo por detrás, a manera de cola de caballo. Sobre ella se ve un tocado de plumas verdes y negruzcas cortas, y en su cara dos cordeles cruzados. Del cuello a los pies está pintado de negro y viste con una gola que cae sobre una piel de jaguar que hace las veces de camisa (con cabeza, garras y cola), así como con un faldellín. En las rodillas lleva adornos, en el brazo izquierdo un escudo circular y en la mano derecha un *átlatl* o tiradera con su respectivo dardo a punto de ser lanzado. Del escudo para arriba se observan una carita o máscara del dios Tláloc visto de perfil, el glifo 2 Movimiento (*Ollin*) y junto un haz de pelo atado con lazos y el símbolo de sangre y sacrificio.

En el suelo, con la rodilla izquierda en tierra, está un guerrero con la boca abierta de dolor, el cual lleva una nariguera de barra, un tocado de pájaro azul precioso, un collar de cuentas con un pectoral antropomorfo, una capa de plumas y una rodillera o ajorca. Presenta varias heridas de las que mana sangre, y tal vez va a ser sacrificado. La otra figura, con las piernas y pies juntos, no tiene más datos para su descripción.

5 a 7) Los grupos de figuras continúan bastante destruidos e incompletos, pero puede decirse que en ellos se sigue subrayando el sacrificio de guerreros prisioneros; las víctimas están en el suelo, desnudas, y se distinguen por sus tocados de pájaros azules preciosos; los sacrificadores están de pie y se identifican por sus vestidos (a veces hechos de piel de jaguar), por sus armas y nombres o glifos asociados. En el agrupamiento hecho por Sonia Lombardo para su estudio, los números 5, 6 y 7 son los más incompletos, de modo que pasaremos a la última figura del grupo 7. Se trata de un guerrero que yace en el suelo, sentado y con la espalda curvada, el cual tiene la cabeza deformada, rapada en parte y con un mechón atrás. Lleva un tocado de pájaro azul, nariguera de barra, collar con pectoral, brazalete y muñequera, y al parecer una lanza con punta aserrada y dentada le ha penetrado en el pecho.

8) El último grupo se compone de tres figuras. La primera es un guerrero desnudo, el cual lleva el cuerpo pintado con rayas o franjas angostas rojas, azules y amarillas, en forma alterna y en sentido vertical. Frente a él hay otro guerrero pintado de blanco, y entre sus piernas abiertas está un individuo hincado, con tocado de pájaro azul, cuyos brazos al parecer están atados por detrás de la espalda. A un lado se observa la cabeza blanca de una guacamaya que tiene en la boca un fruto rojo, y arriba se ve el glifo de sacrificio.

Sección izquierda (lámina 2)

1) De la escalinata hacia la izquierda observamos en primer término a un guerrero que lleva una camisa hecha de piel de jaguar, un braguero con el extremo hacia adelante, una gran cuenta tubular que le cuelga del cuello mediante un cordón, un adorno en la rodilla y un escudo con plumas colgantes.

2) Sigue el Señor 3 Venado suntuosamente ataviado, tal como aparece en la sección derecha, pues se observa el fleco de cabello en la frente, el pelo muy largo por detrás como cola de caballo, el tocado con el trapecio y el ángulo entrelazados, la máscara esquematizada de Tláloc, el cuerpo pintado de negro, los medallones o símbolos de sacrificio en el cinturón, la faldilla de piel de jaguar, las cintas cruzadas de las rodillas a las ajorcas con lazos y el glifo 3 Venado atrás de su espalda. Una larga lanza, con punta y dientes en el ástil, apunta al vientre del personaje principal.

3) En este grupo hay tres figuras de pie y dos sedentes, y es la escena principal. Un individuo (que tiene cerca de sus brazos un glifo de sacrificio) amarra con una cuerda a un prisionero que tiene su yelmo o tocado de pájaro, el cual está sentado en el suelo y agarra una como espada de madera con la mano izquierda.

En seguida está el personaje principal, ricamente vestido. Se encuentra de frente y con la cara mirando hacia la derecha. Su vestido y adorno son semejantes a los que luce en la sección derecha: nariguera de barra, orejera de tapón, capita azul sobre una camisa con el frente triangular bellamente tejida, cinturón ancho sobre una faldilla lujosamente adornada con cruces de San Andrés, alas de plumas preciosas por detrás de la espalda, cintas con caracoles (olivellas) en las piernas y pulseras, sandalias con taloneras azules, brazos cruzados sobre el pecho, y un elemento nuevo, lleno de simbolismo, que es una ancha banda blanca que le sirve de fondo, limitada lateralmente por una línea azul, a la cual se adhieren (dos a dos) cuatro medias estrellas rojas con ojos estelares.

A continuación sigue el guerrero que lleva un turbante con un gran chalchihuite o piedra preciosa, el cual va embijado de negro, viste con una piel de jaguar que incluye la cabeza, garras y cola, cinturón y faldellín, a la vez que escudo redondo y lanza. Frente a su cara se ve el símbolo de sacrificio. Cerca de sus pies está sentado un cautivo que recibe una herida en el pecho con una lanza.

4) En este grupo hay dos figuras de pie y una sedente. La primera es un guerrero con fleco y mechón de pelo hacia atrás. Lleva una nariguera de media luna, una faja o cinturón y un escudo. El glifo de su nombre es un ojo emplumado precioso. Al parecer se enfrenta a un guerrero con tocado de pájaro azul, que lleva un cordón o cinta con caracoles atado al pecho, así como las joyas acostumbradas. A la altura de las rodillas de los

dos contrincantes se ve a un cautivo con la cara pintada de azul con dos rayas rojas.

5) Este agrupamiento está formado por una figura de pie y dos en el suelo. El que está de pie es un guerrero pintado de negro y lleva nariguera de barra, viste con una camisa sin mangas y faldellín, lo mismo que con sandalias con talonera. En la mano derecha lleva una lanza y la izquierda atraviesa la manija de un escudo circular con plumas colgantes. Por encima se ve un cuerpecito humano sin cabeza, y más arriba un símbolo de sacrificio.

Por debajo del escudo se observa un prisionero con la cabeza deformada y largo cabello hacia atrás; lleva nariguera de barra y recibe en el pecho la lanza del guerrero, mientras que un segundo prisionero, con los brazos detrás, todo pintado de azul, con la cabeza deformada y el pelo largo, ha recibido un dardo en la nariz.

6 a 7) El grupo 6 se compone de dos individuos de pie, uno frente al otro. El que parece más importante agarra con su mano izquierda el tocado de pájaro azul de un tercero. El grupo 7 está formado por un guerrero de pie y un prisionero que yace en tierra.

8) El mural termina en esta sección con dos figuras. La primera es un prisionero sedente, el cual lleva un airoso yelmo de pájaro azul, desnudo pero con sus joyas correspondientes; y la segunda es un guerrero que está de pie, vestido con camisa y faldilla, quien porta un escudo redondo y una lanza que está clavando en el vientre del cautivo.

Discusión

El llamado Mural de la Batalla se encuentra dividido en dos secciones por la presencia de una escalera que sale de la parte central del talud. Estando de frente a él, la sección derecha corresponde al poniente y la izquierda al oriente. En la poniente hay 28 figuras, de las cuales 16 están de pie y 12 en el suelo; mientras que en la oriente hay 21 figuras, de las que 11 están de pie y 10 yacen en la tierra. En total, en el mural se encuentran representadas 49 personas, siendo dos de ellas los personajes principales, que por lo tanto aparecen en las dos secciones.

Comenzando con la sección del poniente, se observa que los individuos que están de pie —salvo los dos personajes principales— corresponden a un grupo étnico que se caracteriza por tener la cabeza redondeada, semirrapada y un fleco de cabello al frente y un mechón atrás; mientras que los individuos que están en el suelo tienen la cabeza deformada (fronto-occipitalmente), la mitad anterior rapada y el resto con el pelo largo como cola de caballo. Los primeros no usan nariguera y en cambio los segundos llevan una de barra. También los que están de pie

portan variados tocados hechos con plumas, cintas, turbantes, etcétera, en tanto que los otros sólo llevan un yelmo en forma de pájaro azul con pico amarillo.

Otras características son: los de pie llevan algún vestido como camisas, gorgueras, cinturones, faldellines, bragueros o pieles de jaguar con cabeza, cola y garras; en tanto que todos los que yacen en tierra están desnudos. También los primeros portan armas como lanzas, lanzardos, cuchillos de sacrificio, escudos circulares y cuerdas; los segundos en cambio están indefensos, sin ninguna arma. Aun la pintura corporal y facial es distinta en unos y otros.

Brevemente, en esta sección vemos un sacrificador de pie, el cual lleva en el braguero el símbolo de sangre preciosa o sacrificio, el glifo búho relacionado con la muerte, pero que puede ser su nombre el "Brujo-señor Búho", y un cuchillo de sacrificio que ha hundido en el pecho de un prisionero pájaro azul, yacente en tierra.

A continuación vemos a los dos protagonistas principales del mural. El primero está de pie, con la cara de perfil y el cuerpo de frente. Ricamente ataviado, lleva en el tocado un símbolo compuesto de un trapecio y un ángulo entrelazados que se relaciona con el señor del rayo y del agua. También muestra una media máscara de Tláloc y cuatro medallones o símbolos de sangre preciosa o de sacrificio, lleva el cuerpo pintado de negro, como acostumbraban los sacrificadores, y su nombre se lee en el glifo 3 Venado. Abajo y junto a su pie se observa medio cuerpo de un prisionero pájaro descuartizado, y atrás se ve otro cautivo con los intestinos de fuera.

El otro personaje (aún más importante por su talla, porte y vestido) está de pie, con la cara de perfil, el cuerpo de frente y los pies abiertos. Porta un yelmo de pájaro azul, también alas de plumas azules por detrás de los brazos; lleva en su faldellín cruces de San Andrés, en las piernas siete tiras rematadas con caracoles y en su mejilla se ve un dardo clavado, que indica que ha sido herido.

Luego sigue otro individuo de pie que asimismo es sacrificador, pues lleva el cuerpo pintado de negro, símbolos de sangre preciosa o sacrificio en su ajorca, frente a su cara y bajo el escudo, así como un fémur humano que puede relacionarse con el descuartizamiento. Frente a él hay otro, parado, que parece ser también un sacrificador por llevar un gran cuchillo de sacrificio, un glifo en forma de mano que agarra un fleco de pelo y un símbolo de sangre preciosa o sacrificio. Al parecer un prisionero semicaído va a ser degollado por el individuo anterior.

A continuación está otra figura de pie, con el cuerpo pintado de negro, lo cual indica su oficio de sacrificador. De su escudo hacia arriba se observan: una carita del dios Tláloc con parte de su cuerpo, el glifo 2 Movimiento (*Ollin*), un haz de cabello atado con lazos, y el símbolo de

sangre preciosa o sacrificio; 2 Movimiento parece ser su nombre. Del otro personaje parado sólo se ve medio cuerpo, y en el suelo está semiarrodillado un prisionero con yelmo de pájaro azul.

Así continúan otros grupos de figuras hasta llegar al fin de la sección poniente, donde vemos un individuo de pie, luego otro en la misma posición, y por debajo de sus piernas un prisionero atado y un glifo en forma de guacamaya con un elemento rojo en la boca, tal vez alusivo al sol que baja por su alimento, el corazón humano.

De lo anterior se concluye que todos los individuos que aparecen de pie son sacrificadores, quienes con lanzas, cuchillos y lanzardos hieren a los prisioneros que están en el suelo, les abren el pecho para tal vez sacarles el corazón, los descuartizan y decapitan o degüellan. Asimismo, los dos personajes principales desempeñan papeles similares, o sea que uno es el sacrificador y el otro el sacrificado.

Pasando ahora a la sección oriente del mural, vemos en primer término la escena más importante, que se compone de cuatro individuos de pie, los cuales miran al personaje de más alcornia. Se inicia con un guerrero acompañante del Señor-Sacerdote 3 Venado, quien está pintado de negro, lleva el signo del trapecio y el ángulo entrelazados y viste como en la sección poniente, pero llevando ahora una lanza. En seguida aparece otro sacrificador (con un símbolo de sangre preciosa cerca de sus brazos) que amarra a un prisionero, quien tiene en la mano una especie de espada de madera y al parecer la cabeza cortada.

A continuación vemos al personaje principal, que mientras en la sección poniente tiene en las piernas siete cintas con caracoles y está herido por un dardo, aquí lleva cinco cintas con caracoles y se muestra lleno de vitalidad. Su indumentaria y adornos son semejantes en ambas secciones, con alas de plumas preciosas por detrás de los brazos y cruces de San Andrés; pero en esta sección a todo ello se agrega una ancha banda blanca que le sirve de fondo, enmarcada por líneas azules y con cuatro medias estrellas rojas con ojos estelares. Luego se observa otro sacrificador (por el símbolo de sacrificio frente a su cara), el cual hunde su lanza en el pecho de un prisionero. El mural continúa y termina con la participación de individuos vestidos (sacrificadores) y personas desnudas (prisioneros sacrificados).

En resumen, en el llamado Mural de la Batalla no se representa ningún combate o pelea real, como es el caso de Bonampak o Mul Chic, sino actos de sacrificio. En él intervienen sacrificadores que parecen guerreros (que no luchan contra nadie armado) y prisioneros o cautivos sin armas (sólo llevan yelmo o tocados de pájaro), quienes pudieran ser guerreros vencidos; en tal caso podría suponerse que hubo una batalla previa, pero que ahora en el mural se representa el segundo acto, es decir, el sacrificio de los prisioneros derrotados, y no el primero, la batalla en sí.

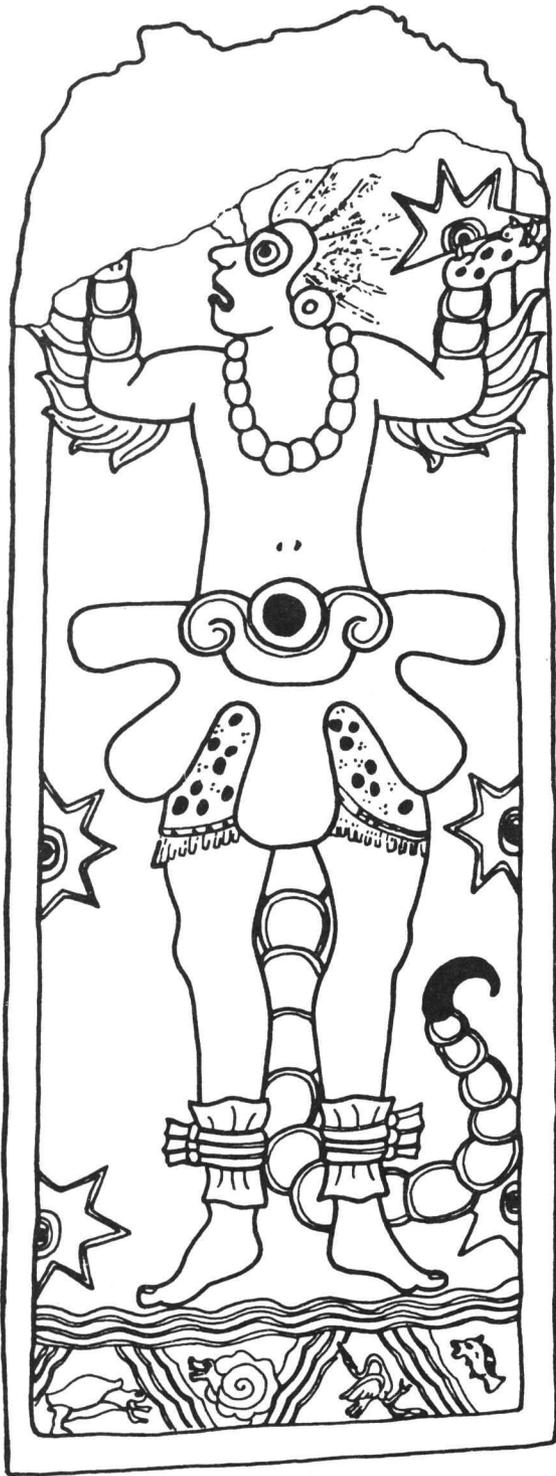


Lámina 3

Los dos personajes importantes parecen ser la clave para la interpretación completa del mural. El Señor-Sacerdote Sacrificador 3 Venado es el jefe de los sacrificadores, del grupo étnico de fleco al frente y cabeza redondeada; en tanto que el Señor-Sacerdote 7 y 5 Caracol o Señor de los Caracoles es el jefe del otro grupo étnico, el de la cabeza deformada y pelo sobre la nuca. El primero es señor de los olmecas y el segundo, de los xicalancas.

El Señor 3 Venado desempeña el papel de sacrificador del Señor de los Caracoles. El primero tiene el culto al dios del rayo y el agua (la lluvia), en tanto que el segundo, al dios del viento (Venus). Aunque parecen enemigos, no lo son. Actúan en la dramatización de un hecho mítico, como lo es el sacrificio de Venus en el poniente (estrella vespertina) y su nacimiento y ascenso en el oriente (estrella matutina) como lucero del alba. Esto, traducido a figuras míticas, puede ser: el Señor Tláloc y el Señor Quetzalcóatl representan la escena en que Xólotl se sacrifica en el oeste, lugar del negro y la oscuridad, para transformarse y salir en el este, lugar del rojo y la luz, su gemelo precioso Tlahuizcalpantecuhtli.

Por ello el Señor de los Caracoles es el de mayor complexión, porte, indumentaria y adornos; tiene alas para su descenso y ascenso (como se observa en las pilastras del templo de Venus); la franja blanca significa la claridad, el alba, y las medias estrellas con ojo estelar son símbolo de Venus.

En esta dramatización de un relato mítico, en que participan olmecas y xicalancas, se mezcla lo real con lo imaginario: por ejemplo, el tipo físico, la indumentaria, los ornamentos, la pintura corporal, las armas, etcétera, son tomados de la realidad; las formas de sacrificar o dar muerte a los prisioneros pueden ser imaginadas por el artista y aplicadas a cautivos que no existieron por no haber habido una batalla, o ser reales porque la hubo antes. El papel del personaje que hace de Venus también es en parte real y en parte imaginario. Y en cuanto a la batalla, si la hubo antes para obtener cautivos para el sacrificio, estaríamos ante un temprano caso de "guerra florida", que posteriormente se acostumbró en Tlaxcala.

El mural del edificio B debe llamarse "Mural de la Muerte, Sacrificio y Renacimiento de Venus", ya que en la sección poniente el señor que representa a Venus como estrella de la tarde se sacrifica en el inframundo (acompañado de sus seguidores fieles), mientras que en la sección oriente (después de ocho días) el señor Venus renace en el inframundo y asciende al cielo como lucero del alba (estrella de la mañana) (lámina 3).

Una presencia tarasca en Cuitzeo

Angelina Macías Goytia

En la orilla norte de la cuenca de Cuitzeo, a 1 900 metros sobre el nivel del mar, se localiza la zona arqueológica de Huandacareo, a un kilómetro de la cabecera del municipio del mismo nombre, en el estado de Michoacán (figura 1); las construcciones se encuentran en un sistema de lomas bajas y, desde ahí, se puede apreciar parte del lago y de la ciudad (figura 2). La ubicación geográfica de esta área ecológica fue determinante para iniciar los trabajos de investigación, ya que podríamos suponer que fue un paso natural de los grupos del altiplano mexicano y del Bajío de Guanajuato y Querétaro hacia las costas del Pacífico y, desde luego, de grupos que venían del occidente hacia el centro y norte de Mesoamérica. Además esta cuenca no había sido investigada arqueológicamente, a excepción de una pequeña porción en Zinapécuaro (Moedano, 1946).

Entre los sitios que se han investigado como parte del Proyecto Cuenca de Cuitzeo, localizados en la figura 1, Huandacareo es el único que hasta la fecha se considera terminado por completo. En dicho lugar se han realizado seis temporadas de excavaciones, las cuales han permitido conocer no únicamente sus características arquitectónicas y culturales en general, sino también las de toda esta región dominada por el lago de Cuitzeo y, desde luego, entender de esta manera un poco más la historia prehispánica del estado de Michoacán.

Dentro de la investigación arqueológica se logró constatar que este sitio corresponde a la ocupación tarasca de la cuenca, la que según la *Relación de Michoacán* (Alcalá, 1980: 196) fue llevada a cabo por Hiripan, Hiquingare y Tangaxoan unos trescientos años antes de la conquista, o sea en 1200 d.C., aproximadamente.

Lo anterior, más el hecho de que desde el inicio de la investigación se obtuvieron materiales cerámicos que nos indicaban una cronología muy tardía y una filiación tarasca, nos condujo a estudiar las fuentes históricas; sobre Michoacán, los cronistas que escribieron en los primeros años de la Colonia, refiriéndose a la época prehispánica, aseguran que fue una zona densamente poblada, aunque no dicen si estos grupos eran tarascos o si coexistían diferentes culturas en la región.

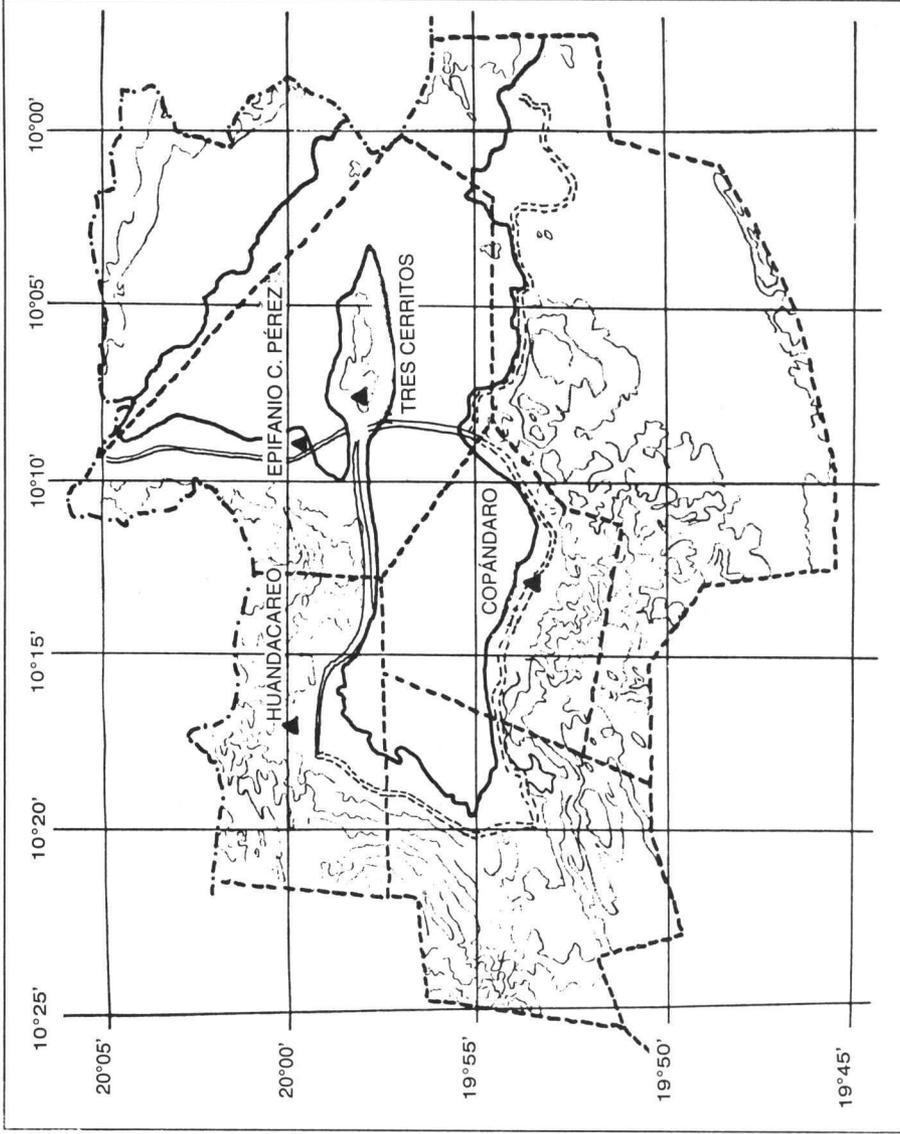


Figura 1. Proyecto Cuenca de Cuitzeo. Localización de sitios investigados.



Figura 2. Vista de la ciudad de Huandacareo y del lago de Cuitzeo, desde la zona arqueológica.

En la *Americana Thebaida...*, Matías de Escobar (1970: 40 y 41) menciona que "... hacia el oriente está la laguna de Cuitzeo, tan grande, que tiene circuito más de veinte leguas; toda su orilla está avecinada de pueblos..." "... tanta era la muchedumbre que tenía que desde Cuitzeo hasta Huandacareo, que es distancia de poco más de dos leguas [11 144.14 m] en tiempos pasados [¿prehispánicos?] todo era una calle, tan dilatada como las que se encuentran en Nínive. Hoy con las grandes pestes, se ve despoblada; las ruinas nos dicen lo que fue en la antigüedad. Hoy se ara y se siembra donde antes se veían y admiraban los edificios" (*op. cit.*, p. 356).

Al estudiar la arquitectura de la zona arqueológica y los materiales óseos y culturales rescatados, resultó evidente que debió funcionar como centro ceremonial de gran relevancia (figura 3), con un alto nivel técnico y gran estratificación social. Esto concuerda con lo que a través de la toponimia se pudo detectar: los significados encontrados de la voz tarasca Huandacareo, Guandacareo o Uandacareo le dan siempre un lugar eminentemente dedicado al culto: lugar de juicios, de oradores o de predicación, tribunal.

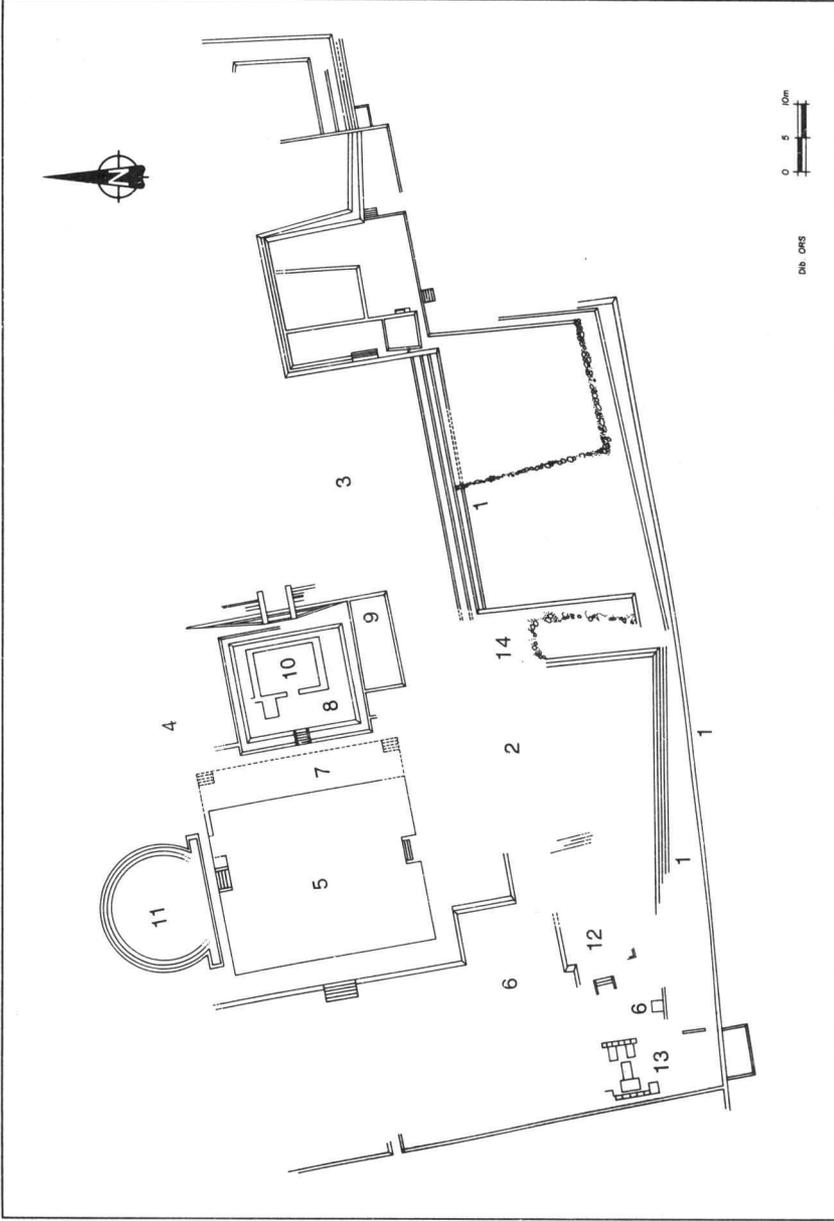


Figura 3. Huandacareo. Planta del centro ceremonial. Nomenclatura del plano: 1, Muros de contención; 2, Plaza 1; 3, Plaza Norte; 4, Plaza Este; 5, Plaza Hundida (P.H. 1); 6, Plataforma; 7, Pozo 1; 8, Montículo 2 (M 2); 9, Adoratorio del M 2; 10, Templo del M 2; 11, Montículo 1 (M 1); 12, Montículo 3 (M 3); 13, Explanada del M 3 y Patio de las Tumbas; 14. Centro de Control y Gobierno.

El sitio

Investigación arquitectónica

La primera temporada de excavaciones se inició en diciembre de 1977; solamente la topografía del terreno nos daba una idea de la ubicación de las construcciones, ya que no había restos de ellas a simple vista. Los montículos se apreciaban principalmente desde lo alto de la loma, y con trincheras de aproximación y pozos de sondeo se empezó la excavación del sitio, descubriendo una parte de él en cada una de las temporadas llevadas a cabo.

Características de la zona y áreas de enterramientos

Se localiza en la parte alta de una loma a la que, para lograr terrenos planos apropiados para construir los templos, se le adosaron muros que sirvieron para contener el relleno con el que se emparejó la superficie. Este sistema de retenes arquitectónicos confiere al sitio, visto desde la ciudad o el lago, la apariencia de un recinto amurallado (figura 4). Sus construcciones están inscritas en un área de 200 m en su eje este-oeste, por más de 100 m de norte a sur.

Siendo ya evidente que se trataba de un centro ceremonial, se iniciaron los trabajos para excavar en la parte más alta de esta loma artificial, donde se podían apreciar dos montículos, uno al norte y otro al este de lo que parecía ser una plaza hundida. Este espacio (P.H. 1) es un rectángulo de 29 m de norte a sur por 25 m de este a oeste; el piso, a una profundidad de 1.35 m, es de un empedrado muy burdo y se encuentra en muy mal estado de conservación, al igual que los muros que la rodean.

Esta P.H. 1 cuenta con dos escaleras, una al norte y otra al sur; ambas ascienden a los andadores que circundan la plaza. Estas escaleras no están centradas en sus respectivos muros, como si la planta de la plaza no debiera ser rectangular sino cuadrangular. Este hecho, más la evidencia de que los muros norte y sur se continuaban hacia el este sin llegar a formar las esquinas, nos indujo a seguirlos, descubriendo lo que debió ser el muro original al este de la plaza hundida, con el cual ésta sí tenía una planta cuadrangular; adosadas a este primer muro había dos escaleras de magnífica calidad.

Resulta obvio que esta gran trinchera de 29 m de largo por 5.5 m de ancho y 1.35 m de profundidad se construyó con la finalidad de ampliar el andador sobre el que se encuentra el montículo 2. Este hallazgo ha sido uno de los más importantes de las excavaciones, ya que los 607 metros cúbicos fueron rellenos con individuos a los que se les arrojó junto con



Figura 4. Apariencia amurallada del sitio por sus muros de contención.

enormes piedras, seguramente como forma de sacrificio, para conmemorar esta ampliación o la construcción del M 2 o algún otro hecho significativo (figura 5). Además de estos entierros primarios, la ofrenda se completó con otros secundarios y con numerosos objetos culturales, todos ellos pertenecientes a la última época anterior a la conquista y a la cultura tarasca.

En los 35 entierros registrados en esta trinchera, varios de ellos múltiples, se encontraron las siguientes características en cuanto a sus patrones culturales de enterramiento:

a) Todos ellos son directos, entre grandes piedras y frecuentemente bajo ellas.

b) Se encuentran a una profundidad de 1.35 m, como si todos los entierros se hubieran efectuado en un solo momento.

c) Por los 25 entierros primarios que presentan una posición anatómica, se sugiere un cierto acomodo o la utilización de envolturas o ligamentos para formar fardos funerarios; de éstos, 14 están flexionados, uno se encuentra extendido y los restantes, en posición irregular.

A juzgar por las piezas dentarias predominan los adultos jóvenes, siguiéndoles en cantidad los ancianos. Cabe mencionar que las caries en la mayoría de los casos son muy numerosas y comprometen no sólo a la pieza sino también al hueso mandibular.

Además de las características descritas, llaman la atención varios elementos que se deben considerar muy importantes:



Figura 5. Entierro arrojado entre grandes piedras en el pozo 1.

a) Resultó frecuente la evidencia de decapitación y mutilación de miembros, elementos ambos que, aunque se descubrieron en otras áreas del centro ceremonial, son más notorios en esta unidad de excavación. Por la posición de algunos esqueletos, totalmente contorsionados, se puede sugerir la hipótesis de que fueron arrojados sin mayores rituales.

b) También fue común encontrar asociaciones entre entierros secundario o primarios, con partes de primarios, como un cráneo o un miembro; así, por ejemplo, hallamos un húmero con el cúbito, radio y huesos de la mano articulados. Romano (1974: 79) trata este aspecto cultural de las mutilaciones: “Cabe mencionar que los enterramientos de segmentos corporales mutilados son característicos de muchos sitios del Horizonte Posclásico, órganos articulados y hasta manos y pies... continuando con la costumbre heredada de ciertos pueblos preclásicos, por ejemplo, de Tlatilco y Chupícuaro”.

De los montículos que se excavaron, al que se encontró sobre el andador norte de la P.H. 1 se le codificó como M 1; solamente se contó con datos suficientes para consolidar el primer cuerpo y parte del segundo. Las plataformas que constituyen este basamento presentan la planta que

caracteriza a las construcciones tarascas conocidas como "yácatas", en las que se combinan la forma rectangular y la circular. Es posible que por la poca altura de los cuerpos no se hiciera necesaria la presencia de una escalera de ascenso a la parte superior del basamento, excepto en la escalera norte de la Plaza Hundida, que cubre la altura entre el piso de este espacio y el del andador sobre el que se encuentra el edificio.

Del recinto con que debió contar la parte superior del M 1, y que seguramente funcionó como templo, la única evidencia que se encontró fue un piso de lodo quemado, tan fragmentado que fue imposible detectar huellas de cimientos, muros, postes o cualquier otro dato para poder determinar, en planta, la forma del recinto.

El edificio que se encuentra en el andador oriental de la P.H. 1, el montículo 2 (M 2), ya mencionado, consta de dos plataformas rectangulares escalonadas cuyos muros tienen una ligera inclinación o talud. La primera es de muy poca altura y se le puede considerar una banqueta perimetral de 45 cm de alto, o sea la cuarta parte del segundo cuerpo. Este basamento tiene en su lado occidental, hacia la plaza, una escalinata central con alfardas laterales, y en su parte posterior otra escalera de una época más tardía, cuyas alfardas están formadas por pequeñas lajas superpuestas, exhibiendo el sistema de construcción característico de la cultura tarasca en el lago de Pátzcuaro (figura 6).

En la parte superior del basamento M 2 se encuentra el único templo prehispánico que se conoce en Michoacán; se trata de un amplio cuarto, también de planta rectangular, donde aún se conservan los aplanados en muros y piso y donde son detectables las huellas de los morillos con los que se sostuvo la techumbre. La fachada principal del templo está construida con bloques de cantera muy bien labrados, en especial las piedras que forman las jambas, y tiene a 76 cm del suelo una hilada de lajas cuya finalidad es discutida.

Adosada a esta fachada se encuentra, hacia el norte de la entrada, una plataforma que seguramente se utilizó como un altar exterior o para colocar ofrendas (figura 7).

Existe otra área de sumo interés para el conocimiento del sitio alrededor de lo que denominamos M 3, basamento del que quedan pocos elementos ya que fue destruido casi en su totalidad a través de un enorme pozo de saqueo. Solamente se conservan restos de una magnífica escalinata orientada de norte a sur, construida con piedras rectangulares donde se tallaron círculos; también se conservan parte de las alfardas laterales, con piedras finamente pulidas y ensambladas.

Al frente de esta escalera está un claro al que se le denominó explanada del M 3, y asociado a ésta tenemos el Patio de las Tumbas, espacios ambos sumamente importantes por los hallazgos ahí realizados (figura 8). Las ofrendas y las características arquitectónicas, con una clara



Figura 6. Alfarda de lajas y parte de los recubrimientos de los cuerpos originales del M 2, en su parte posterior. Dentro del círculo, figura descendente antropomorfa.



Figura 7. Andador este de la Plaza Hundida (en primer término), con el M 2 y su templo en la parte superior.

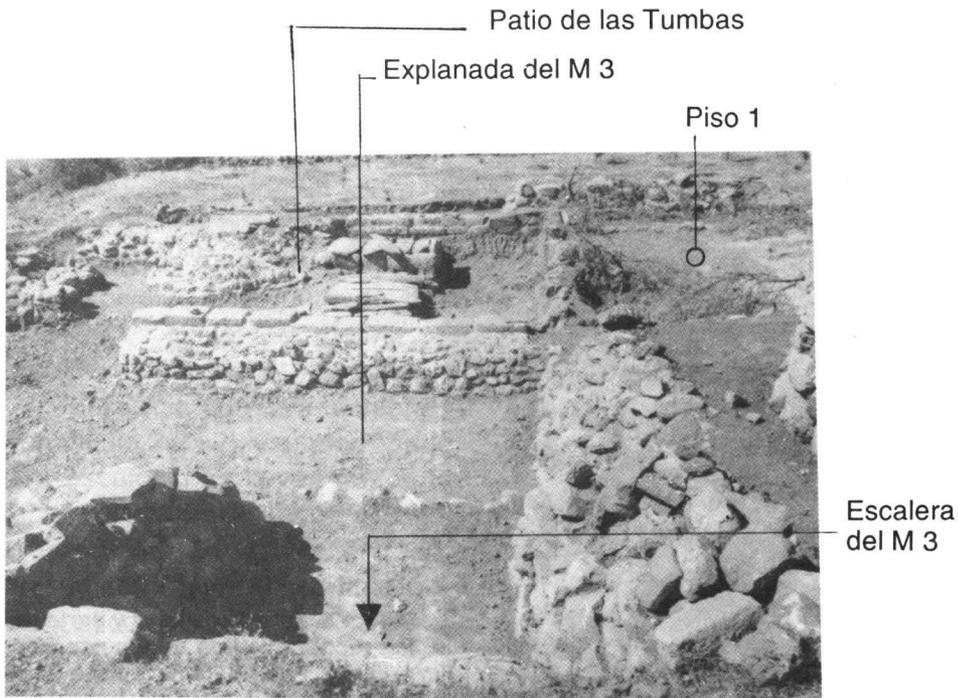


Figura 8. Correición de los elementos arquitectónicos del M 3.

finalidad funeraria, sitúan a esta área de enterramientos en una categoría definitivamente elitista.

El Patio de las Tumbas está delimitado por dos muros paralelos entre sí y paralelos también a la escalera del M 3; en este espacio se encontraron seis tumbas, una de las cuales quedó inconclusa, con sus muros incompletos y sin techo; tampoco había restos óseos en ella aunque se extrajeron numerosos objetos culturales *in situ*; se puede pensar que este patio tenía una planta cuadrangular.

De las demás tumbas, la marcada con el número 1 tiene planta cuadrangular y las cuatro restantes, rectangulares. Todas fueron construidas con bloques de cantera perfectamente cortados y muy bien ensamblados; fueron techadas con grandes lajas colocadas en forma perpendicular a lo largo de la fosa. La tumba 4 está en un nivel más alto que la 2, y las lajas del techo de esta última sirvieron como piso a la 4; entre ambas forman una especie de "T" (figura 9).

Fuera del Patio de las Tumbas, en la explanada del M 3, se halló otra fosa con las mismas características arquitectónicas, salvo que parte de ella estaba excavada en la roca madre del cerro.

En cuanto a los restos óseos, cada una de las tumbas contenía un entierro primario, sin que se pueda hablar de un patrón de orientación o de posición, ya que estaban en decúbito dorsal o ventral los extendidos y



Figura 9. Perspectiva de las tumbas 2 y 4, del Patio.

flexionado en decúbito lateral derecho el de la tumba cuadrangular. Es muy importante subrayar que fuera de las construcciones, pero asociados a ellas, se encontraron numerosos entierros primarios y secundarios que sin duda fueron parte de las ofrendas y custodios de las tumbas.

En la explanada del M 3 se pueden señalar tres capas artificiales, divididas por pisos de lodo pulido; la más profunda se encuentra sobre la roca madre del cerro. Estos estratos son semejantes entre sí por las características de la tierra y los materiales culturales encontrados; parecen haber sido diferenciados por los pisos únicamente para separar varios momentos de enterramientos. En los numerosos entierros de este espacio, primarios y secundarios, tampoco existe un patrón de orientación o posición. Cabe mencionar uno primario en decúbito ventral sin cráneo, y otro consistente en tres cráneos primarios. Recordemos que la decapitación fue una práctica ritual muy utilizada en toda América, y los tarascos no fueron la excepción, como se puede apreciar en la figura 10, que muestra un fragmento de la lámina f 134v de la Segunda Parte de la *Relación de Michoacán* (*op. cit.*, 1980). De los materiales culturales rescatados en estos dos espacios, no cabe la menor duda de que también son de filiación tarasca. A pesar de que la capa intermedia en la explanada se hallaba sellada por un piso, y aun cuando sobre éste se colocaron numerosos



Figura 10. Lámina f 134v (fragmento). Segunda parte, *Relación de Michoacán...*

entierros con materiales culturales claramente anteriores a la conquista, formando parte de una ofrenda de piezas tarascas se encontraron tres cuentas de vidrio europeo, de Murano. Por los cronistas sabemos que los indígenas apreciaban mucho este material, y por su asociación podemos asegurar que el sitio siguió siendo centro ceremonial durante algún tiempo después de la conquista de México.

Los objetos funerarios excavados fuera de las tumbas son claramente tarascos, así como los de la explanada. Sin embargo, surgen ciertas dudas acerca de la filiación de los entierros encontrados dentro de las tumbas: entre sus ofrendas son muy abundantes los cajetes y las ollas café claro, las herramientas de obsidiana negra, así como numerosas navajas prismáticas de obsidiana verde sin huellas de uso cuya materia prima proviene del Cerro de las Navajas, en el estado de Hidalgo, todo lo cual carece de características culturales precisas (figura 11).

Las cuatro tumbas rectangulares tenían algunos elementos que nos permiten asociarlas entre sí, como los metates ápodos con mano, pulidos con piedra de grano fino, con canal perimetral y restos de pintura roja

(figura 12); las navajas de obsidiana verde descritas en el párrafo anterior, y numerosos objetos de caracol, entre los que hay que mencionar diferentes figurillas antropomorfas (figura 13).

Es posible suponer, por lo descrito, que los entierros de estas zonas pertenecieron a varios momentos de ocupación, todos ellos tarascos y muy tardíos, llegando incluso a ser de la época de la Colonia, como lo demuestran las cuentas de vidrio.

Aunque sin duda los entierros de las tumbas son de esta misma época, queda por discutirse si también corresponden a esta cultura o si pertenecieron a grupos locales que coexistieron con los tarascos una vez que la cuenca de Cuitzeo fue dominada por este grupo proveniente de las orillas del lago de Pátzcuaro.

Otra área de enterramientos es la que llamamos *área perimetral*; es el espacio que rodea los muros de contención que forman las plataformas y plazas donde se emplaza el centro ceremonial; aquí resultó notable la falta de materiales óseos. En esta gran área adyacente al sitio sólo se excavaron tres entierros de la última época de ocupación; se recuperaron material cerámico tarasco y algunos fragmentos de objetos de cobre.



Figura 11. Herramientas de obsidiana negra y navajas prismáticas rituales, sin huellas de uso, de obsidiana verde. Patio de las Tumbas.

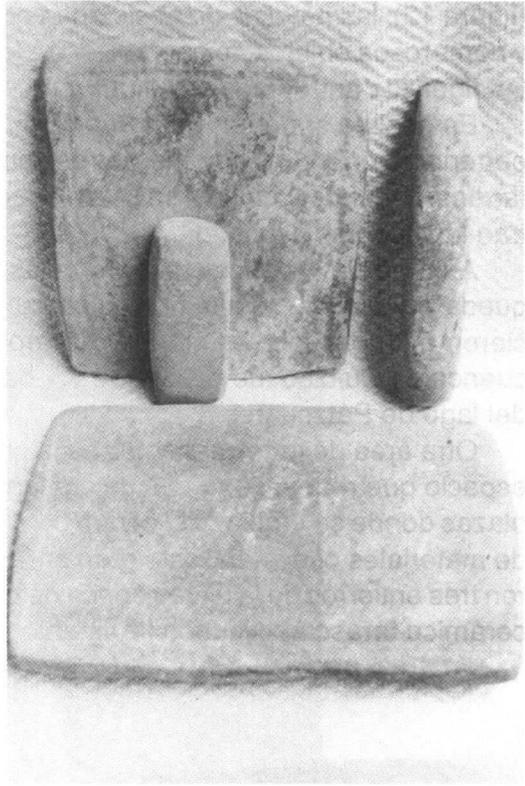


Figura 12. Metates ápodos ceremoniales.

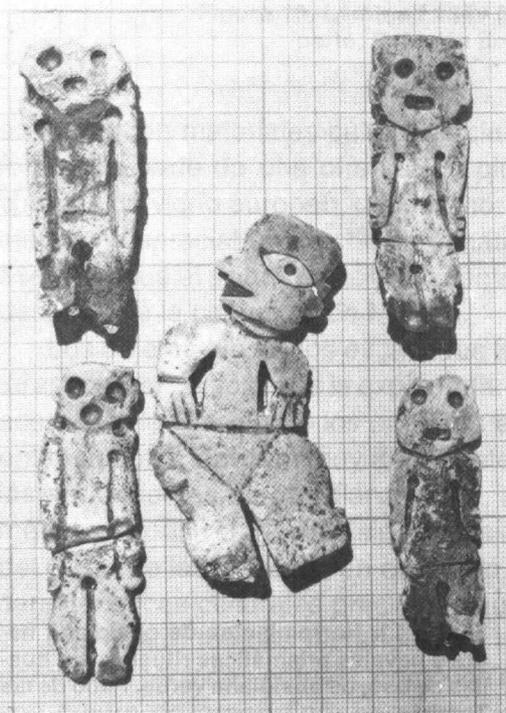


Figura 13. Conjunto de figurillas antropomorfas recortadas en concha. La central es un pectoral con incrustaciones de otra concha, formando el ojo.

El *área de cementerios* corresponde a tres zonas que se localizan alrededor de los templos del centro ceremonial, dentro del recinto; los cementerios son parte muy importante de la actividad cotidiana de todo grupo humano, y el estudio de sus condiciones específicas, su estratigrafía, los patrones de enterramiento, los materiales culturales y las inferencias que podemos hacer del material óseo son fundamentales para el mejor entendimiento de la sociedad que estudiamos.

Una relación somera de las tres zonas en las que se dividió esta área es la siguiente:

a) Plataforma 2. De este espacio se obtuvieron muchos objetos, sin embargo una sola olla globular con asa estribo es la que permite fecharlo como tarasco. Considerando que esta vasija (figura 14) se encontró sumamente incompleta y que fue la ofrenda de un entierro secundario, podemos suponer que la pieza fue reutilizada.

Otros elementos de gran importancia en esta plataforma son los huesos largos de entierros secundarios a los que se les labraron muescas (figura 15).

El material óseo excavado es característico de la época posclásica; Romano (1974: 99) indica que es frecuente encontrar huesos largos labrados, articulados aún y en posición anatómica, lo que indicaría la amputación de miembros para completar una rica ofrenda.

b) Plaza Norte. En ella se localizaron varios entierros, y por su ubicación y características generales deducimos que no constituyeron ofrendas por los edificios. Estaban a poca profundidad, a pesar de lo cual el material óseo se encontró en buen estado.

La tipología de los materiales de las ofrendas no nos permite precisar cultura y cronología; predominan ollas, cajetes ápodos o con tres soportes cónicos sólidos y numerosas cuentas, todo ello dentro del grupo cerámico café claro alisado.

c) Plaza Este. Se encuentra detrás del montículo 2 (M 2), paralela a los muros de contención que delimitan al centro ceremonial por el lado sur. Se detectaron dos capas, la marcada como I, vegetal, de 35 cm de espesor en promedio y la capa II, que corresponde a un banco de tepetate considerado roca madre.

En la I se localizaron dos entierros primarios, uno de adulto y otro de infante, relacionados entre sí y con una ofrenda de filiación tarasca.

En la capa II se descubrieron dos entierros primarios de adultos, uno flexionado en una fosa circular (figura 16) y otro extendido en una rectangular.

Un dato muy importante en esta Plaza Este lo aportó una tumba de tiro excavada en el tepetate. La oquedad que correspondía a la cámara funeraria y al vestíbulo estaba techada con lajas lasqueadas en sus bordes, las cuales se habían derrumbado sobre el entierro y su ofrenda.



Figura 14. Fragmento de olla globular con asa estribo y doble vertedera. Decoración geométrica blanca sobre rojo pulido.

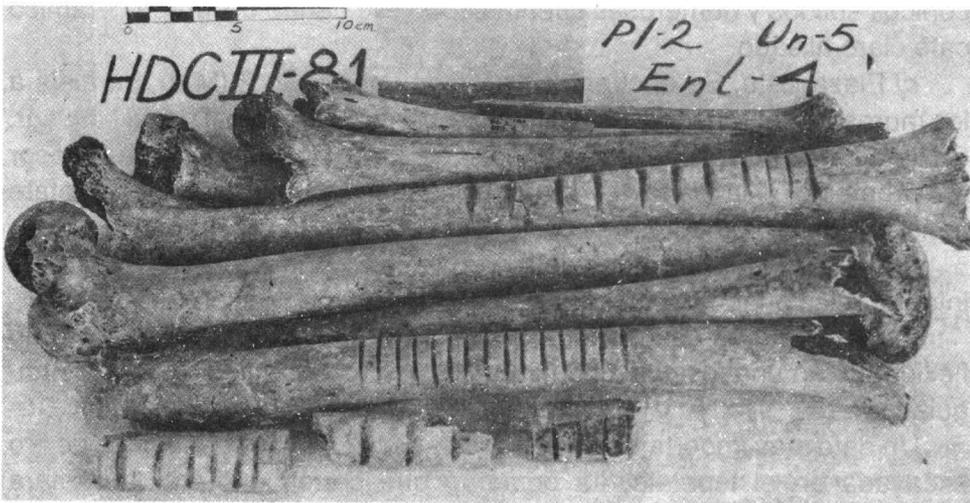


Figura 15. Huesos largos de un entierro secundario, labrados.



Figura 16. Entierro primario en fosa circular excavada en el tepetate. Plaza Este.

El material óseo era de un entierro primario, flexionado, en decúbito lateral izquierdo, y a sus pies, como parte de la ofrenda, estaban los huesos de uno secundario.

Los dos entierros y los 61 objetos de los que constaba la ofrenda se encontraron agrupados en la cámara funeraria; en la parte considerada vestíbulo no había materiales. De los objetos rescatados en esta tumba tienen gran importancia dos círculos de concha asociados al cráneo que no nos dejan dudas de que eran parte del tocado, mismo que podemos reconstruir comparándolo con el que muestran algunas figurillas encontradas entre el escombros del sitio (figuras 17 y 18). También es interesante un cajete trípode con soportes trapezoidales, sonaja y decoración policroma con negativo, no sólo por su belleza y alta calidad técnica sino porque nos permitió fechar el entierro como tarasco tardío.

Salvo el caso anterior, los entierros restantes pudieron pertenecer a personas de grupos locales que coexistieron con los tarascos después de que éstos conquistaron la cuenca de Cuitzeo.

Materiales y sistemas de construcción

Los materiales utilizados en la construcción de este centro ceremonial son básicamente los que se encuentran en la región: cantera blanca y rosa, aunque su tratamiento varía, ya que en los muros de contención se utilizan como piedras de campo, acomodadas con lodo, como mortero, y con la cara plana hacia el paramento exterior del muro. Con estas canteras también se construyeron las escaleras, las tumbas y la fachada del templo del M 2, cortadas en forma de bloques rectangulares y, por lo tanto, mejor ensambladas.

Solamente las lajas parecen haber sido traídas *ex profeso* para ser integradas en la construcción del recinto; como se recordará, únicamente en dos sitios fueron encontradas, en el M 2, fachada y alfardas de la

Figura 17. Cráneo del entierro en tumba de tiro, con dos círculos de concha asociados. Plaza Este.



Figura 18. Cabeza antropomorfa con tocado formado por dos círculos, probablemente de concha.

escalera posterior, y formando la techumbre de las tumbas, lo que pone de manifiesto el sentido ritual del material, posiblemente por su asociación con el sistema de construcción de los centros ceremoniales tarascos del lago de Pátzcuaro, Tzintzuntzan e Ihuatzio.

Los muros de contención tenían poca resistencia por la falta de cimentación y el tipo de aglutinante, por lo que fue necesario construir varios, paralelos, espaciándolos unos cuantos centímetros entre sí (figura 19). Otro ejemplo de la modificación del terreno con fines arquitectónicos lo encontramos en el basamento del M 2, donde al hacer una estratigrafía sellada en el piso del templo se encontró, bajo el lodo pulido y bajo el "firme", que es un grueso entortado a base de tepetate, un relleno de piedras desacomodadas que indudablemente sirvieron de apoyo para la "caja" que formaron los muros del basamento. Una de estas piedras estaba cortada en bloque rectangular, lo que significa que el basamento corresponde a una segunda etapa de construcción.



Figura 19. Muros de contención superpuestos.

Resumen y análisis de los datos arquitectónicos

Éste es un sitio prehispánico que acusa, a través de su arquitectura, una clara finalidad de centro ceremonial, lo que concuerda con el estudio toponímico realizado.

Ya se explicó que para lograr un terreno apropiado para construir los edificios fue necesario adaptar algunas zonas y aprovechar otras, haciendo una topografía artificial con base en paredes de contención, formando plazas y plataformas. Los muros que delimitan la Plaza Hundida también pueden considerarse elementos contenedores. Las dimensiones de estos espacios son muy variables e indudablemente no corresponden a patrones establecidos ni en superficie ni en altura. Tampoco existe una norma en el ángulo de inclinación de los muros ni en su orientación, aunque predomina la oriente-occidente.

En los muros del sitio, exceptuando el talud, no hay evidencias de algún juego arquitectónico como cornisas o tableros, y lo único que podemos considerar ornamento son algunas piedras labradas que forman parte de ellos; en estos bajorrelieves, el tema más representado es la espiral, aunque asimismo aparecen formas geométricas y escaleras. Existe un solo ejemplo de representación antropomorfa asociada a la arquitectura: es una figurilla con taparrabo que simula un bailarín descendente y que se puede distinguir dentro del círculo marcado en la figura 6; es un bajorrelieve y se encontró en una piedra cuadrangular muy bien pulida en el paramento posterior del M 2, que es un recubrimiento, por lo que podemos suponer que la idea original no era la de poner a este personaje en esa posición, sino que quedó así al reutilizarse la piedra.

A pesar de que se aprovecharon las caras planas de las piedras para formar el paramento exterior de los muros, éstos tienen una apariencia bastante burda. Probablemente por tratarse de un centro ceremonial se les dio un terminado con lodo pulido similar al del anterior del templo. Las

condiciones climáticas y de conservación del sitio no permitieron obtener datos sobre el particular.

Llama la atención la diferencia de formas en los basamentos principales del centro ceremonial ya que, como se recordará, uno presenta las formas rectangular y circular combinadas, a la manera de las yácatas tarascas, y el otro es rectangular. Lo que parece obvio es el hecho de que estamos en un área donde se fusionaron varias influencias culturales y tal vez la diferencia entre ambos edificios sea el resultado de esto.

Materiales culturales

Algo se ha dicho ya acerca de los objetos rescatados en este centro ceremonial que se encontraron asociados a los numerosos entierros del sitio o ligados a las estructuras. De acuerdo con su localización y asociación con otros elementos, se les dividió en:

- a) Material de escombros: obtenido en calas y en los volúmenes que se levantaron para despejar los edificios.
- b) Material de ofrendas: asociado a entierros.
- c) Material ligado a las construcciones.

Cerámica

Se trató de establecer, a través de métodos comparativos, una tipología con la que pudiéramos asignarle al sitio una cronología relativa, así como determinar su referencia cultural. Indudablemente, la cerámica decorada es la que más datos aporta para estos fines, así como ciertas formas también diagnósticas. En resumen, las ollas más representativas de este periodo y de esta cultura son las siguientes:

1) Globulares:

- Con asa de cinta tipo canasta y con o sin vertedera (figura 20).
- Con asa estribo y doble vertedera, una con el cuello curvo divergente, en la parte alta del asa, y la otra tubular a medio cuerpo (figura 14).

2) Asimétricas:

- Aves. Aunque esta forma es muy escasa, en Huandacareo tenemos un magnífico ejemplo; presenta, además de la vertedera, otro orificio para llenar con líquido el alargado cuerpo.

- Ollas cuya forma es muy especial y que provisionalmente se han llamado “cantimploras con hombreras”; tienen un pequeño cuello curvo divergente y pueden ser monocromas o con decoración policroma con negativo.
- Circular, semejando una “dona”, con vertedera de cuello divergente (figura 21).

3) De silueta compuesta:

- Con asa estribo y doble vertedera (figura 22).

En otro tipo de vasijas, los cajetes diagnósticos son, sin duda, los trípodas de paredes curvas y convergentes, con grandes soportes-sonaja, trapezoidales y ocasionalmente en forma de patas de paquidermo (figura 23). También son importantes para determinar la filiación tarasca del centro ceremonial los cajetes miniatura trípodas.

Son abundantes los fragmentos de pipas de arcilla, lo que indica un uso muy generalizado del tabaco fumado; de éstas, los tubos son los que más se encuentran, y a través de ellos vemos que existió una enorme variedad de grosores, texturas y colores. En cuanto a las formas de las piezas, sabemos por algunas completas encontradas en el sitio así como por lo representado en la lámina f 60 de la Segunda Parte de la *Relación de Michoacán* (*op. cit.*, 1980) que sus cazoletas eran semiglobulares o de paredes recto-divergentes con dos pequeños soportes al frente, siendo el tubo el tercer sostén.

En Huandacareo, además de las descritas se encontró una pipa de gran calidad plástica que, con varias técnicas, principalmente la de pastillaje, representa un tecolote (figura 24).

En cuanto a la distribución de pipas, sabemos que en el occidente de Mesoamérica solamente las encontramos en Michoacán y Sinaloa. Porter (1948: 193) indica que la mayoría de las pipas encontradas en México procede de Michoacán; entre las que recobramos se pueden identificar todos los tipos clasificados en los cuadros de la autora citada.

Otros elementos de gran importancia, por los datos que aportan, son las figurillas de arcilla:

A) Antropomorfas

Es muy poca la variedad de éstas, pero podemos decir que, en general, se trata de piezas pequeñas, sólidas, en pasta café claro, y que no presentan pulimento o engobe, aunque algunas veces se noten restos de policromía. Su técnica de manufactura es fundamentalmente el modelado directo, con ornamentos y vestuario añadidos con pastillaje; la figura 25



Figura 20. Olla globular con asa de cinta tipo canasta y una vertedera.

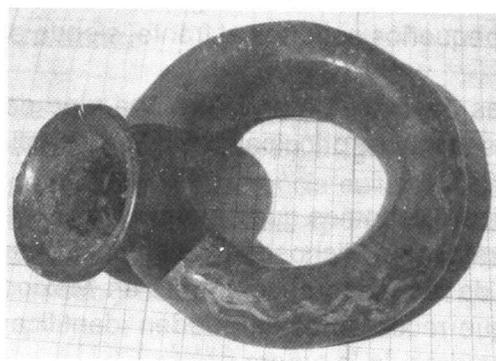


Figura 21. Olla asimétrica "dona", con vertedera de cuello recto-divergente. Blanco sobre rojo pulido.



Figura 22. Ollas de silueta compuesta con asa estribo y doble vertedera. Blanco sobre rojo pulido.

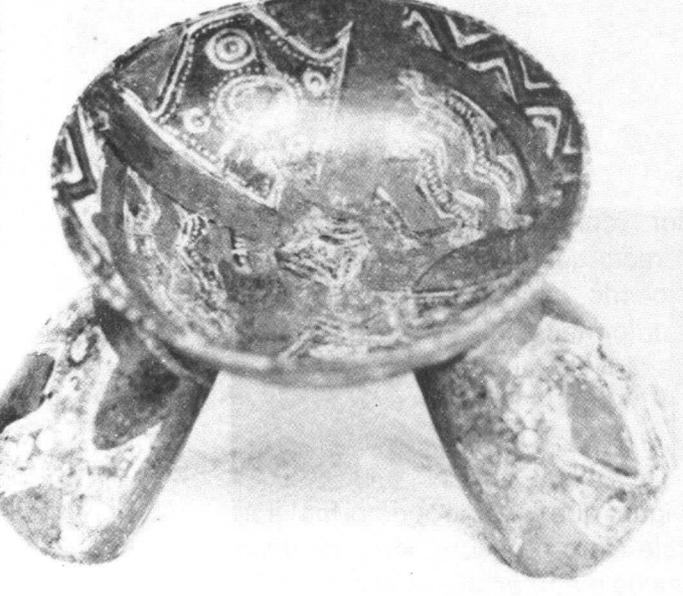


Figura 23. Cajete trípode con soportes –sonaja– trapezoidales.
Decoración policroma con negativo.

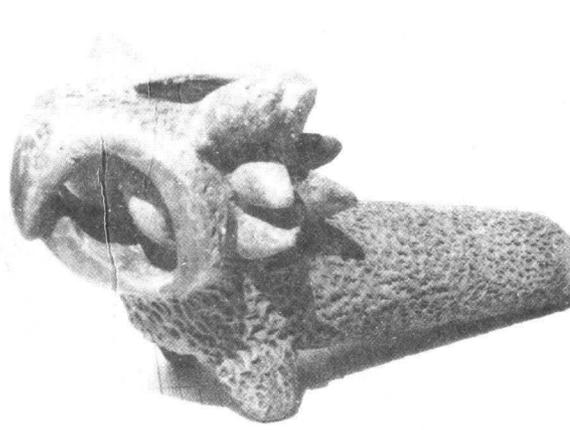


Figura 24. Pipa que representa un tecolote.



Figura 25. Figurilla de barro café claro, con
infante.

es un magnífico ejemplo de lo anterior: representa a una mujer con deformación de cráneo de tipo tabular erecto que, vestida con una falda larga y adornada con orejeras, collar y tocado, amamanta a un niño que tiene, además de una capa, un apero deformador que le va a dejar el cráneo con la misma forma que presenta el de la mujer que lo sostiene.

B) Zoomorfas

Son sumamente escasas en el sitio. Al igual que las antropomorfas, son piezas pequeñas, sólidas y en pasta café claro u oscuro, sin pulir y sin engobe. En las de Huandacareo la técnica de manufactura es el modelado directo, con aplicaciones al pastillaje.

Todas las piezas encontradas son fragmentos que representan perros, a pesar de que la fauna debió de ser muy variada, principalmente en cuanto a animales relacionados con la laguna. Nosotros recuperamos una tapadera formada por un cajete semiesférico invertido cuya asa es un perro con las características mencionadas (figura 26).

En arcilla hay que mencionar, además, la existencia de múltiples cuentas, malacates, tiestos recortados y pulidores.

Concha

Se rescataron numerosos objetos de este material, todos con fines ornamentales, además de fragmentos de moluscos. Se les determinó un origen marino.

Aunque no para la cuenca de Cuitzeo, existen datos para otras regiones de Michoacán acerca del intercambio de objetos y materias primas que durante el Posclásico tardío se realizaba en este territorio, como las "conchas rojas" (posiblemente *Spondylus princeps*), que se encuentran exclusivamente en las costas del Pacífico, a la latitud de México, materiales que sabemos que formaban parte del tesoro de Moctezuma.

En Huandacareo se encontraron cuentas en forma de disco, frecuentemente asociadas a elementos de cobre, formando collares (figura 27). Asimismo se hallaron pendientes que se colgaban de un cordón a través de una o varias perforaciones, por lo que no presentan simetría radial como las cuentas. Entre los pendientes se pueden colocar los pequeños caracoles recortados y perforados.

A pesar de que se les llame brazaletes o pulseras, los círculos encontrados *in situ* en varios entierros se han localizado asociados al cráneo, y siempre en pares, por lo que tenemos la certeza de que formaban un tocado que determinaba cierto cargo o categoría.

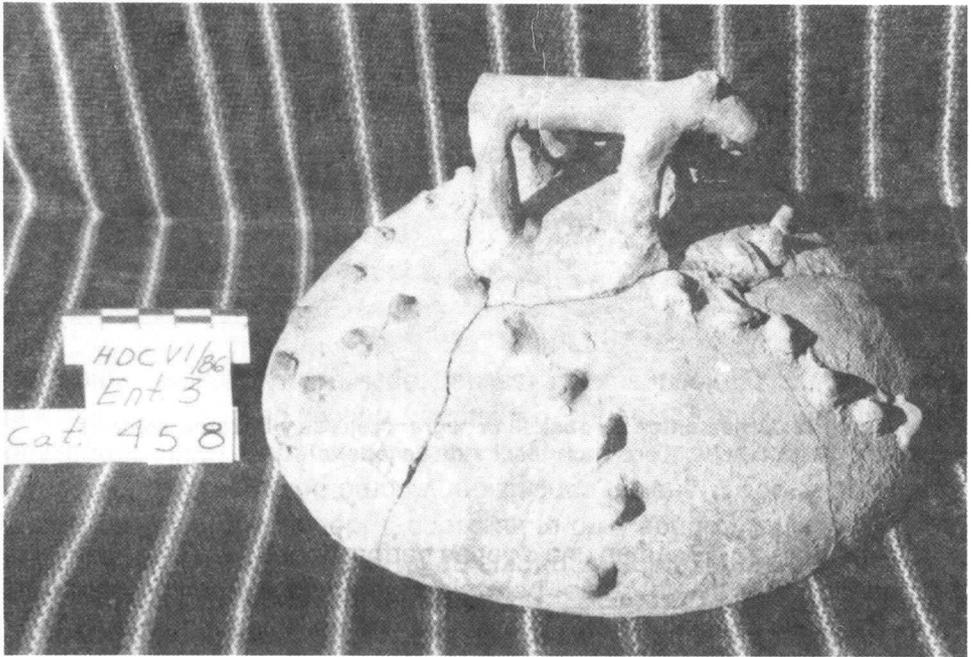


Figura 26. Tapadera ceremonial de barro café claro con aplicaciones al pastillaje y un perro como asa.

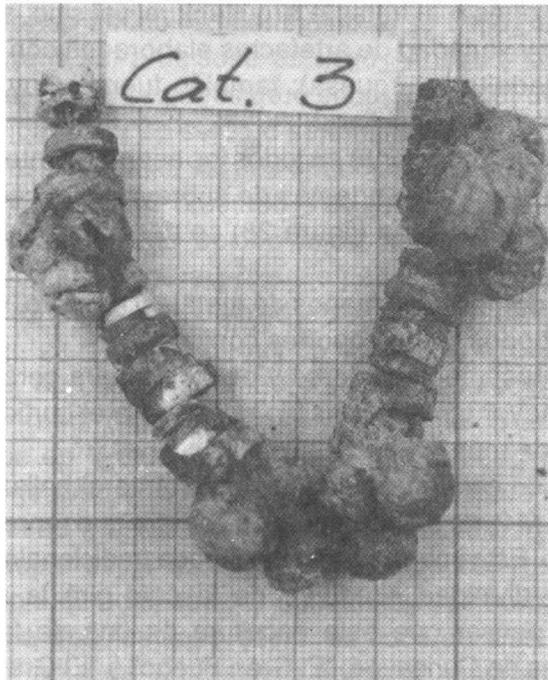


Figura 27. Collar de cascabeles y cuentas de concha.

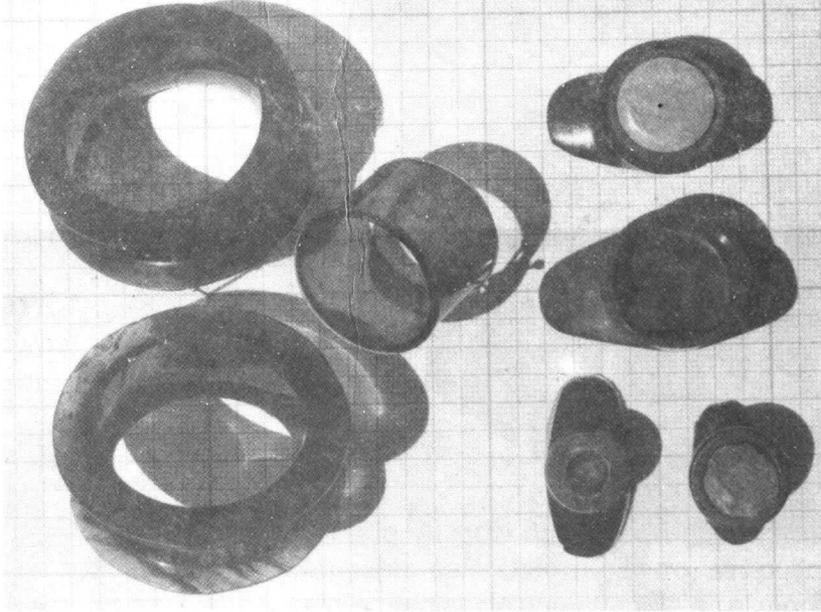


Figura 28. Ornamentos de obsidiana negra: orejeras y bezotes, algunos con incrustaciones de jadeíta.

Los pectorales presentan una o varias perforaciones para colgarse solos o formando parte de un grupo, pero siempre como elemento central del pecho. Un bello ejemplo de esto lo encontramos en la figura número 13.

Lítica

Además de lo expuesto al tratar la arquitectura del sitio, se encontró una enorme cantidad y variedad de artefactos elaborados con piedras duras y semipreciosas (jadeíta y turquesa); también fueron muy numerosos los hallazgos de objetos de obsidiana.

Lo anterior es una constante en todos los asentamientos prehispánicos de Mesoamérica, por lo que además de subrayar la excelente calidad de los ornamentos de obsidiana (figura 28) se detallarán las características de los más sobresalientes:

- Utensilios domésticos: manos de metate y mortero, y fragmentos de metates ápodos o con soportes cónicos.
- Herramientas: machacadores y pulidores para cerámica, así como otros de mayor tamaño, posiblemente para el curtido de pieles o el aplanado de muros.
- Escultura: en este grupo es muy importante el hallazgo, asociado al templo del M 2, de un fragmento de cantera que representa la cara de un anciano. Esta imagen está relacionada tradicionalmente con el dios del fuego, divinidad alrededor de la cual giró la religión tarasca. Podemos pensar que esta escultura es una de las pocas representaciones de Curicaveri, "El Gran Fuego" o "El Gran Quemador".
- Rituales: discos elaborados con pizarra, frecuentemente con dos perforaciones simétricas cerca de sus bordes y varios de ellos con

restos de pintura roja. Cabe recordar que algunos de los metates, los encontrados en tumbas, también son rituales (figura 12).

Otras piezas que no fueron utilizadas como adornos, sino que tienen una clara finalidad ritual, son las cuentas esféricas o semicúbicas de jadeíta encontradas dentro del cráneo en algunos entierros; estas piezas se colocaron dentro de la boca del muerto como amuleto o moneda.

Metalurgia

Por lo que se refiere a esta actividad, cabe mencionar especialmente la *Relación de Michoacán* (*op. cit.*, 1980: 3-398), que aporta numerosos datos sobre este particular. Podemos sacar en claro que el grupo llamado michuaque, que se impuso a todos los demás en este territorio, llegó a dominar de tal modo la metalurgia que en los códices mesoamericanos el hacha de cobre tarasca representó no sólo al instrumento en sí, sino al cobre mismo.

Un hecho de suma importancia es que los tarascos no elaboraron únicamente ornamentos como los que se muestran en la publicación antes citada, sino que también utilizaron esta técnica para fabricar herramientas y armas entre las que sobresalen hachas, puyas, cabezas de maza, punzones y agujas.

En la *Relación de Michoacán* también podemos admirar a un personaje político y religioso, identificado como Petámuti, el Gran Sacerdote, que porta un bastón de mando con cascabeles y luce en el pecho como insignia una gran pinza con espirales laterales. En la lámina destinada a representar oficios, vemos a un grupo de orfebres soplando con canutos a un brasero en el que van a fundir el metal que tienen a un lado, sobre un metate ápedo.

Las palabras indígenas que definen actividades ponen de manifiesto la alta especialización artesanal que existió en Mesoamérica, ya que no sólo fueron metalurgistas de tiempo completo, sino que tenían dentro de este trabajo faenas muy concretas.

De acuerdo con el propósito para el que fueron elaborados, los elementos de la metalurgia prehispánica se han agrupado en dos grandes conjuntos: el de los ornamentos y el de las herramientas.

Del primero de ellos, aunque la idea de adornarse varía de acuerdo con el nivel económico, político y el rango del individuo, podemos observar que desde las figurillas de los primeros periodos de sedentarización son ya numerosos y diversos los ornamentos, como orejeras, collares, pectorales, tocados, brazaletes y ajorcas. Entre los elementos rescatados en Huandacareo, tenemos:

- pinzas campaniformes con cuatro espirales, dos en cada hoja (figura 29), o acampanadas sin espirales;
- cascabeles con argolla para colgarse, o unidos a un alfiler; en este último caso se les denominó fistoles;
- pendientes formados por arillos de cobre a la cera perdida, con tres cascabeles;
- arillos de lámina recortada o de alambre;
- pendiente formado por una barra en forma de U, rematada en ambos lados con cabezas de ave coronadas con penachos de espirales, de cuyos picos cuelgan dos cascabeles;
- sobresale, por ser pieza única hasta el momento, un aro abarrilado con 12 cascabeles. Por su contexto arqueológico, cabe la posibilidad de que se trate del remate de un bastón de mando semejante al dibujado junto a un Petámuti (figura 30).

En el otro grupo hay que resaltar la importancia de que ya se elaboraran herramientas, porque ello implica un mayor desarrollo tecnológico y prueba que se estaba superando la edad de piedra para entrar a la de cobre. Es notoria la poca cantidad de instrumentos que se encuentran, si la comparamos con el número de objetos ornamentales o suntuarios. Esto sin duda fue por tres causas: 1) Que la tradición del trabajo en piedra tenía decenas de siglos. 2) Que obtener la piedra como materia prima era más fácil que obtener los metales. 3) Que el trabajo en piedra requería de mucha menos tecnología que la elaboración de objetos de metal, considerando desde la extracción del mineral, el beneficio y la fundición. Ya se mencionó que en este grupo sobresalen hachas, cabezas de maza, punzones, agujas y puyas, aunque estas últimas, más que herramientas, pudieran ser remates de bastones señaladores de jerarquías.

Resumen y consideraciones finales

Ha resultado de gran interés conocer una parte de la historia prehispánica de la cuenca de Cuitzeo. Por la situación geográfica del municipio de Huandacareo y por la localización de los asentamientos prehispánicos ampliamente descritos por fray Matías de Escobar y por fray Diego de Basalenque, entre otros cronistas del siglo xvi, resultaba posible que esta región ecológica y cultural estuviera relacionada, además de con la meseta tarasca, con el altiplano de México y con la zona del Bajío de Guanajuato y Querétaro. El estudio de otros documentos históricos y de la toponimia tarasca aportaron al conocimiento integral del área datos muy importantes.

Al estudiar las formas arquitectónicas de la zona arqueológica de Huandacareo resultó evidente que debió ser un centro ceremonial de gran

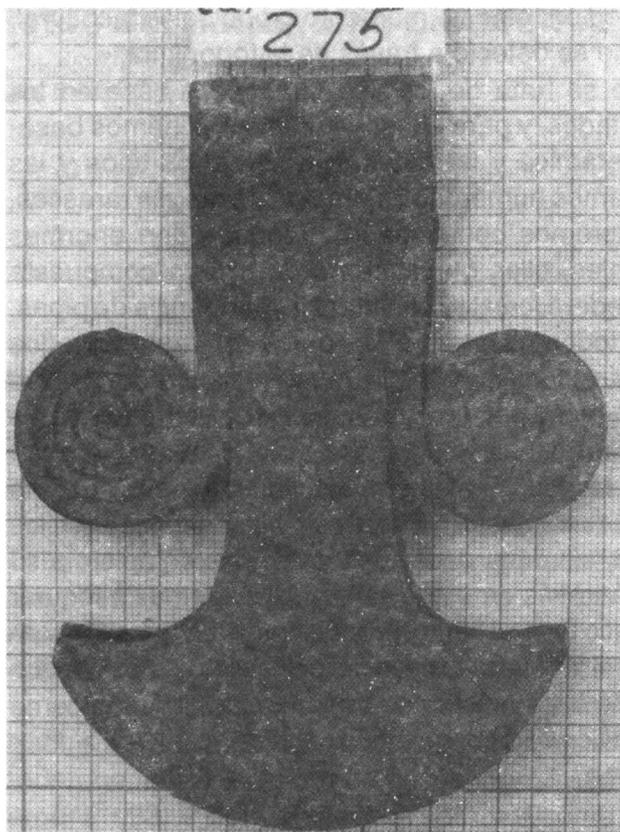


Figura 29. Pinza campaniforme con cuatro espirales.

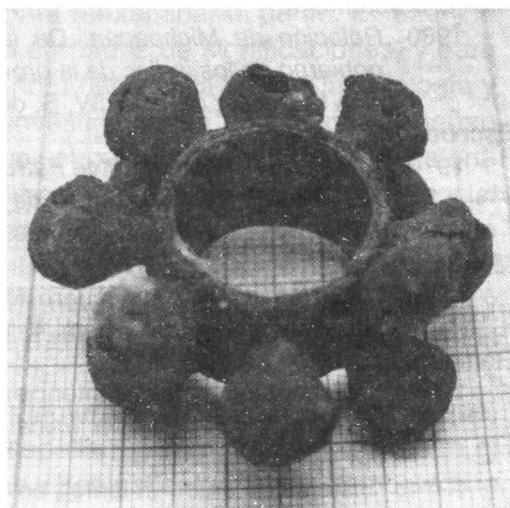


Figura 30. Aro abarrilado con 12 cascabeles. Posiblemente sea remate de un bastón de mando de Petámuti.

relevancia dentro de esta región, en este momento cronológico y cultural, lo que concuerda con lo que se detectó a través de la toponimia.

La certidumbre de que se trata de un sitio tarasco se basa en los elementos culturales rescatados, y para su fechamiento nos hemos basado principalmente en la cerámica y la metalurgia. Entre los tipos y las formas cerámicas, encontramos numerosos ejemplos de rasgos tarascos, como son los cajetes policromos con negativo, trípodes con enormes soportes sonaja-trapezoidales, ollas globulares o de silueta compuesta con asa estribo y doble vertedera, cajetes miniatura y abundancia de pipas. En la orfebrería, obtuvimos todos los ornamentos que están representados en la *Relación de Michoacán*, identificando a la clase social predominante de sacerdotes o Petámutis, como son las grandes pinzas campaniformes con espirales laterales y los remates de bastones de mando o de jerarquía.

La magnífica calidad de todos los elementos culturales rescatados no sólo nos confirma el alto grado de desarrollo tecnológico al que llegaron los artesanos de esta sociedad, sin duda dedicados de tiempo completo a su trabajo, sino que también, a través de estos hallazgos, podemos asegurar que en este momento histórico todo el territorio que ahora llamamos Mesoamérica estaba relacionado entre sí, y en el caso del occidente es posible que también mantuviera lazos de intercambio con regiones tan alejadas como las costas centrales del Pacífico sudamericano.

Bibliografía

Alcalá, Jerónimo de

1980 *Relación de Michoacán. De las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán (1541)*, reproducción facsimilar del Ms. cIV. S. de El Escorial, México, Fimax.

Escobar, Matías de

1970 *Americana Thebaida Vitae Patrum de los religiosos hermitaños de N.P. San Agustín de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Mechoacán (1729)*, México, Balsal Editores.

Moedano, Hugo

1946 "La cerámica de Zinapécuaro, Michoacán", *Anales del Museo Michoacano*, segunda época, núm. 4, México, pp. 39-49.

Romano, Arturo

1974a "Deformación cefálica intencional", en *México: Panorama histórico y cultural. Antropología física. Época prehispánica*, México, INAH, pp. 195-228.

1974b "Sistema de enterramiento", en *México: Panorama histórico y cultural. Antropología física. Época prehispánica*, México, INAH, pp. 83-112.

Retos del patrimonio cultural: Aztlan

Julio César Olivé Negrete

Me voy a referir a un tema del pasado prehispánico que ya inquietaba a los propios mexicanos y que ha sido abundantemente discutido en crónicas, relaciones, relatos y ensayos desde el siglo xvi: la peregrinación de los aztecas, que pasaron a la historia con el nombre de mexitin o mexícatl, mexicanos, a partir de un lugar originario llamado Aztlan.

La revisión que en los últimos tiempos he emprendido de la *Tira de la peregrinación*, el códice que contiene la versión de los propios mexicanos sobre su migración desde la salida de Aztlan, hasta que son expulsados de Colhuacan y parten rumbo a Mexicaltzinco, me ha llevado a concluir que aún en nuestros días sólo tenemos hipótesis sobre la localización de aquel sitio de origen: Aztlan. Como puede deducirse de los trabajos modernos, entre otros los de Jesús Monjarás-Ruiz (1977), Christian Duverger (1983) y Doris Heyden (1988), así como de las investigaciones de Eduardo Matos en el Proyecto del Templo Mayor (1988), no hemos avanzado en la solución de ese enigma más allá de las tesis que ya existían a mitad de este siglo.

Ello invita a que nos reunamos para reexaminar el punto. El mito y la historia, o la historia y el mito, están preñados de significaciones, y para desentrañarlas, e incluso para pretender hacerlo, la época, la ideología y la corriente científica en la que el investigador se ubique desempeñan papeles determinantes. Se puede ver el mito como historia y la historia como mito; el cielo determinando la historia social, o bien, la historia social determinando el cielo; los dioses creando al hombre o el hombre creando a los dioses (Marx, 1937: V-VI; Engels, 1980). Así pues, se pueden hacer distintas lecturas —empleando el término que popularizaron Balibar y Althusser— de los mismos materiales, de las mismas fuentes, de los mismos documentos.

Aquí me concreto a presentar tres lecturas diferentes sobre Aztlan que, al igual que Chicomóztoc, Huehuetlapallan y Tamoanchan, plantean el misterio de las distintas procedencias y poblamientos de los hombres que habitaron en la época prehispánica el territorio del México actual.

La lectura mítica

El sabio alemán Edward Seler, profundo conocedor de las culturas prehispánicas y de la lengua náhuatl, escribió a principios de este siglo un artículo en alemán titulado “¿Dónde se encontraba Aztlan, la patria de los aztecas?”, texto que podemos conocer gracias a la traducción que hizo el etnohistoriador Jesús Monjarás-Ruiz, con base en la segunda edición de dicho artículo, aparecida en Austria en 1967. La traducción se incluye en la antología *Mesoamérica y el centro de México*.

El artículo de Seler surgió como un comentario a la opinión, expresada en 1893 por James Wickershan, según la cual la cepa original de los aztecas había que buscarla en las cercanías de Puget-Sound, en la costa noroeste de lo que hoy es Estados Unidos.

Por los comentarios de Seler nos enteramos de que Wickershan se fundó en los logros culturales alcanzados por los nativos de la costa noroeste americana, e invocó a Humboldt y a Prescott en favor de su teoría de que había que trasladar a Aztlan, el lugar de origen de los aztecas, a las cercanías de Puget-Sound, desde donde se desplegaron las tribus atapascanas, y que esta identificación sería una nueva prueba para confirmar el origen asiático de esas tribus.

Seler recuerda que la versión mexicana sobre su propia migración se presenta en el *Códice Boturini*, en dos manuscritos de la Colección Aubin Goupil y en la tradición que recoge Torquemada en su libro *Monarquía indiana*.

Conforme a esas fuentes, los aztecas tuvieron su patria en Aztlan, y las ocho tribus con las que estaban emparentados: huexotzinca, chalca, xochimilca, cuiclahuaca, malinalca, chichimeca, tepaneca y matlatzinca, provenían de la provincia de Qineauayan (“el lugar de origen”), ubicada enfrente de Aztlan, en Colhuacan.

En este último lugar se encontraron y caminaron juntos hasta un sitio donde un grueso árbol se cayó sobre el altar erigido por los aztecas a Huitzilopochtli; a partir de este lugar se apartaron de las otras tribus y las dejaron continuar solas su camino.

Según Seler, quien se basa en inscripciones calendáricas y en el texto de Sahagún,¹ este último sitio se identifica con Tamoanchan, que es el significado de la rama quebrada del árbol. Seler piensa que, para explicar a Tamoanchan, Sahagún se vale de las palabras nahuas *temoua in chan*, que se traduce como “la casa que descende” pero también como “donde el hombre baja”, y opina que ello evidentemente alude a la región del oeste,

¹ Sahagún, Ms. (de la) Academia de la Historia, f. 191-X, cap. 23, p. 12, citado por Seler, 1985: 311.

donde el sol se pone, a la cual sería más exacto llamar “la casa del nacimiento”, ya que los niños vienen de las alturas, del decimotercer cielo. Visiblemente, dice, aquí se pensó en el agujero de la tierra del cual proceden todas las tribus. En otras sagas, agrega Seler, esta tierra, Tamoanchan, aparece como la patria original de todas las tribus que poblaron las diferentes regiones de México.

No me parece muy lógico este tránsito mental de la bajada o nacimiento a la región del oeste, seguramente por mi incapacidad para involucrarme en la supuesta mentalidad mítica que se atribuye a las sociedades prehispánicas. Por otra parte, observo que el padre Garibay, en su vocabulario de las palabras y frases en náhuatl de Sahagún,² confiere a Tamoanchan el significado de un toponímico mítico, de etimología discutida, que puede ser *to amehuan chan*, “nuestra casa común con vosotros (dioses)”, mientras que fray Alonso de Molina no incluye a Tamoanchan en su *Vocabulario*, y en cambio da a Temoayan el significado de “cuesta abajo o lugar por donde todos descienden”. Rémi Simeón dice, en su *Diccionario de la lengua náhuatl*, que Tamoanchan es una especie de paraíso terrenal situado generalmente en las regiones septentrionales de México, de donde se suponen originarios los aztecas. El propio Simeón afirma que para Sahagún el término es una alteración o un equivalente de la expresión *tic temoa ochan*, “buscamos nuestra morada”.

Por su parte, Silvia Rendón, siguiendo a Chimalpahin, observa que Iztlacozacan Amaquemecan tuvo como nombre antiguo Tamohuanchan o Tamouanichan Xochitlicacan, que se relaciona con un antiguo poblamiento de la región Pánuco-Tollantzinco, y que entre los cantos recopilados por Sahagún existe una estrofa que se refiere al nacimiento de Centéotl, el maíz, en mi casa *tamiyoan*. El texto náhuatl de la estrofa usa la forma *tamiyoan ichan*, que también empleó Muñoz Camargo y que significa “mi casa de tamiyoan”, nombre emparentado con las voces huastecas *tamiahua* y *tomeyauh*, de donde resultaría “la casa del tamiahua” (Rendón, 1969: 29-35).

En el *Códice mendocino* existe el glifo del poblado Temoayan, que consiste en un basamento escalonado y con huellas humanas descendentes. El significado de la voz Temoayan que proporciona Molina es el de cuesta abajo o lugar por donde todos descienden, como hemos visto antes.

Mi intención al mencionar tan diversas interpretaciones es recalcar los problemas y dilemas de la traducción de los textos nahuas. Si nos atenemos cuidadosamente a la pictografía de la *Tira*, el lugar señalado por el

² Ángel María Garibay K., “Vocabulario de las palabras y frases en lengua náhuatl que usa Sahagún en su obra”, en fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Porrúa, 1956.

árbol partido, con las figuras que lo entornan, indica sin lugar a duda separación y no nacimiento. Allí es donde los aztecas se reúnen a hablar con los cuitlahuaca, que parecen representar a las ocho tribus que se les unieron en Chicomóztoc. El personaje identificado por el glifo correspondiente a los cuitlahuaca aparece hablando y llorando y también salen lágrimas de los seis personajes, quizá aztecas, que en el mismo sitio y agrupados en torno a Huitzilopochtli reciben la palabra de éste y a la vez hablan. Desde allí los caminos se bifurcan y los aztecas se van por separado, en la peregrinación que se narra paso a paso en la *Tira*. Las fechas se fijan a partir de la salida del lugar que para el doctor Kirchhoff es Cóatl Icámac (“en las fauces de la serpiente”), de acuerdo con una interpretación que comparte Clavijero (1981: 58), pero que bien puede corresponder a Coatépéc si nos atenemos al glifo de la lámina 32 del *Códice mendocino*, a la versión de Durán (1967, I. 23; III: lám. 2a.) y al texto náhuatl que aparece al pie del glifo en la misma *Tira de la peregrinación* (véase la reproducción de Lejarazu-Heredia, 1991).

Con tan polémica base, Seler decide que lo que interpreta como Tamoanchan en realidad significa el poniente, y con razonamientos semejantes opina que todo lo relacionado con los toltecas es mítico, que Tollan denota las características culturales propias de los pueblos civilizados, a las que aspiraban todas las tribus prehispánicas, y que los cuatro puntos intermedios entre Aztlan y Tollan se asocian a los cuatro extremos del mundo, mientras Tollan es la quinta región, origen de todas las culturas que poseían el calendario, la ciencia sacerdotal y las artesanías.

En apoyo a su tesis, Seler considera que los cactus redondos y los mezquites pintados en la *Tira* señalan las estepas del norte y relacionan a los mexica con los chichimecas de Mixcóatl a partir de que adquirieron el arco y la flecha, la bolsa tejida de los cazadores y tomaron su nombre definitivo: mexitin. El famoso sitio Cóuatl Icámac (“fauces de la serpiente”), que supuestamente también aparece en la *Tira*, se refiere al sur, y Cuextécatl Ichocayan (“donde lloró el huasteco”), identificado asimismo en la *Tira*, al este; por lo que en conclusión, y como antes se dijo, los cuatro lugares que figuran entre la salida de Aztlan y la llegada a Tollan simbolizan los cuatro extremos del mundo, pensadas y míticas patrias originales, y el mismo Tollan, punto directo de salida, representa la quinta región, en medio del mundo. De esa manera, según las interpretaciones de Seler, sólo nos queda como realidad histórica Colhuacan, en el valle de México, y quizá los mexicanos siempre fueron una rama de los culhuas, en verdad descendientes de los toltecas.

La lectura historicista

En el extremo contrario a Selser, el doctor Paul Kirchhoff postula que las fuentes de la historia indígena son absolutamente histórico-geográficas, por lo que sus cronologías merecen crédito.

En el artículo “¿Se puede localizar Aztlan?”, incluido en la antología antes mencionada, sostuvo que existen los datos necesarios para identificar ese sitio y que todas las tradiciones relativas a los mexicas mencionan su paso por Tollan. Los lugares enumerados en la *Tira* como intermedios entre este último sitio y Chapultépec efectivamente se pueden localizar de acuerdo con la notable metodología toponímica que enseñó el doctor Kirchhoff.

Dicho investigador concedió especial importancia a la identificación del sitio Acahualtzinco, mencionado en la *Crónica mexicana* de Alvarado Tezozómoc y que el mismo Kirchhoff localizaba en el estado de Querétaro; también se fijó en el lugar Matlahuacallan Tematlahuacalco, que ubicó en el municipio de Aculco, Estado de México, conocido ahora como Santa Ana Matlahua, y sugirió como muy posible que Matlahuacallan-Tematlahuacalco y Acahualtzinco fuesen el mismo lugar.

Igualmente le pareció posible que Cuextécatl Ichocayan fuese el mismo lugar que Chicomóztoc, posibilidad con la cual concuerda el hecho de que en la *Tira de la peregrinación* se ve llorar al portavoz de las ocho tribus que ahí se separan de los mexicas, por lo cual se deduce que el doctor Kirchhoff pensaba que el árbol partido representaba a Chicomóztoc, lo que también se lee en Clavijero (1981: 57) y en Torquemada (1969, I: 79).

Según el doctor Kirchhoff, otras fuentes, como la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, hablan de sitios anteriores a Chicomóztoc y mencionan entre ellos a Tepemaxalco o Tlatzallan, con el objeto de reconstruir en sentido inverso el derrotero seguido por los mexicas. El autor concluye que las dos sierras de que se habla deben ser los cerros gemelos Culiacán y La Gavia, en el Bajío guanajuatense. Dice que pasando entre ellos se llega a las haciendas de San Isidro y Culiacán el Bajo, sitio que debe corresponder al lugar anterior a Tepemaxalco o Tlatzallan y ser por consiguiente el antiguo Colhuacan, que figura en la historia de los mexicas y de otras tribus.

Sostiene que los datos de la *Historia tolteca-chichimeca* llevan a la misma conclusión. Toma al pie de la letra las caminatas diarias y las rutas del viaje emprendido por los tolteca-chichimecas que narra esa historia cuando decidieron regresar a Chicomóztoc para solicitar auxilio en su lucha contra los nonoalcas. Según las cuentas de Kirchhoff, el lugar al que llegaron los tolteca-chichimecas el sexto día de ese viaje de regreso fue precisamente el cerro de Culiacán.

También se apoya el doctor Kirchhoff en la *Relación de Tepeaca* de 1569, la cual, en su opinión, ubica a Chicomóztoc a 50 leguas de la ciudad

de México, distancia que nuevamente remite a Culiacán, en el municipio guanajuatense de Cortázar, y al cerro del mismo nombre.

Finalmente niega que Aztlan haya estado en una isla y la ubica en un recodo del río Lerma, al pie del cerro Culiacán. Así, Aztlan y Culhuacan estaban frente a frente, separadas por el río.

La hipótesis de que puede reconstruirse la antigua ruta de los mexicas me parece correcta, pero la metodología para hacerlo, con datos de diferentes fuentes e hipótesis alternas, en mi opinión es muy discutible porque no hay una comparación sistemática que pueda verificarse, y tampoco me parece que existan elementos suficientes para tomar al pie de la letra las jornadas de camino que menciona la *Historia tolteca-chichimeca*. Sin embargo mi propósito no es discutir la validez de esta interpretación sino sólo contrastar la lectura mítica con la historicista de la misma fuente, para insistir en que aún no tenemos una solución convincente.

La lectura histórica

Llamo así a la que se halla en medio de las dos antes expuestas, que reconoce al mito y también la credibilidad histórica, pero sin exagerar, lo cual significa reconstruir lugares y fijar tiempos sin creer que todos y cada uno de los hechos de la narrativa indígena sean absolutamente ciertos.

En un intento de correlacionar la historia y el mito, y partiendo de la base de que los mexicas en la época de Itzcóatl destruyeron las historias antiguas para replantear la propia, el maestro Carlos Martínez Marín considera que Aztlan sí existió y estaba dentro de Mesoamérica, quizá donde lo señala Kirchhoff o en el occidente, donde la ubica el profesor Wigberto Jiménez Moreno (Mezcalzingo). Explica que los mexicas se llamaban chichimecas por ser emigrantes, guerreros y cazadores, y no porque hubiesen sido nómadas, y que la información cultural que proporcionan las fuentes de la historia antigua no son un invento, pero los propios mexicas no podían reconstruir su migración más allá de Tula y por ello no puede tenerse seguridad sobre la primera parte de la historia que describe la *Tira de la peregrinación*.

Este investigador recuerda los datos que suministra Sahagún, quien en la parte en la que se refiere a los mexicanos alude también a una primera oleada de pobladores de la Nueva España que vinieron en navíos por la mar, llegaron a un puerto que está hacia el norte y se establecieron en Tamoanchan, donde nunca dejaron de tener sus sabios o adivinos, *amoxoaque*, y donde estuvieron mucho tiempo, lugar que no puede conocerse por la destrucción que hizo Itzcóatl de las pinturas que tenían esos datos. Estos pobladores se fueron al sur, a la región olmeca, y luego llegaron los toltecas.

Sin un enlace claro, incluye a los mexicanos en esta última peregrinación, la cual llegó hasta las siete cuevas, que eran adoratorios en un valle entre peñascos. Allí decidieron regresar, lo que hicieron por grupos, y los mexicanos fueron los últimos en volver; antes de esto avanzaron todavía hasta el poniente y llegaron a Colhuacan. En la versión de Martínez Marín, la migración que describe la *Tira* fue real y Colhuacan es un sitio que está al poniente, pero no fue punto de origen sino de regreso. Aztlan queda desvanecido.

No es ésta mi propia idea y me parece que la *Tira* demuestra grandes cambios geográficos y económicos que señalan procesos de aculturación, desde una vida lacustre hasta el refinamiento urbano de Tenochtitlan, pasando por la adquisición de la tecnología militar de su época, el arco y la flecha, como equipamiento para la guerra al transformarse en cazadores. Quizá forme parte de ese proceso el uso del fuego, tan necesario para su nueva forma de vida económica, y desde luego su curiosa adquisición del *átlatl*, arma fundamental para la cacería en la laguna, cuyo desconocimiento anterior plantea dudas sobre el origen lacustre de este grupo étnico y que por otra parte pudo haber sido decisiva para organizar sus escuadras de combate en las guerras libradas en los lagos del valle de México.

También pienso que hay bases para intentar la localización de Aztlan, y que quien más se ha acercado a esa solución es el profesor Wigberto Jiménez Moreno.

Bibliografía

- Althusser, Louis y Étienne Balibar
1969 *Para leer El Capital*, México, Siglo XXI.
- Berlin, Heinrich
1947 *Historia tolteca-chichimeca*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos.
- Clavijero, Francisco Javier
1981 *Historia antigua de México*, México, Editorial del Valle de México.
- Códice Aubin*
1576 Manuscrito azteca de la Biblioteca Real de París, versión de 1979 tomada de la de 1902 de Antonio Peñafiel, Innovación.
- Códice Chimalpopoca*
1945 Anales de Cuauhtitlán y leyenda de los soles, traducción directa del náhuatl por don Primo Feliciano Velázquez, México, Imprenta Universitaria.
- Códice Mendoza o Códice Mendocino*
1979 Documento mexicano del siglo XVI que se conserva en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, Inglaterra; facsímil fototípico dispuesto por don Francisco del Paso y Troncoso, Cosmos (Mendoza).

Códice Ramírez

- 1979 Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias; examen de la obra, con un anexo de cronología mexicana por Manuel Orozco y Berra, Innovación.

Códice Tira de la peregrinación

- 1991 Reproducción facsimilar de Dinorah Lejarazu Rubin e Israel Heredia Arroyo, México, Taller de Artes Gráficas, Grupo Gisma.

Chimalpahin Quauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón

- 1965 *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, México, Fondo de Cultura Económica.

Durán, Diego

- 1967 *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de tierra firme*, ts. I y III, Editorial Nacional.

Engels, Federico

- 1980 "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", *Obras escogidas*, t. III, Moscú, Progreso.

Heyden, Doris

- 1988 *México, orígenes de un símbolo*, México, Departamento del Distrito Federal (Distrito Federal, núm. 22).

Kirchhoff, Paul

- 1985 "¿Se puede localizar Aztlan?", *Mesoamérica y el centro de México*, 1a. ed., México, INAH (Biblioteca del INAH).

Krickeberg, Walter

- 1961 *Las antiguas culturas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica.

León-Portilla, Miguel

- 1978 *Historia de México*, t. 4, Salvat Mexicana de Ediciones.

León y Gama, Antonio de

- 1832 *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*, México, Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés.

Martínez Marín, Carlos

- 1965 *Los aztecas*, México, INAH.

Marx, Carlos

- 1937 Introducción, *Líneas fundamentales de la filosofía del derecho de Guillermo Federico Hegel*, Buenos Aires, Claridad.

Matos Moctezuma, Eduardo

- 1979 *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México. Antología*, México, INAH/SEP.

- 1992 *El Templo Mayor, excavaciones y estudio*, México, INAH/SEP.

Monjarás-Ruiz, Jesús, Rosa Brambila y Emma Pérez-Rocha (comps.)

- 1985 *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH (Biblioteca del INAH).

Monjarás-Ruiz, Jesús

- 1985 "Algunos aspectos del surgimiento del aparato político tenochca", *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH (Biblioteca del INAH).

- 1992 "La conquista del corazón de la Triple Alianza, importancia y consecuencias", en la mesa redonda *Conquista y colonización de México*, INAH, 3 de junio de 1992 (en prensa).

Rendón, Silvia

1969 *Introducción a las "Relaciones de Chalco Amaquemecan", escritas por don Francisco de San Antón Muñón, Chimalpahin Cuaulehuanitzin, paleografiadas y traducidas del náhuatl por Silvia Rendón, México, FCE.*

Seler, Edward

1985 "¿Dónde se encontraba Aztlan, la patria [original] de los aztecas?", *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH (Biblioteca del INAH).

Tena, Rafael

1987 *El calendario mexica y la cronografía*, México, INAH (Científica).

Tezozómoc Alvarado, Hernando

1944 *Crónica mexicana*, México, Leyenda.

Tepetlaóztoc, un señorío del Acolhuacan

Perla Valle de Revueltas

En su recorrido por el territorio noreste de la cuenca de México, algunos grupos de cazadores y recolectores se establecieron en localidades donde ya había población sedentaria en el Posclásico tardío. Fue el caso del señorío de Tepetlaóztoc, fundado por seis señores chichimecas enviados por Xólotl a las estribaciones de la sierra de Patlachique con ese propósito, según lo consigna Alva Ixtlilxóchitl en una de sus relaciones históricas.¹

A partir de estas primeras noticias, el cronista texcocano menciona en su obra al señorío de Tepetlaóztoc como tributario de Xólotl y posteriormente sujeto a los señoríos de Coatlinchan y de Texcoco. Así, el propio proceso histórico de este señorío siempre estará vinculado a la metrópoli en turno y ha de encontrarse inmerso en la historia del Acolhuacan.

Palerm estableció los límites de esta área noreste de la cuenca de México como sigue:

al norte, la parte baja del río Nexquipayac, los cerros de Tezoyuca y las serranías de Tezontlaxtle y Patlachique, que separan al Acolhuacan del valle de Teotihuacan. Al oriente y sureste las estribaciones de las serranías de San Telmo, Tlamacas, Tláloc, Telapon y Ocotepec. Al sur, el valle comprendido entre la sierra de Ocotepec y el cerro de Chimalhuacán, a la orilla del lago de Texcoco.²

El mismo autor propuso una subdivisión del territorio acolhua en un área meridional y otra septentrional. La primera limitaría al norte con la línea divisoria considerada entre los ríos Chapingo y Texcoco, donde quedaban incluidos los señoríos de Huexotla y de Coatlinchan, y la septentrional limitaría al sur con la línea divisoria extendiéndose sobre todo hacia el oriente, donde se localizaban los señoríos de Texcoco y de Tepetlaóztoc.³

Asimismo Palerm describió las regiones naturales del Acolhuacan, que iban de una llanura ribereña⁴ a una serie de pequeños valles insertos en

¹ Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, vol. 1, 1975, p. 294.

² Palerm, *Agricultura y civilización...*, 1972, pp. 111-112.

³ *Idem*.

⁴ La llanura ribereña al oriente del Lago de Texcoco ha aumentado en extensión a partir del siglo xvi, al disminuir el volumen del agua y retraerse el lago.

una cadena montañosa de menor altura, a la que le llama somontano, seguidos de valles más reducidos y por último la Sierra Nevada, zona donde al parecer únicamente se registraba población muy dispersa.

Los ríos que cruzan el Acolhuacan septentrional son el Papalotla, parte del Nexquipáyac y algunos de sus afluentes. Estas corrientes fluviales son torrenciales, por lo que permanecen secas la mayor parte del año; sólo en la sierra se encuentran manantiales permanentes. Las sequías y las heladas que se dan en esta área se agudizan por la sombra pluvial creada por la proximidad de la Sierra Nevada, que constituye una barrera para las lluvias procedentes del Golfo de México.⁵

Todos estos elementos fisiográficos concurren para definir un territorio poco propicio para la agricultura extensiva e intensiva. Por otra parte determinan la correlación económica en las diferentes regiones. Los pueblos ribereños del lago de Texcoco utilizaban globalmente los recursos lacustres, incluyendo la extracción de la sal, en combinación con una agricultura de subsistencia; en el somontano y los valles serranos se desarrolló la explotación integral del bosque, apoyada por la agricultura de roza.

En la *Relación* de Juan Bautista Pomar⁶ se describe a la región acolhua como desprovista de recursos hidráulicos, sujeta al riego proporcionado por las obras prehispánicas de regadío, ya para entonces muy deterioradas, y al agua de pozos para el consumo doméstico. Sin embargo, incluye una relación de árboles frutales y de otros de hojas perennes, y en especial informa sobre aquellos traídos por los conquistadores, como el manzano, el peral y diversas clases de ciruelos, que se aclimataron al área.

Varios de los elementos del entorno ecológico eran semejantes en el siglo XIX; García Cubas describe el área de Tepetlaóztoc señalando varias coincidencias:

El aspecto que presenta este pueblo por su ubicación en las lomas tepetatosas es triste. Por la aridez del terreno tan sólo es propio para el plantío de magueyes, industria a la que se dedican de preferencia los habitantes. Encumbrando la sierra al este y los cerros que circundan este lugar por el norte, se encuentran los oyameles, encinos, ocotes, pinos y otros árboles y plantas...⁷

La superficie del actual municipio de Tepetlaóztoc es de 139 859 km²; limita al norte con los municipios de Otumba y de Acolman, al sur con los de Papalotla y de Texcoco, al este con los estados de Hidalgo y de Tlaxcala y al oeste con los municipios de Chiautla y Acolman.⁸

⁵ Palerm, *op. cit.*

⁶ Pomar, "Relación de la ciudad y provincia...", 1986.

⁷ García Cubas, *Diccionario geográfico...*, 1889.

⁸ *Síntesis geográfica del...*, 1981.

La precipitación media anual varía entre 700 y 800 mm, con la mayor incidencia de lluvia en el mes de julio y la menor en febrero. La temperatura fluctúa entre 17 y 18°C durante el mes de mayo, y entre 10 y 11° en diciembre, correspondientes al clima templado subhúmedo.⁹

Conforme a los estudios geográficos de la región, pertenece a la provincia Eje Volcánico, subprovincia Lagos y Volcanes de Anáhuac, conformada por llanuras, lomeríos y sierra. En especial para el municipio de Tepetlaóztoc se describen lomeríos de colinas redondeadas con lecho rocoso de entre 10 y 50 cm de profundidad.¹⁰

La cabecera del municipio está ubicada a los 19°, 33', 29" de latitud norte y a los 98°, 49', 14" de latitud oeste. Su nombre oficial es Tepetlaóxtoc de Hidalgo y está dividida en cuatro demarcaciones que a su vez integran los siguientes barrios: San Vicente, la Santísima, la Asunción, San Sebastián, la Columna, Tepetlapa y Cuanalan, también llamado de la Parroquia.

Pertencen al municipio los siguientes pueblos: San Pedro Chiaucingo, San Bernardo Tlalmimilolpan, San Andrés de las Peras, San Juan Totolapan, Santo Tomás Apipilhuasco, La Concepción Jolalpan y San Pablo Jolalpa. Otros de menor extensión son La Trinidad, Tolteca Teopan y Los Reyes, así como los considerados ranchos: San Telmo, San Nicolás, El Moral, San Pablo Altica, Maldonado, Las Huertas, Tezoquiapan, La Cruz y Zenteno.

El entorno montañoso llega a los 2 770 m de altura; lo cruzan los ríos Papalotla, de aguas semipermanentes, y el Atla; ambas corrientes son torrenciales, de origen pluvial. Sólo en los pueblos de la sierra se localizan algunos manantiales permanentes, como los de Santo Tomás Apipilhuasco, San Juan Totolapan, San Bernardo Tlalmimilolpan y San Pedro.

La principal vía de comunicación del municipio es la desviación de tres kilómetros que entronca en el kilómetro 49 de la carretera México-Calpulalpan, a 7 km al noreste de Texcoco. Otra vía de comunicación es el camino vecinal que une a Chiautla, Papalotla y La Concepción Jolalpan, que posiblemente coincidía con el antiguo camino real.¹¹

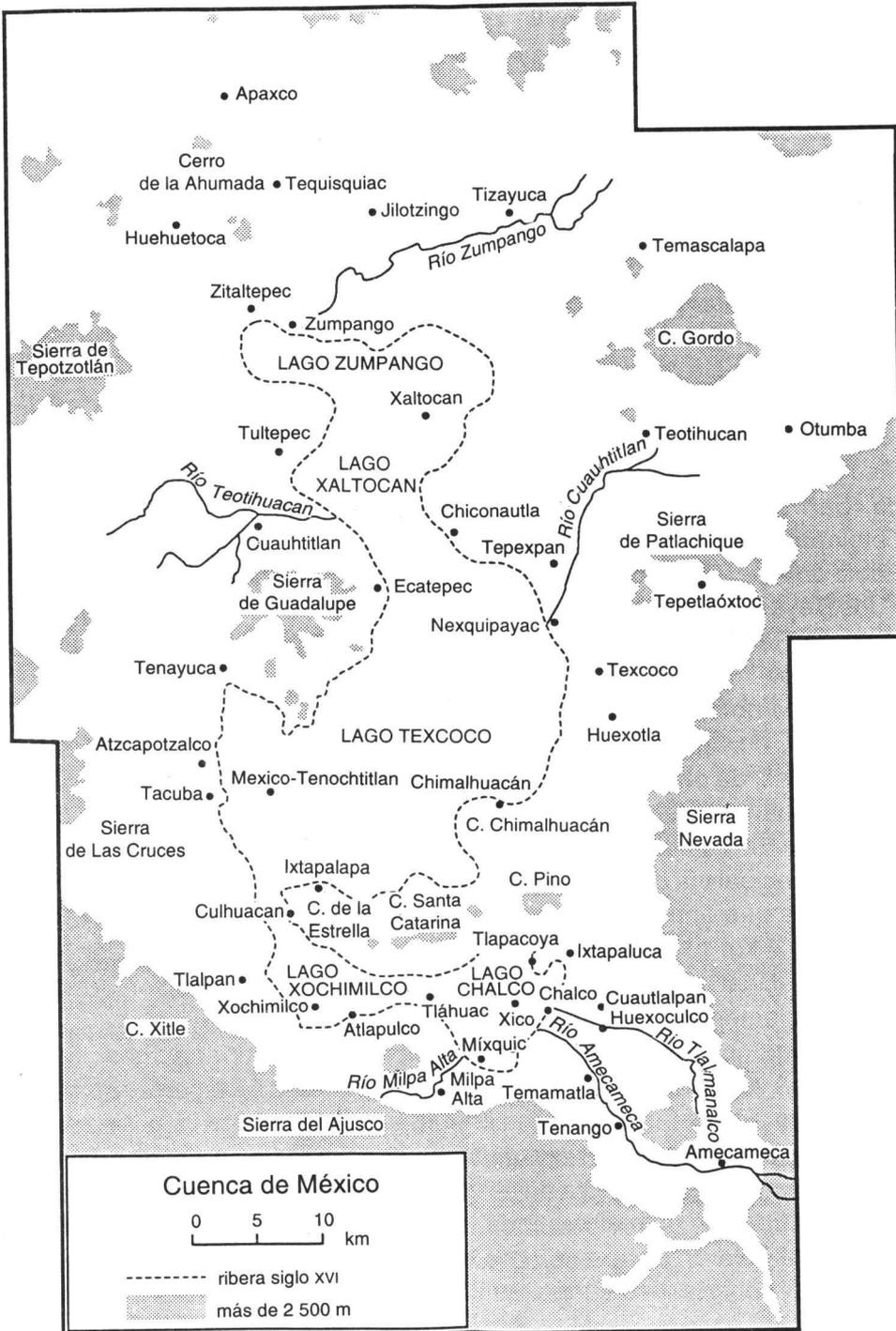
La vegetación se define como de pastizal inducido, hay bosques de encino con vegetación secundaria que se ha retraído a las partes más altas de la sierra. El uso forestal es de consumo doméstico, con la particularidad de que se cultivan los terrenos de las laderas más bajas de los bosques.

Predomina la agricultura de temporal, que se lleva a cabo en su mayor parte por tracción animal continua, siendo mínima la agricultura de riego, practicada sólo en tierras de propiedad privada. Los principales cultivos son: maíz, cebada, haba, trigo, alfalfa y frijol, en los diferentes pueblos del

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Idem.*



Mapa reproducido de J. Parsons, 1969.

municipio, pero las tierras húmedas de la sierra son consideradas las más fértiles.

Las minas de arena, grava y cascajo son importantes para la economía local. Se explotan las minas de tezontle de Apipilhuasco, las de arena y de grava de Santo Tomás, y en especial las minas de cantera rosa de Tepepayo, Tepona y Apipilhuasco, así como las minas de cantera azul de San Bernardino Tlalmimilolpan.¹²

El entorno geográfico del antiguo señorío de Tepetlaóztoc constituye una región natural de paso entre el valle de Tlaxcala y la cuenca de México. Próxima a grandes centros de población desde sus antecedentes más lejanos —durante el Clásico, a Teotihuacan, y posteriormente, durante el Posclásico, a Texcoco—, cercana al lago, pero sin acceso propio a sus beneficios; integrada por una llanura enjuta, poco favorecida por las grandes obras hidráulicas realizadas por Nezahualcóyotl, de suelos pobres y aguas torrenciales escasas; encuadrada por un flanco de la Sierra Nevada, donde se localizan los mejores suelos, su explotación en estas condiciones exigía sistemas hidráulicos y agrícolas más complejos.

Algunos antecedentes históricos

Hallazgos arqueológicos correspondientes al Preclásico superior indican la existencia de poblaciones sedentarias en el área de Tepetlaóztoc. Piña Chan¹³ menciona a Tepetlaóztoc entre los sitios del Preclásico, y Noguera lo incluye entre los lugares donde se localizó cerámica diagnóstica de este periodo dentro de la cuenca.¹⁴

Las investigaciones llevadas a cabo por J. Parsons en el área texcocana permitieron precisar que la primera ocupación sedentaria ocurrió durante el Preclásico medio, entre 800 y 700 a.C., y corresponde a la fase Tlatilco, El Arbolillo y Zacatenco. Se trataba de pequeñas aldeas de no más de 50 personas, en colinas de 2 300 a 2 500 m sobre el nivel del mar. Durante el Preclásico tardío se presentaron algunos cambios: si bien permanecen las aldeas pequeñas, se advierte el aumento de la población con pueblos de mayor tamaño, se desarrollan distintos tipos de asentamientos y se observa cierta complejidad en la arquitectura.

En el periodo terminal del Preclásico se detectó un crecimiento de la población en el Acolhuacan; aumentó el tamaño de las comunidades, con cientos y miles de habitantes en cada una, y además se inició una arquitectura monumental. Se estableció la división en cuatro zonas demo-

¹² *Monografías municipales del Estado de México. Tepetlaóztoc de Hidalgo*, 1978.

¹³ Piña Chan, *Mesoamérica. Ensayo...*, 1960.

¹⁴ Noguera, *La cerámica arqueológica...*, 1965.

gráficas: al sureste, en la base del cerro de Chimalhuacán; al sur-centro, posiblemente en el área de Huexotla; al centro, en la base de los cerros de Texcucingo, San Miguel y Purificación; y por la zona norte, en las inmediaciones de Tepetlaóztoc y de Tezoyuca. En relación con estas zonas, el mismo autor propone que es posible que se trate de unidades políticas.¹⁵

En el Clásico temprano se aprecian cambios radicales en cuanto a los patrones de asentamiento anteriores. Los centros de población desaparecen, con una disminución general de la población que coincide con el desarrollo de Teotihuacan. Estas condiciones persistieron en lo general hasta finales del Clásico, cuando se observó el abandono de los centros de población del sector sur-centro del Acolhuacan.

No obstante, el arqueólogo W. Sanders¹⁶ considera la posibilidad de que habitantes del noreste del Acolhuacan, incluyendo a Tepetlaóztoc, hayan acudido a Teotihuacan como proveedores de materias primas y mano de obra. Considerando que a las dos regiones sólo las separa la sierra de Patlachique, es factible que esto haya ocurrido.

Hacia 700 d.C., Parsons señala un crecimiento de población en el sur y en el noreste, región próxima a Tepetlaóztoc, con centros urbanos y arquitectura monumental; es probable que a este horizonte corresponda el cercano sitio de Tolteca Iteopan. Sin embargo, en marcado contraste, el sector central del Acolhuacan quedó casi deshabitado, hecho que se considera determinado por el florecimiento, decadencia y abandono de Teotihuacan.

A principios del año 1000, en la etapa que Parsons llama Tolteca tardía,¹⁷ se presenta un fenómeno de ruralización con un regreso al predominio de pequeñas aldeas, con tendencia al repoblamiento del área sur-centro y la fundación de nuevas comunidades. Para entonces hay aldeas chicas dispersas en el territorio que circunda a Tepetlaóztoc.

Alrededor del año 1200, en la etapa del Azteca temprano,¹⁸ se registró un rápido crecimiento de la población y del urbanismo, simultáneo y asimismo posterior al arribo de los grupos de cazadores recolectores, quienes incursionaron en diferentes etapas. Se trataba de núcleos de población con diversos niveles de desarrollo, que hablaban lenguajes distintos al náhuatl.

En resumen, se considera que en Tepetlaóztoc y sus pueblos sujetos hubo ocupación humana desde el Preclásico medio, alrededor de 800 a.C.,

¹⁵ Parsons, "Patrones de asentamiento prehispánicos...", 1969.

¹⁶ Sanders, comunicación oral, conferencia impartida en el Departamento de Etnohistoria, INAH, 1980.

¹⁷ Parsons, *op. cit.*

¹⁸ *Idem.*

con algunas fluctuaciones: ocupación sedentaria de cierta importancia durante el Tolteca temprano, hacia 800 d.C., y un notable desarrollo durante el Azteca tardío o Posclásico tardío.

Varios autores sitúan las incursiones de grupos de cazadores recolectores procedentes de áreas al norte de la cuenca después de la caída de Tula, en los siglos XII al XIII. Parte de los restos de la población tolteca dispersa por la cuenca, o establecida en algún centro de población importante, como Culhuacan, eran agricultores sedentarios, posiblemente hablantes de náhuatl, y van a mezclarse paulatinamente con los recién llegados.

Alva Ixtlilxóchitl afirma que el gran chichimeca Xólotl procedía de tierras septentrionales y considera que penetró a la cuenca por Teotlalpan.¹⁹ Xólotl envió a su hijo Nopaltzin a explorar las zonas norte y noreste del territorio que posteriormente ocuparía el Acolhuacan, con el fin de determinar los mejores sitios para establecerse:

el primer lugar que llegó fue a Oxtoticpac lugar de muchas cuevas, que era lo que más buscaban y de aquí a Cuahuaticpac, y de Cuaxatlahco Tepetlaóztoc, y de aquí a Cinacanoztoc... y de este lugar se subió sobre el cerro de Cuauhyacac en donde vido un templo muy grande de los toltecas que estaba en aquellos llanos, con muchos edificios arruinados llamados Toltecateopan...²⁰

En la lámina II del *Códice Xólotl*,²¹ se pintó el ámbito geográfico descrito en el texto de Alva Ixtlilxóchitl; se localiza el centro ceremonial de Tolteca Iteopan, próximo a Tepetlaóztoc, marcado con el dibujo esquemático de una pirámide. El punto de referencia es la Sierra de Patlachique, límite norte del señorío. En la *Historia de la nación chichimeca*, el historiador texcocano indica que, a los 20 años de la llegada de Xólotl, mandó a seis señores chichimecas de reciente arribo a la cuenca a que poblaran Tepetlaóztoc.²²

Es posible que el establecimiento de cazadores-recolectores en Tepetlaóztoc se haya visto propiciado por las características fisiográficas del área y la localización cercana de un sitio de habitación tolteca.

Alva Ixtlilxóchitl menciona la incursión de los acolhuas al territorio ocupado por Xólotl, junto con tepanecas y otomíes de Xaltocan. Se ha propuesto que los acolhuas llegaron procedentes de la depresión Jilotepec-Tula y que probablemente era un grupo diferenciado de chichimecas, o bien se trataba de otomíes en mayor grado de toltequización, desplegados al noreste del lago de Texcoco. Xólotl les asignó el territorio que habría

¹⁹ Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, vol. I.

²⁰ *Idem*, vol. I, p. 294.

²¹ Dibble, *Códice Xólotl*, 1980.

²² Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, vol. I.

de constituir el Acolhuacan, donde otros grupos chichimecas ya se habían infiltrado entre la población tolteca, en diversos puntos de la región ocupada por el caudillo, a la que se llamó *chichimecatlalli*.

En la lámina II del *Códice Xólotl*²³ se registró la llegada de los jefes de los grupos migratorios: Acolhua, de los tepanecas; Chiconcuauh, de los otomíes, y Tzontecoma, de los acolhuas. A este último se le asignó Coatlinchan para su establecimiento, donde le sucedieron en el gobierno su hijo Ítzmil y su nieto Huetzin, a quien Xólotl le otorgó seis pueblos y la provincia de Tepetlaóztoc como tributarios, mismos que durante muchos años le habían servido como vasallos.

En el *Códice Kingsborough* se registró la fundación del pueblo de Tepetlaóztoc por dos guerreros chichimecas; uno de ellos, Hocotochtli, funda la genealogía de gobernantes locales, quienes heredaban el poder a sus primogénitos. El segundo señor, hijo de Hocotochtli, se identifica con el nombre de Tohueyo, pero por los elementos gráficos de su glifo antropónimo es posible suponer que se trate de Yacánex, el caudillo de la gran guerra chichimeca dentro del Acolhuacan.²⁴ La contienda puede sintetizarse como la rebelión de los señoríos de las zonas marginadas del norte y noreste del Acolhuacan contra los del centro y del sur, que controlaban los centros de poder como Huexotla, Coatlinchan y Texcoco, las tierras de la llanura y los aprovisionamientos de agua. También se ha considerado de importancia básica la resistencia de los grupos de cazadores-recolectores a volverse sedentarios, a adoptar la economía agrícola y a aceptar la lengua náhuatl, además de los cambios políticos redundantes en el área. Como es sabido, los rebeldes fueron dominados y se generalizó el proceso de aculturación de los chichimecas del Acolhuacan.²⁵

Después de la muerte de Xólotl y de los sucesivos gobiernos de Nopaltzin y de Tlotzin, se consolida el territorio acolhua en el transcurso de los siguientes reinados, de Quinatzin, Techotlalatzin e Ixtlilxóchitl, quienes otorgaron jerarquía de metrópoli a Huexotla y a Coatlinchan, primero, y finalmente a Texcoco.²⁶

En el caso particular de Tepetlaóztoc, al designarlo tributario de Coatlinchan pasó a formar parte del territorio bajo su control económico y político. Alva Ixtlilxóchitl²⁷ consigna que tributaba conejos y liebres, venados, pieles de fieras y mantas de henequén, en su mayor parte productos característicos de una economía de apropiación.

En la misma época se registra la llegada de diferentes grupos a la cuenca de México: los tlailotlaques y chimalpanecas procedentes de

²³ Dibble, *op. cit.*

²⁴ *Códice Kingsborough*, 1912, foja 3, lámina A.

²⁵ Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, vols. I y II; Dibble, *op. cit.*

²⁶ Alva Ixtlilxóchitl, *Idem.*

²⁷ *Idem.*

la Mixteca, así como los culhuas, mexicas, huitznahuas y tepanecas, distribuidos en cabeceras y sujetos a Texcoco. La llegada de los nuevos pobladores fue determinante en la aceleración de los cambios y contribuyó a la mayor complejidad étnica del Acolhuacan. Sin embargo, en algunos señoríos como Tepetlaóztoc el cambio no invalidó la continuidad de parte de las tradiciones locales.

Palerm²⁸ considera que a finales del mandato de Techotlalatzin se inició un periodo de organización política en el que se sientan las bases de los cambios determinantes ocurridos en la época de Nezahualcóyotl. Para entonces la situación política de la cuenca se había modificado con el advenimiento de los mexicas y la fundación de Tenochtitlan. Contemporáneos a las transformaciones ocurridas en el Acolhuacan, como la declinación de Huexotla y de Coatlinchan, y el engrandecimiento de Texcoco, en Tenochtitlan se sucedieron los gobiernos de Huitzilíhuítl, Chimalpopoca e Itzcóatl, y se originaron los conflictos que culminarían con la guerra de Azcapotzalco.

El triunfo de los mexicas logrado con el apoyo de varios aliados, en particular de Nezahualcóyotl, fue básico para organizar la Triple Alianza, alrededor de 1434, especie de confederación política que reguló la estabilidad de los territorios conquistados, y lograr una estricta organización tributaria, en la que Texcoco quedó como segundo Estado después de Tenochtitlan, y en tercer término estaría Tlacopan.²⁹

Una vez consumada la derrota tepaneca, Texcoco se liberó de su dominio y Nezahualcóyotl regresó a su territorio para iniciar la reorganización del llamado imperio texcocano. Comenzó por otorgar el reconocimiento oficial a los señoríos dependientes de Texcoco, invistiendo como *tlatoani* a cada uno de sus gobernantes: de Chimalhuacán, Huexotla, Coatlinchan, Tepetlaóztoc, Acolman, Tepechpan, Tezoyuca, Chiautla, Teotihuacan y Chiconautla. Alva Ixtlilxóchitl afirma que Nezahualcóyotl mantuvo como pueblos realengos, es decir, a su servicio exclusivo, a Coatépec, Iztapaluca, Papalotla y Xaltocan, entre otros.³⁰

Al referirse a Tepetlaóztoc, el historiador texcocano afirma que a Cocopin lo nombró señor de este pueblo, y más adelante lo menciona entre los seis señoríos más importantes del reino. En el *Códice Kingsborough* también se registraron estas disposiciones, dándoles la mayor importancia; en el texto de la foja 2, lámina 13,³¹ se menciona cómo Nezahualcóyotl

²⁸ Palerm, *Agricultura y civilización...*, 1972.

²⁹ Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, vol. II; Davies, *The Toltec Heritage...*, 1980; Monjarás- Ruiz, *La nobleza mexicana...*, 1980; Torquemada, *Monarquía indiana...*, 1975.

³⁰ Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, vol. II, pp. 89-90.

³¹ *Códice Kingsborough*, 1912, foja 2, lámina A; Valle, *El Códice Kingsborough...*, 1986.

dio la investidura de señor de Tepetlaóztoc a Cocopin, a la vez que le concediera por esposa a su hija Azcasuch.

Al parecer, Tepetlaóztoc constituía una unidad política como cabecera de un conjunto de pueblos sujetos, desde la llegada de los grupos de cazadores-recolectores. Comprendía un territorio definido tributario de Texcoco a partir de que éste le reconoció la categoría de señorío. Al adquirir importancia política es posible que ampliara sus límites y aumentara el número de sus tributarios.

En cuanto a otras medidas socioeconómicas fundamentales llevadas a cabo por Nezahualcóyotl en esa etapa, las fuentes registran³² la organización del imperio en ocho partes o regiones para el pago de tributos, rebasando el ámbito del Acolhuacan, desplazándose a los territorios conquistados por la Triple Alianza que le habían correspondido por su participación y que irían conformando el imperio texcocano.

Con base en esa división se integró la compleja estructura tributaria de la que formara parte Tepetlaóztoc. Se estableció una diferenciación importante entre los señoríos realengos y aquellos que se consideraron tributarios independientes, a los que a su vez se les asignaba una cooperación en concreto, como sujetos de Texcoco.

Estrechamente vinculado a esta organización tributaria, funcionó un sistema de propiedad y uso de la tierra de carácter local y general que al parecer corresponde a la tradición náhuatl, que fuera fundamental en cuanto a la organización social y sus relaciones de trabajo y usufructo. Alva Ixtlilxóchitl incluye la siguiente relación:

- *Tlacotlali* o *tlatocamili*, tierras o sementeras del señor, de 400 medidas por lado.
- *Tecpantlali*, tierras pertenecientes a los palacios y recámaras de los reyes y señores.
- *Calpollali* o *altepetlali*, tierras pertenecientes a los barrios, al pueblo.
- *Pillali*, tierra de los señores antiguos.
- *Yaotlali*, tierras ganadas por guerra.

Respecto a esta última categoría agrega que "... Lo más principal pertenecía a las tres cabeceras del imperio y lo demás que restaba se daba y repartía a los señores y naturales que habían ayudado..."³³

También afirma que Tepetlaóztoc tenía la obligación, junto con otros pueblos, de acudir al *tecpan* de Texcoco durante medio año para el servicio, adorno y limpieza de los palacios del rey, y en la mitad restante la obligación recaía en los pueblos llamados de la llanura.

³² Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, vol. II; Dibble, *op. cit.*; *Códice Quinatzin*, 1885; Torquemada, *op. cit.*

³³ Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, vol. II, pp. 90-91.

En la citada lámina del *Códice Kingsborough* se pintó la relación de los tributos en especie y en servicio personal que se pagaban a Cocopin cada 80 días, su naturaleza y cuantía, así como los topónimos de las estancias que constituían su recámara, o sea de los tributarios del tlatoani. Aquí sólo se da noticia del tributo dentro del señorío; aun cuando se advierte parte de la organización tributaria general, no se hace alusión a los tributos pagados en entidades vecinas o distantes.

El conjunto de estancias, término usado en el documento para designar unidades tributarias, podría haber integrado un *tecpan*³⁴ o una organización similar en torno a la casa señorial, donde se controlaba el usufructo de la tierra, se proveía de alimentos, textiles, otros artículos de primera necesidad y el servicio personal. No se trataba de una entidad territorial del todo homogénea, ya que las estancias variaban en cuanto a su jerarquía política, a la extensión de su territorio, al número de habitantes, calidad de la tierra, etcétera, además de otros factores como las alianzas matrimoniales o la asignación de tierras en pago a la participación en la guerra de conquista.

En otro renglón económico, es sabido que Nezahualcóyotl fomentó el desarrollo de las artes y organizó en barrios de artesanos a la ciudad de Texcoco, barrios que en varios casos estaban ligados a grupos étnicos establecidos en el Acolhuacan en diferentes momentos históricos. Es posible que esta política se hiciera extensiva a los señoríos dependientes con variantes impuestas por las tradiciones locales. En Tepetlaóztoc algunos topónimos como Culhuacan, Yopico, Tlihuacan, indican la presencia de otros tantos grupos ahí establecidos.³⁵

Coincidiendo con los datos de la arqueología,³⁶ que consideran el mayor desarrollo de Tepetlaóztoc durante el Posclásico tardío, junto con Chimalhuacán Atenco en el extremo sur del Acolhuacan, los datos documentales registran su desarrollo como capital de provincia a mediados del siglo xv. En las primeras décadas del xvi se había consolidado su importancia económica y política entre los señoríos acolhuas, como resultado de su transformación de zona marginada poblada por grupos de cazadores-recolectores a la de un señorío en desarrollo, con agricultura de regadío, explotación integral del bosque, incremento de industrias como la textil y la lapidaria, así como la probable especialización de algunas artes suntuarias como la orfebrería y la plumaria. Bajo el control texcocano, Tepetlaóztoc mantenía una estabilidad política basada, en el interior, en la sucesión consanguínea de los gobernantes, apoyados por el grupo de 20 principales de la nobleza local a quienes se pagaban tributos.

³⁴ Carrasco, *La economía del México prehispánico...*, 1978.

³⁵ *Códice Kingsborough*, 1912; Valle, *op. cit.*

³⁶ Parsons, *op. cit.*

Es sabido, por testimonio de Hernán Cortés y por otras fuentes escritas,³⁷ que Texcoco tuvo una actitud colaboracionista con los españoles en la etapa inicial de la conquista, situación favorecida por la ya para entonces resquebrajada relación entre las metrópolis de la Triple Alianza.

Después de los sucesos conocidos como la Noche Triste y de la retirada de los ejércitos conquistadores por Tacuba y Cuautitlan hacia Tlaxcala, Bernal Díaz del Castillo relata un acontecimiento que tal vez estuviera relacionado con Tepetlaóztoc. Afirma que varios indígenas pertenecientes a un pueblo llamado *Tepetezcuco* o *Tepezcuco*, en unión con otros de Xaltocan y Otumba, se dieron en señal de paz a Hernán Cortés.³⁸

Las variantes de la ortografía del nombre del pueblo no nos permiten asegurar que se trate de Tepetlaóztoc, pero el hecho de mencionarlo en relación con pueblos vecinos del área le confiere mayor probabilidad de certeza.

Después de la caída de Tenochtitlan, cuando Cortés diera los primeros pasos para organizar el orden novohispano, confirió especial importancia a la encomienda de indios ya iniciada anteriormente como recompensa para los conquistadores que tomaran parte en el derrocamiento de la capital mexicana.

La historia de la encomienda de Tepetlaóztoc registrada en el *Códice Kingsborough* transcurre aproximadamente de 1523 a 1554. Por lo tanto es contemporánea a la etapa del gobierno de Hernán Cortés; a la incursión irregular de los oficiales reales; a la instauración de la Primera Audiencia encabezada por Nuño de Guzmán, quien le otorgara la encomienda de Tepetlaóztoc a Gonzalo de Salazar; a la etapa de la Segunda Audiencia y su labor legislativa; al inicio del Virreinato y a la llegada de don Antonio de Mendoza; al transcurso de su gobierno y a los años iniciales de la administración de Luis de Velasco.

Las instituciones, leyes y ordenanzas creadas *a posteriori* contribuyen a organizar las Indias con un sentido unificador. La creación de la Casa de Contratación de Sevilla del Consejo de Indias y las numerosas leyes dictadas en este tiempo tenderían a reforzar la política absolutista real.

A la caída de Tenochtitlan, Hernán Cortés se vio obligado a pagar las riquezas prometidas a los conquistadores de la Nueva España. El botín logrado no alcanzó la cuantía esperada y había que repartirlo entre el rey, como principal beneficiario, el propio capitán general y por último las huestes, de acuerdo con los elementos materiales que hubieran aportado:

³⁷ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, 1974; Cortés, *Cartas y documentos*, 1963.

³⁸ *Idem*.

armas, cabalgaduras, aperos, alimentos, etcétera. Para equilibrar la situación surgieron otro género de recompensas como las mercedes de tierras, los títulos nobiliarios, los cargos públicos y la encomienda, que otorgaba el usufructo de los tributarios en especie y en servicio personal.

En 1523 y 1525 se llevaron a cabo los primeros repartos de encomiendas estando vigentes las Ordenanzas de Buen Gobierno expedidas por Hernán Cortés. En la relación de la encomienda de Tepetlaóztoc registrada en el *Códice Kingsborough* se pintaron los tributos pagados al marqués del Valle, su primer encomendero, consistentes principalmente en importantes cantidades de oro, no obstante haberlo prohibido el propio conquistador; piezas de orfebrería, tejos de oro de formas irregulares, textiles suntuarios y maíz, en cantidades considerables.

Cuando el veedor Perálmindéz Chirinos y el factor de la Real Hacienda, Gonzalo de Salazar, tomaron el poder en ausencia del conquistador, la encomienda de Tepetlaóztoc pasó a manos de Diego de Ocampo. Como es sabido, los oficiales reales siguieron la política de despojar a Cortés de sus posesiones, y después de un año la encomienda pasó a ser de Miguel Díaz de Aux, quien había llegado entre las huestes de Grijalva y se había distinguido en las campañas de la conquista del Pánuco.

En ambos casos los tributos en oro se redujeron y el resto de los tributos en especie se mantuvieron con pocas variantes, pero en el año correspondiente a Díaz de Aux, el servicio personal prestado por indios principales y maceguales de Tepetlaóztoc se destinó a explotar la minopiedad del encomendero. Además, la comunidad proporcionó los alimentos para los trabajadores y el transporte de herramientas y aperos hasta la mina, distante alrededor de 35 leguas del pueblo.³⁹

El regreso de Hernán Cortés de su viaje a Honduras coincidió con el usufructo anual del tercer encomendero y no se hizo esperar el derrocamiento de los oficiales reales y la prisión de Gonzalo Salazar. En breve se tuvo noticia del arribo de los jueces enviados por el rey a tomar residencia a Cortés, contra quien se habían presentado numerosas acusaciones en la corte. Por muy poco tiempo asumió el poder Alonso de Estrada y con él volvió a ocupar posiciones privilegiadas el grupo enemigo del conquistador.

Una vez liberado Gonzalo de Salazar, consiguió el usufructo de la encomienda de Tepetlaóztoc, según consta en el documento del Archivo General de Indias de Sevilla, ramo Justicia, expediente 108, fechado en 1528. Durante el mismo año arribaron a la Nueva España el presidente y los oidores de la Primera Audiencia, de la que fuera consejero el factor Gonzalo de Salazar, ya para entonces encomendero de Tepetlaóztoc.

³⁹ *Códice Kingsborough*, 1912.

El tener ese cargo y contar con la amistad personal de Nuño de Guzmán permitió a Salazar reivindicarse y participar en la vida política de la Colonia,⁴⁰ circunstancias que le fueron favorables para conseguir el usufructo de otras encomiendas y adoptar actitudes de personaje influyente.

La Primera Audiencia tuvo como misión importante el llevar a cabo la residencia de Hernán Cortés, y en general los funcionarios atendieron más a sus intereses personales que a los problemas de la administración. Sin embargo por ese entonces fray Juan de Zumárraga llevó a cabo las primeras tasaciones en diferentes pueblos, ponderando las posibilidades de las comunidades como base para fijar los tributos.⁴¹ También en 1528 fueron dictadas las Ordenanzas del emperador don Carlos, en su mayor parte tendientes a resolver la problemática generada en torno a la encomienda.

Con el advenimiento de la Segunda Audiencia se dio una nueva orientación a las normas que favorecían a los indios. La aseveración de "diezmos a dios y tributos al rey" revelaba el carácter del tributo proveniente de los indios en su condición de vasallos libres. Ramírez de Fuenleal, experimentado conocedor de las Indias, abundó en el tema al dedicar especial atención al problema de la encomienda, y de hecho las reglamentaciones propuestas durante su gobierno habrían de conjuntar los rasgos básicos de la encomienda que más tarde se continuaron aplicando.

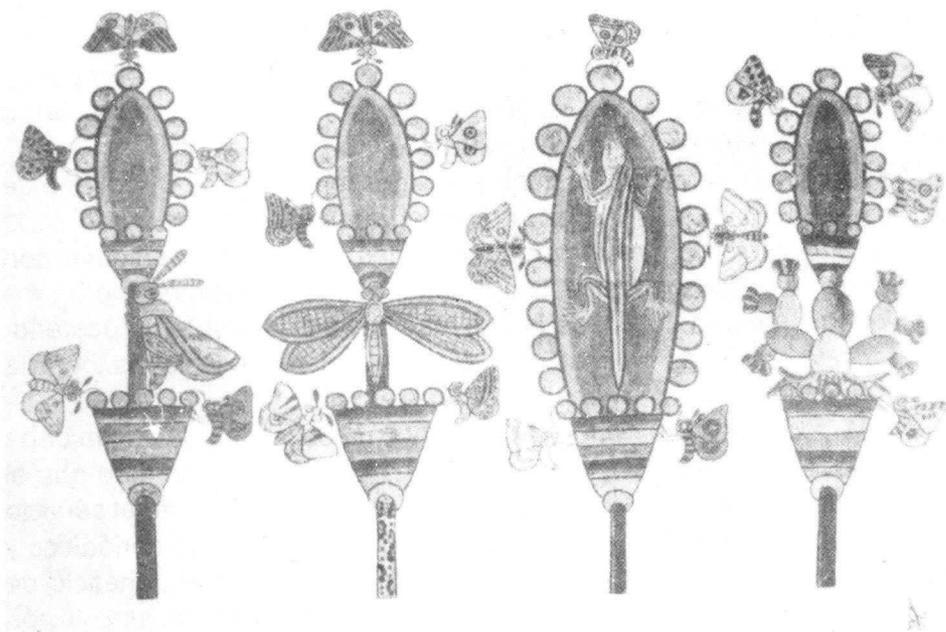
Durante los años que gobernara la Segunda Audiencia, en Tepetlaóztoc se pagaron tributos cuantiosos en oro, piezas de orfebrería, tejuelos, mantas de plumas y penachos orlados de rodellitas de oro. También en esos años se registraron los tributos más cuantiosos en maíz y textiles, y además Gonzalo de Salazar estableció el servicio cotidiano en alimentos y servicio personal, que durante varios años se pagó todos los días en cantidades mayores a las requeridas para el sostenimiento personal del encomendero. Los tributos del cuarto y octavo años de la encomienda fueron especialmente onerosos para la comunidad, dado que Salazar, con el pretexto de realizar un viaje a España que habría de durar varios años, les impuso tributos extraordinarios en objetos suntuarios de joyas y plumería.

A su regreso a la Nueva España, alrededor de 1538, ya se encuentra instaurado el virreinato y don Antonio de Mendoza ha puesto en marcha disposiciones reales que en lo general tendieron a subordinar los intereses señoriales de los encomenderos a los intereses de la corona. Sin embargo fueron frecuentes casos semejantes en que los encomenderos, a menudo usufructuarios de varias encomiendas, eran además funcionarios novohispanos, contraviniendo las disposiciones reales que lo prohibían.⁴²

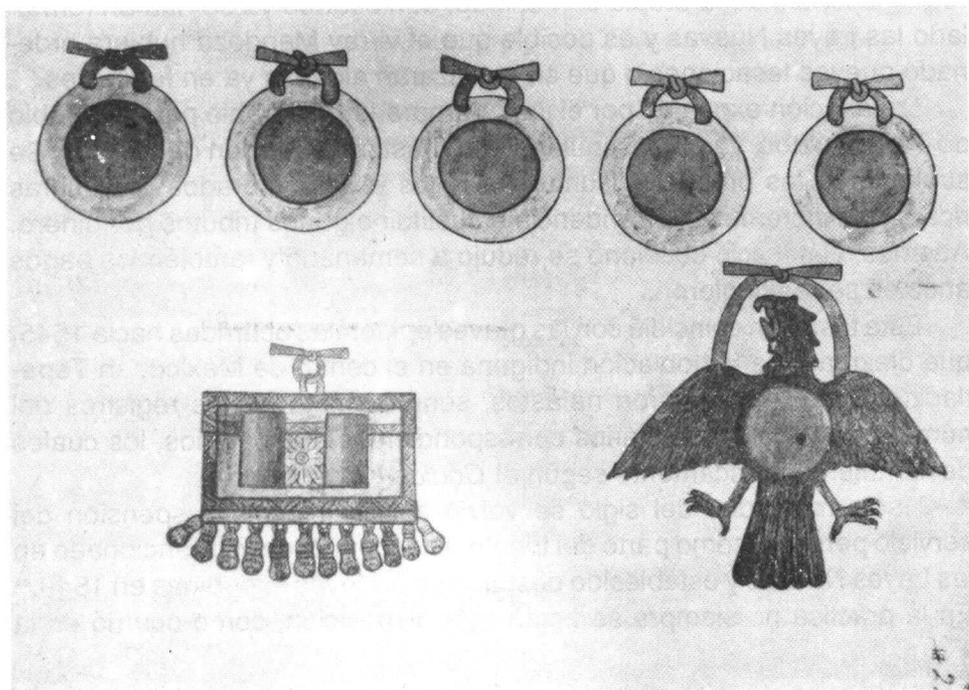
⁴⁰ *Guía de las Actas del Cabildo...*, 1970; Gibson, *Los aztecas bajo el dominio...*, 1967; Herrera y Tordesillas, *Historia general de los hechos de los castellanos...*, 1934; Torquemada, *op. cit.*, 1977.

⁴¹ Miranda, *El tributo indígena...*, 1980; Zorita, *Los señores de la Nueva España*, 1963.

⁴² Zavala, *La encomienda...*, 1935.



Códice Kingsborough, foja 26, lámina A. Penachos de plumas y rodelitas de oro, parte del tributo del séptimo al octavo años de la encomienda de Salazar.



Códice Kingsborough, foja 18, lámina A. Cinco espejos y dos piezas de orfebrería, tributos pasados al encomendero Gonzalo de Salazar.

A partir de la tercera década colonial es difícil deslindar los intereses de la Corona, de los funcionarios y de los intereses señoriales. Los enfrentamientos en cuanto a proposiciones, demandas, acciones y posturas ideológicas relativas a la perdurabilidad de la encomienda se dieron entre los diferentes sectores de la metrópoli y de las Indias.

Es sabido que la obra y las constantes gestiones de fray Bartolomé de las Casas⁴³ tuvieron tal resonancia que lograron cambiar posturas de la Corona en relación con el tratamiento de los indios y en particular con la vigencia de la encomienda. Los resultados más evidentes fueron los cuestionamientos en contra de las Leyes Nuevas de 1542 y la posterior derogación de algunas de ellas, con lo que el obispo de Chiapas lograría contener los intereses privados del sector señorial.

En el *Códice Kingsborough* no se menciona el destino que se le daba a la mayor parte del tributo, pero por su cuantía es de suponerse que el encomendero lo enajenaba en los mercados locales. Respecto al servicio personal y los excedentes del servicio cotidiano y de tributos periódicos y eventuales, sólo en parte consta que lo administraba en el beneficio de molinos y batanes, ya fuera en lugares distantes o en la jurisdicción de Tepetlaóztoc.

La primera tasación registrada en este código fue llevada a cabo por el juez Pedro Vázquez de Vergara en 1534/1545 y pareció responder a requerimientos de la propia comunidad, aun cuando ya se habían formulado las Leyes Nuevas y es posible que el virrey Mendoza hubiera ordenado nuevas tasaciones o que se legalizaran algunas ya en funciones.

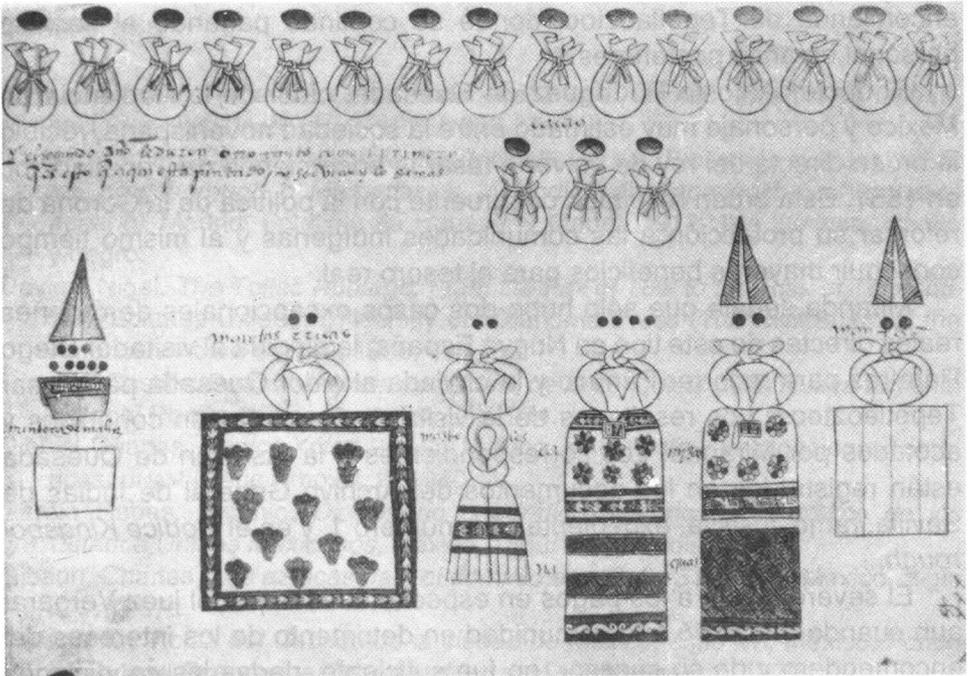
La tasación expedida por el juez Vergara fue favorable para el pueblo de Tepetlaóztoc, ya que estipulaba una drástica reducción de tributos. Se suprimieron los productos suntuarios y los textiles labrados y de fibras ricas, y se incrementó la tendencia a sustituir algunos tributos por dinero. Además, el servicio cotidiano se redujo a semanario y también los pagos anuales se restringieron.

Esta tasación coincidió con las graves epidemias ocurridas hacia 1545, que diezmaron a la población indígena en el centro de México; en Tepetlaóztoc los efectos fueron nefastos, según consta en los registros del número de vasallos tributarios correspondientes a esos años, los cuales descendieron bruscamente según el *Códice Kingsborough*.

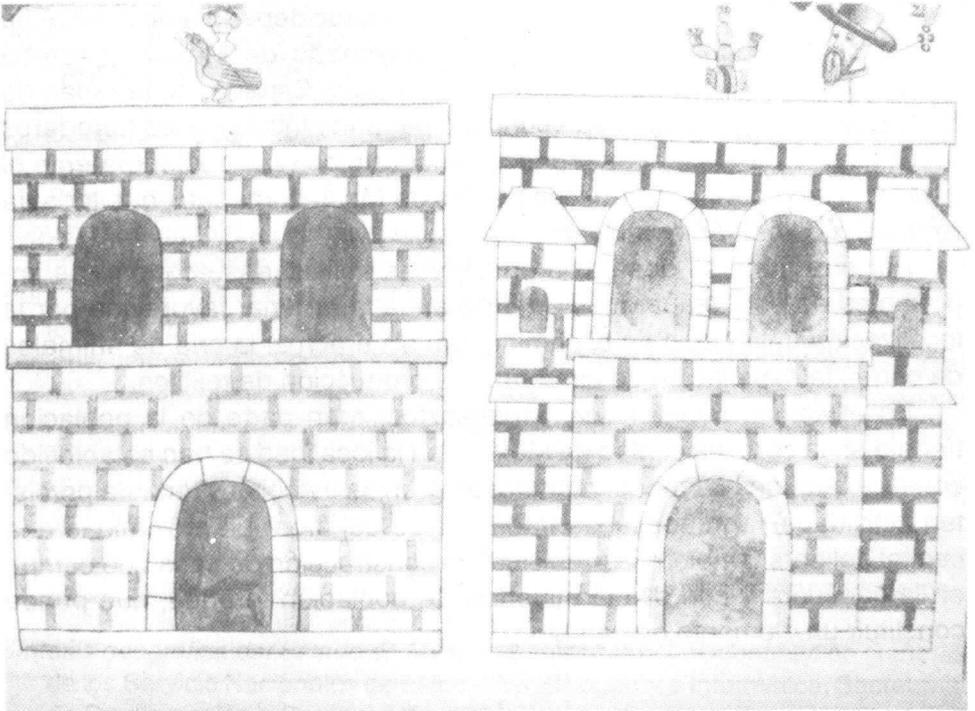
Hacia mediados del siglo se volvió a insistir en la suspensión del servicio personal como parte del tributo de encomienda ya mencionado en las Leyes Nuevas y establecido después en las leyes expedidas en 1549.⁴⁴ En la práctica no siempre se acató esta disposición, como ocurrió en la

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ Miranda, *op. cit.*; Zavala, *op. cit.*



Códice Kingsborough, foja 15, lámina A. Tributo en cacao, textiles y maíz. Encomienda de Gonzalo de Salazar.



Códice Kingsborough, foja 41, lámina B. Casas construidas en Cuzcacauhco y en Tenochtitlan para el encomendero Salazar.

encomienda de Tepetlaóztoc, donde se continuó pagando el servicio personal en años posteriores.⁴⁵

El doctor Antonio Rodríguez de Quesada, oidor de la Audiencia de México y personaje muy estimado entre la sociedad novohispana, recibió la orden directa del rey de volver a tasar la encomienda de Tepetlaóztoc en 1551. Esta orden resultaba congruente con la política de la Corona de reforzar su protección a las comunidades indígenas y al mismo tiempo conseguir mayores beneficios para el tesoro real.

Miranda señala que sólo hubo dos casos excepcionales de órdenes reales directas de este tipo en Nueva España, la dirigida al visitador Diego Ramírez para recorrer Pánuco y la enviada al oidor Quesada para tasar Tepetlaóztoc.⁴⁶ Los resultados de la visita de Ramírez son conocidos y acotados por Miranda. Los correspondientes a la tasación de Quesada están registrados en los documentos del Archivo General de Indias de Sevilla, ramo Justicia, expediente 151, número 1, y en el *Códice Kingsborough*.

El severo ajuste a los pagos en especie tasados por el juez Vergara, aun cuando favoreció a la comunidad en detrimento de los intereses del encomendero y de su sucesor, no fue suficiente, dadas las condiciones económicas del pueblo. El litigio entre ambas partes se prolongó todavía por algunos años, durante el gobierno del virrey Luis de Velasco.

En la segunda mitad del siglo xvi, Tepetlaóztoc dependía de la Alcaldía Mayor de Texcoco, correspondía al Arzobispado de México y estaba incluido en la Provincia de Santiago de la Nueva España, de la orden de Santo Domingo. La comunidad continuó pagando tributos a los herederos de Gonzalo de Salazar hasta principios del siglo xvii, y posteriormente el usufructo se otorgó a los descendientes de Moctezuma, quienes todavía recibían tributos de Tepetlaóztoc en el siglo xviii.

Por otra parte se desarrollaron diversas actividades económicas importantes en esta etapa; tuvo un gran auge la arriería, favorecida por la localización del pueblo en el camino real a Veracruz; la cría de animales de corral, la explotación de canteras y la producción de textiles.

En el actual municipio de Tepetlaóztoc, gran parte de la población trabaja en la cercana ciudad de México; en la localidad se han establecido con éxito algunas factorías, numerosas granjas avícolas y todavía persisten actividades agropecuarias tradicionales del área. La proximidad a la capital del país también ha propiciado la construcción de casas de campo en la cabecera y con ello la afluencia de población foránea, que puede constituir un elemento de cambio.

⁴⁵ *Códice Kingsborough*, 1912; Valle, *op. cit.*

⁴⁶ Miranda, *op. cit.*

Bibliografía

- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando, *Obras históricas*, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1975/1977.
- Cortés, Hernán, *Cartas y documentos*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa), 1963. *Códice Kingsborough o Memorial de los indios de Tepetlaóztoc al monarca español*, Madrid, Fototipia de Hausser y Menet, 1912, 144 láminas, blanco y negro.
- Davies, Nigel, *The Toltec Heritage, From the Fall of Tula to the Rise of Tenochtitlan*, Estados Unidos, University of Oklahoma Press (The Civilization of the American Indian Series), 1980, vol. 153.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa ("Sepan cuantos..."), 1974.
- Dibble, Charles, *Códice Xólotl*, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM (Serie Amoxtlí, I), 1980.
- García Cubas, Antonio, *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, México, 1889/1891, 5 vols.
- Gibson, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519/1810*, México, Siglo XXI, 1967.
- Guía de las Actas del Cabildo de la ciudad de México, siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica/Departamento del Distrito Federal, 1970.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, 5 vols., Madrid, Academia de la Historia, 1935/1936.
- Miranda, José, *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI*, México, El Colegio de México (Nueva Serie, 32), 1980.
- Monjarás-Ruiz, Jesús, *La nobleza mexicana: surgimiento y consolidación*, México, Edicol (Ciencias Sociales), 1980.
- Monografías municipales del Estado de México. Tepetlaóxtoc de Hidalgo*, México, Estado de México, 1978.
- Noguera, Eduardo, *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1965.
- Palerm, Ángel, *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, México, SEP (SepSetentas, 12).
- Parsons, Jeffrey, "Patrones de asentamiento prehispánicos en la región texcocana", *Boletín*, núm. 35, México, INAH, 1969.
- Piña Chán, Román, *Mesoamérica. Ensayo histórico cultural*, México, INAH (Serie Memorias, VI), 1960.
- Piña Chán, Román, *El Estado de México antes de la conquista*, México, Dirección de Difusión Cultural, Universidad Autónoma del Estado de México, 1975.
- Pomar, Juan Bautista de, "Relación de la ciudad y provincia de Texcoco", *Relaciones geográficas del siglo XVI*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, vol. III, 1986.
- Síntesis geográfica del Estado de México*, 2 vols., México, Coordinación General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1981.
- Torquemada, Juan de, *Monarquía indiana. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerra de los indios occidentales, de sus*

poblaciones, descubrimientos, conquista, conversión, y otras cosas maravillosas de la misma tierra, 7 vols., México, IIH, UNAM (Serie Historiadores y cronistas de Indias, 5), 1975/1984.

Valle, Perla, "*El Códice Kingsborough*, análisis etnohistórico de una fuente pictográfica del siglo XVI", tesis de maestría, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH, México, 1986.

Zavala, Silvio, *La encomienda indiana*, Madrid, Junta para la ampliación de estudios e investigaciones científicas, Centro de Estudios Históricos, 1935.

Zorita, Alonso de, *Los señores de la Nueva España*, México, UNAM (Biblioteca del estudiante universitario, 32), 1963.

La triste suerte de los escritos de los frailes en el siglo XVI. El caso de Sahagún

Doris Heyden

Cristóbal Colón llegó a las tierras que se iban a llamar América a finales del siglo xv, pero no sería sino hasta el xvi cuando en el Nuevo Mundo sucederían cosas muy interesantes. Este trabajo no tiene como fin discutir acerca de la conquista —el hallazgo, el encuentro— de América por España. Con la conmemoración, en 1992, del quinto centenario de la hazaña de Colón, hecho que cambió gran parte del mundo, han proliferado los estudios que lo halagan o lo condenan, que señalan los beneficios o las desventajas que fueron resultado del descubrimiento, en ambos lados del mar. Dichos estudios se ocupan de los cambios en la historia, la política, la organización social, la economía, la ideología y la alimentación. Estimulados por este aniversario, algunos grupos han protestado contra lo que llaman invasión europea y han resaltado sus raíces americanas.

En fin, se ha escrito tanto sobre el encuentro de los dos mundos que aquí me limitaré a narrar las vicisitudes sufridas por los frailes misioneros que vinieron de España con el fin de evangelizar a los indígenas de estas tierras. Me referiré a las tres órdenes mendicantes de la primera mitad del siglo xvi, pero básicamente a Bernardino de Sahagún, franciscano, y a Diego Durán, dominico.

Los primeros 12 franciscanos llegaron a México en 1524; los dominicos, también 12, en 1526, y los agustinos en 1533, en tanto que en 1572 arribaron los primeros religiosos de la Compañía de Jesús. Hernán Cortés desembarcó en la costa del Golfo en 1519, y en 1523 Pedro de Gante, franciscano, se estableció en México, así que en realidad los franciscanos empezaron su labor desde esa fecha. La mayoría de los soldados de Cortés eran hombre rudos, interesados en hacer fortuna en este nuevo mundo, pero algunos se convirtieron en frailes; entre ellos se hallaban Alonso de Aguilar, dominico, y cinco soldados que entraron en la orden franciscana. El mismo Cortés, un militar a veces cruel, político astuto, egoísta y codicioso, un hombre sin escrúpulos, fue sin embargo profundamente religioso y siempre llevaba consigo un estandarte con la imagen de la virgen María, como señala Robert Ricard en su estupendo libro *La conquista espiritual de México* (Jus, 1947).

El fin de la conquista, como sabemos, no fue solamente obtener nuevos territorios, nuevas riquezas, nuevos mercados, sino evangelizar a los indígenas americanos. Las instrucciones de la Iglesia fueron, según Ricard, “servir a Dios y hacer conocida la fe cristiana... [y] hay que estudiar la religión de los nativos, si es que tienen alguna, y hacer una relación detallada de ella”. Se pensaba que la gente de estas tierras vivía en la oscuridad y necesitaba que la alumbrara la Iglesia católica. Cortés mismo pidió a la Corona española que mandara evangelizadores y por eso vinieron las tres primeras órdenes. Los jesuitas llegaron hacia fines del siglo xvi, con el objeto principal de dedicarse a la educación y el mejoramiento de la sociedad, tanto en el terreno espiritual como en el material, mayormente con la población criolla, por lo que en este trabajo no hablaremos de ellos.

Desde su llegada a México, los religiosos se enfrentaron a muchos obstáculos. Ricard describe lo que debió haber sido una aventura llena de penurias para esos hombres; en primer lugar, la travesía en barco desde España no era un viaje de placer, y desde el momento en que tocaban tierra en Ulúa encontraban un clima caluroso y húmedo, difícil de soportar, además de todo tipo de insectos. Después viajaban, casi todo el tiempo a pie, a las tierras altas, donde los cambios de temperatura de templado a frío los exponían a muchos males. Subían montañas y cruzaban ríos; Motolinía, uno de los primeros franciscanos, cuenta que cruzaron 25 corrientes en sólo 10 kilómetros. Cuando no estaban batallando contra la geografía y los elementos, como la lluvia, las heladas o el sol quemante, se enfrentaban con víboras, insectos, animales feroces, hambre, sed y con indígenas por lo regular hostiles. No todos sobrevivieron; dos religiosos que acompañaron a Pedro de Gante fallecieron al principio de la conquista.

Sin embargo, los hombres cuya meta era cristianizar a los indios se internaban en el país y se dedicaban a su tarea. Su método era diferente del de Cortés, quien arrojaba las figurillas religiosas indígenas —los ídolos— al suelo, pensando que así también destruía las creencias “paganas” de los naturales. Fray Bartolomé de Olmedo, quien acompañó a Cortés, varias veces le pidió moderación, y en Cholula evitó que destruyera las imágenes. Él afirmaba que con el uso de la fuerza se perdería lo más por lo menos, por lo que se dedicó a explicar a la gente los beneficios del cristianismo, lo negativo de los sacrificios humanos y de otras costumbres que los europeos se negaban a aceptar.

En los primeros días, seguramente Olmedo predicaba con intérpretes que se habían unido a los españoles. No sabemos si sus palabras tuvieron mucho efecto en la población nativa, pero pronto sintió la necesidad de aprender las lenguas de los naturales para poder comunicarse con ellos; sólo entonces se logró una interacción real, cuando los indígenas se dieron cuenta —por haberlo oído en su propio idioma— que los cristianos querían

entenderlos, no dominarlos. Más tarde, este acercamiento al pueblo, el apoyo que dieron los frailes mendicantes, la actitud paternal que tuvieron, complicaron los problemas de los religiosos con la Corona. Años después, Diego Durán, quien llegó a México siendo niño, hacia 1537, dijo que ni los religiosos (se refería a los clérigos seculares) ni los demás españoles podrían entender a la gente ni cosechar los frutos de sus enseñanzas sin un buen conocimiento de las lenguas. No bastaba, insistía, con aprender a decir una cuantas palabras para oír confesión, como por ejemplo saber que en náhuatl *tleitoca* significa “¿qué es esto?”, o *huallaz*, “vendrá, ya llegará”. Algunas frases aprendidas por los soldados españoles eran tan vulgares que tuvieron un efecto opuesto a lo que se buscaba, pues disgustaron a los indígenas y hasta los hicieron reírse de ellos.

Entre los muchos hombres que dedicaron su vida a la cristianización de los indígenas y al mismo tiempo a entender su mundo destacan el franciscano Bernardino de Sahagún y el dominico Diego Durán. En este trabajo nos referiremos únicamente a ellos dos.

Fray Bernardino de Sahagún

Su obra sobre todos los aspectos de la vida de los mexicas resulta enciclopédica; es nuestra fuente más importante. Decía que para llevar a cabo la evangelización —la meta de los frailes en América— era necesario entender perfectamente las culturas indígenas, sobre todo la religión. Afirmaba que un médico no puede curar una enfermedad sin conocer sus causas.

Bernardino de Ribeira, nacido en 1499 en la villa de Sahagún, España, cambió su apellido por el nombre de su ciudad natal cuando ingresó con los franciscanos. Estudió en la Universidad de Salamanca y entró a la orden hacia 1516; en 1529 pasó a la Nueva España con fray Antonio de Ciudad Rodrigo y otros 19 religiosos. Desde el principio se dedicó a aprender la lengua mexicana; residió en Tlalmanalco y cuando vivía allí ascendió al Popocatepetl y al Iztaccíhuatl. En 1536 se incorporó al Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, que acababa de fundarse, donde enseñó latín y otras materias; permaneció en él varios años. En 1546 lo alcanzó la terrible peste, a causa de la cual hubo de enterrar “más de diez mil cuerpos”; contagiado por la enfermedad, Sahagún fue al Convento Grande de México para curarse.

En 1547 fray Toribio de Benavente, Motolinía, estaba al frente de la orden franciscana; él fue quien mandó a Sahagún a reunir datos sobre las cosas del México antiguo. Hacia 1548 o 1550, Sahagún estaba reuniendo material en Tepepulco, cerca de Texcoco. Unos siete años más tarde el provincial de los franciscanos, fray Francisco de Toral, le reiteró el mandato

de que redactara su *Historia* en lengua náhuatl. En 1560 estaba en Tlatelolco, cinco años más tarde en el convento de San Francisco el Grande, y en 1572 otra vez en Tlatelolco. En 1590 murió en el convento franciscano de la ciudad de México y, según Mendieta, fue enterrado allí. (Su biografía completa se encuentra tanto en la edición de su *Historia* de 1938, escrita por W. Jiménez Moreno, como en la edición de 1969, preparada por Ángel Ma. Garibay K. para Porrúa.)

En el prólogo del libro 2 de su *Historia general de las cosas de Nueva España*, Sahagún describe cómo trabajó: "... [esta obra] a mí me fue mandado por santa obediencia de mi prelado mayor, que escribiese en lengua mexicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristianidad, de estos naturales de esta Nueva España...". Entonces hizo una minuta en lengua castellana de lo que debía tratar en 12 libros. En Tepepulco se juntó con los principales, siendo el señor del pueblo Diego de Mendoza, y les explicó su propósito pidiéndoles la ayuda de personas hábiles y experimentadas. Al otro día le trajeron diez o doce ancianos, más cuatro hombres a quienes Sahagún había enseñado latín en Tlatelolco y que él llamó gramáticos.

Sigue diciendo Sahagún: "Todas las cosas que conferimos me las dieron por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban, y los gramáticos les declararon en su lengua, escribiendo... al pie de la pintura". Dictó la apostilla y los cantares a los latinos en ese idioma. De regreso a Tlatelolco trabajó con varios principales, "muy hábiles en su lengua y en las cosas de sus antiguallas", y con unos cinco colegiales trilingües.

La tercera versión manuscrita de la obra la realizó en el convento de San Francisco de México, donde durante tres años la revisó, dividiéndola en libros y capítulos. Unos escribas mexicas la pasaron en limpio, "de buena letra... todos expertos en tres lenguas, latín, español, e indiana". Estos ayudantes también corrigieron algunos datos mientras iban transcribiéndolos.

En algún momento, sin embargo, le retiraron al fraile el dinero para los escribanos y él tuvo que pasar en limpio los trabajos, tarea que resultaba casi imposible por la avanzada edad del franciscano, quien tenía a la sazón más de setenta años y ya no controlaba su pulso. Pasaron cinco años en que no se hizo nada; más tarde, el provincial fray Alonso de Escalona le ayudó y pudo hacer un sumario de los 12 libros, el cual fue llevado a España por el padre Miguel Navarro y fray Gerónimo de Mendieta. Cuando llegó a México como comisario general de la orden franciscana, fray Rodrigo de Sequera mandó que retradujeran los 12 libros al español y se dispusieran en dos columnas, una en romance y otra en lengua mexicana. El presidente del Consejo de Indias, Juan de Ovando, había conocido el sumario en España y apoyó a Sahagún, pero murió y de nuevo todo quedó pendiente.

Sahagún escribió muchas obras, grandes y pequeñas, pero la más conocida, la *Historia general de las cosas de Nueva España* se encuentra en distintos manuscritos en bibliotecas de España e Italia. Los cuatro volúmenes del texto en náhuatl y castellano los llevó fray Rodrigo de Sequera a España en 1580 y fueron reencuadrados en tres tomos en Europa; actualmente están en la Biblioteca Medicea Laurenziana de Florencia (Ms. 218-220 de la Colección Palatiana) y se les conoce como *Códice Florentino*. Una edición facsimilar de éste, con un estudio de José Luis Martínez, fue publicado por el Archivo General de la Nación de México en 1982, y una traducción del náhuatl al inglés, hecha por Arthur J.O. Anderson y Charles E. Dibble, fue publicada en 12 tomos por la School of American Research y The University of Utah, de 1950 a 1982. Los *Memoriales* y la primera versión de la *Historia* se encuentran en Madrid, en la Biblioteca del Palacio Real y en la Real Academia de la Historia; ahora se les conoce como *Códices matritenses*.

Fray Diego Durán

Mucho se ha escrito sobre Sahagún y los franciscanos, sin embargo, de Diego Durán, dominico, se sabe menos. Hay algunas biografías parciales, por ejemplo, Fernández del Castillo, 1925; Sandoval, 1945; García Martínez, 1966. Existe un estudio importante sobre la obra de Durán (Colston, 1973, inédito), y el más completo en español lo hizo Garibay en la introducción a la obra del dominico en 1967, aunque no estamos de acuerdo con algunas de sus ideas.

Hasta ahora la biografía más confiable de Durán, que comprende una cronología de los conventos dominicos, se encuentra en la traducción al inglés del libro de los dioses, ritos y calendario, hecha por Fernando Horcasitas y Doris Heyden en 1971. Otra traducción al inglés de la *Historia*, con un estudio más amplio sobre Durán, también de Heyden, se publicó en 1994.

Diego Durán, nacido en España en 1537, llegó a la Nueva España con sus padres cuando tenía alrededor de siete años. En un documento del ramo Inquisición, en el Archivo General de la Nación, el fraile afirma que nació en Sevilla, y en su *Historia*, tomo II, dice que aunque "... no me nacieron allí los dientes [en Texcoco], vénelos allí a mudar". Nada sabemos de su familia, tan sólo que se instaló en Texcoco, pero, al contrario de lo que dicen Garibay y otros historiadores, no era gente humilde, ya que menciona que había sirvientes marcados con hierro de esclavos en las casas de sus parientes, y debe recordarse que únicamente con cierta posición social y económica se podía contar con servidumbre. Otro indicio de que no provenía de familia humilde es la constante mención en su obra

de la gran “pulicía” en esa ciudad y el hecho de que allí se hablaba el náhuatl más refinado del país. Esto nos hace pensar que estudiaba en alguna escuela de Texcoco y que sus compañeros eran hijos de familias mexicanas acomodadas. Aprendió el náhuatl en Texcoco, desde pequeño, y cuando tenía unos 12 años se fue con sus padres a vivir a la ciudad de México. En 1556 entró a la orden dominica como novicio.

Fray Domingo de Betanzos, el primer provincial de la orden, nombrado en 1535, había creado residencias en algunos pueblos indígenas, ya que desde 1526 una cédula de Carlos V los autorizó para predicar en esas zonas rurales. Los primeros conventos dominicos se establecieron en 1530 y un poco más tarde se encontraban en Oaxtepec, Chimalhuacán-Chalco, Coyoacán y Oaxaca (Antequera). En 1532 se decretó en Roma que la provincia de Santiago, ubicada en Antequera, incluiría las diócesis de Tlaxcala, Michoacán, Yucatán y Chiapa. En 1561 fray Diego Durán recibió la orden de pasar a Oaxaca; sin embargo, nunca se le menciona entre los dominicos que trabajaron allí, y en uno de sus libros él dice haber preguntado a un español, que había estado en la zona zapoteca, cómo era esa región, de lo que concluimos que dicha orden no fue obedecida.

Donde residió y trabajó más tiempo fue en el Marquesado, ahora estado de Morelos, que consideraba una de las tierras “más bellas y deleitosas del mundo”. Estuvo en Oaxtepec, y luego, como vicario, en Hueyapan, en las faldas del Popocatepetl.

En esta parte de Nueva España, y con su conocimiento del náhuatl, Durán encontró una gran riqueza de datos e informantes nativos. Igual que los otros mendicantes, había recibido el mandato de escribir una historia completa de la vida, costumbres y creencias de los mexicanos, con el fin de conocerlos bien y poder extirpar “las diabluras” y reemplazarlas con la fe cristiana. Su manera de trabajar fue diferente y más informal que la de Sahagún; tal vez por no haber estudiado en Salamanca, le faltó la disciplina que caracterizó al franciscano.

Por lo que podemos ver, Durán no trabajó con un cuestionario ni hizo un borrador de cierto número de capítulos; andaba de pueblo en pueblo buscando “pinturas” —documentos pictóricos originales, es decir, códices— e información que le proporcionaba la gente en su idioma. Una de sus metas era encontrar documentos escritos en hebreo, porque, igual que otros de su tiempo, estaba convencido de que los mexicanos eran la tribu perdida de Israel.

También pensó que Topiltzin-Quetzalcóatl podía haber sido santo Tomás y con esa idea rastreó papeles, que seguramente eran códices, que creyó probarían su teoría, pero fueron destruidos por los indígenas por causa del temor de que los frailes los denunciaran como ídólatras. No sabemos cuáles fueron esos documentos pictóricos que cita Durán con vaguedad.

Mientras que los informantes de Sahagún eran principales y jóvenes de alta cuna a quienes enseñaba latín, los que le informaban a Durán eran hombres y mujeres del pueblo. El dominico andaba por los mercados, hablaba con la gente que encontraba en los caminos y describía en sus escritos los espectáculos populares que había observado cuando niño en las calles de México. En fin, fue un hijo de dos mundos; admiraba a los mexicanos y se sentía uno de ellos, pero no olvidaba su origen español ni se le escapaba que su misión en la vida era erradicar las creencias y prácticas paganas. Este jaloneo de un lado a otro se nota en toda su obra. Sahagún y los demás mendicantes sentían mucho amor por los indígenas, tenían una actitud paternal, pero lo que vemos en Durán es que muchas veces se inclinaba más al mundo mexicano que al español.

Su cercanía con el pueblo y las anécdotas que cuenta dan a la obra de Durán un carácter ameno, muchas veces divertido; por ejemplo, conocía a una anciana de más de 90 años que siempre se excusaba de ir a misa pretextando su edad avanzada, pero nunca faltó al día de mercado, aunque tenía que caminar mucho para llegar a la plaza. Un día cayó muerta, y su cuerpo fue llevado a la iglesia, pero sus parientes y sus amigos mercaderes insistían en que no debían enterrarla en el panteón de la iglesia sino en el mercado, el lugar que tanto había amado en vida. Durán parece no haber protestado por esa decisión.

Un día fray Diego entró en una iglesia donde un sacerdote predicaba en náhuatl, pero habló tan largamente que la gente empezó a aburrirse. Durán notó que unos hombres estaban rayando el piso en la parte posterior de la iglesia y tenían unas piedritas, entonces se dio cuenta de que estaban jugando *patolli* en vez de escuchar el sermón.

Su conocimiento de las costumbres mexicanas y del calendario antiguo le abrieron muchas puertas; por ejemplo, una vez que un pueblo pidió permiso para edificar una ermita, se concedió la licencia y se mandó que ésta llevara el nombre de San Pablo o San Agustín, pero la gente del pueblo insistió en nombrarla San Lucas. Durán, preocupado por el hecho, consultó “el calendario de los ídolos”, al mismo tiempo que preguntó al cacique del lugar en qué día había nacido. Respondió el hombre que en el signo *calli* (casa); entonces pudo averiguar que el día de san Lucas caía ese año en el día y signo *calli*, y que por eso lo habían escogido. En otra ocasión, al regañar a un indígena por el excesivo gasto en fiestas que no eran precisamente cristianas, el hombre contestó: “Padre, no te espantes, pues todavía estamos *nepantla*”, es decir, en medio.

Aparte de su acercamiento al pueblo, que le dio mucha información, consultó una historia oficial de los mexicas, escrita en náhuatl, hoy perdida, que se ha llamado la *Crónica X*, también vista por otros historiadores del siglo xvi. Los manuscritos o códices que consultó fueron otras fuentes importantes de datos. Relata que un día, un principal de Texcoco le enseñó

un documento que mostraba a Motecuhzoma encadenado, pero desgraciadamente no pudo conservar esos papeles y criticó severamente a las personas que habían destruido esos valiosos documentos.

El fraile decía que en las pinturas “tenían escritas sus leyes ordenanzas, sus padrones, etcétera, todo con mucho orden y concierto”. Y agrega que

había excelentísimos historiadores que, con estas pinturas, componían historias amplísimas de sus antepasados, las cuales no poca luz nos hubieran dado, si el ignorante celo no nos las hubiera destruido. Porque hubo algunos ignorantes que, creyendo ser ídolos, las hicieron quemar, siendo historias dignas de memoria.

Durán produjo tres obras: el *Libro de los ritos y ceremonias en las fiestas de los dioses y celebración de ellas*, escrito entre 1574 y 1576; el *Calendario antiguo*, terminado en 1579, y la *Historia*, terminada en 1581. El manuscrito original que contiene los tres libros, intitulado *Historia de las Yndias de Nueva España y Yslas de la Tierra Firme*, se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sección de Manuscritos, cat. vit. 24-11. Durante siglos fue desconocido, hasta que el mexicano José Fernando Ramírez lo descubrió, a mediados del siglo XIX, y lo mandó copiar; tal copia está en el Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología de México, cat. 556 (15 585).

Los cambios en el siglo XVI

Si las obras de Sahagún, de Durán y de otros cronistas religiosos contenían muy valiosa información, tanto para los clérigos como para los historiadores, y hasta para los que estudian la economía o la política de antes, ¿por qué desaparecieron durante siglos? ¿A qué se debe el cambio o la falta de interés en esos escritos?

La respuesta a estas preguntas la encontramos en los cambios ocurridos en la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVI. Al principio de la conquista española, la intervención de los religiosos fue indispensable; como uno de los fines de la conquista era evangelizar a la gente de estas tierras, los encargados de la tarea tenían que ser los frailes, quienes tuvieron que aprender las lenguas indígenas y acercarse al pueblo, pues sólo así podían realizar la tarea con cierta prisa.

Muchos indios aceptaron de inmediato la nueva fe, mientras que quienes no lo hicieron tuvieron que trabajar en las minas. Numerosos indios murieron por las enfermedades importadas, así que el control religioso no representó problema alguno.

La actitud protectora de los frailes no fue bien vista por la Inquisición, por lo que, cuando ésta se instaló en México, las órdenes mendicantes

fueron reemplazadas por el clero secular, lo que restó prestigio y poder a hombres como Sahagún, Mendieta, Motolinía, Durán y otros. La información recopilada sobre la vida, las costumbres, y especialmente la religión de los indígenas se vio entonces como subversiva, de modo que la Corona española, ahora con Felipe II, retiró el dinero para este tipo de trabajos.

Los primeros frailes que llegaron a México, sobre todo los franciscanos Mendieta y Motolinía, tenían ideas milenaristas que se vieron como peligrosas. Entre 1541 y 1576 hubo algunas rebeliones indígenas. También Martín Cortés, hijo de Hernán, conspiró contra la Corona en un intento de establecer un México independiente (1565-1566), y Diego Luis de Motecuhzoma, de la familia de Motecuhzoma Xocoyotzin, trató de encabezar un movimiento político antihispano. El poder de España estaba en peligro y lo que menos querían las autoridades era la continuación de las obras de los frailes que escribían sobre los anteriores dueños del territorio.

En 1575, después de la muerte de Ovando, quien había favorecido a los mendicantes, el nuevo presidente del Consejo de Indias condenó las obras que consideró subversivas. En una cédula del 22 de abril de 1577, que Felipe II mandó al virrey Martín Enríquez, se prohibía cualquier documento que tratase sobre las "supersticiones y manera de vivir de los indios" en cualquier idioma, y ordenaba que las obras de Sahagún y otros religiosos se confiscaran (Baudot, 1983: 471-500).

Casi todas las crónicas de este tipo fueron suspendidas, escondidas, mutiladas o perdidas, hasta su redescubrimiento en el siglo XIX. Entre ellas se encuentran las obras de Olmos, Sahagún, Las Navas, Martín de la Corona, Francisco Hernández, Mendieta, López de Gómara, Durán, la *Relación* de Michoacán y aun las cartas de Cortés. Las autoridades de los franciscanos, dominicos y agustinos lucharon en contra de estos actos, argumentando que los datos contenidos en los documentos eran para uso exclusivo de los religiosos y que de ninguna manera iban a contribuir al renacimiento de la idolatría. En 1581 la Inquisición cambió de parecer y permitió, cuando menos, que los escritos se hicieran en lenguas nativas (S.L. Cline, 1989: 14).¹

¹ En 1681 se publicó en Madrid la *Recopilación de leyes de los reinos de las Indias*, que presenta una pequeña porción del cedulario real, que cubre leyes o parte de ellas, de los siglos XVI y XVII. El Libro Primero, Título Sexto, Ley Primera, dice claramente que el Patronazgo Real, vigente desde la época de los Reyes Católicos y concedido por el papado, convierte a la Corona en la máxima autoridad sobre la Iglesia de las Indias, a pesar de la "estimación y respeto eclesiásticos" como parte del buen gobierno. Las autoridades civiles no se hallaban sujetas a las eclesiásticas, sino que respondían sólo ante Dios. De todos modos existía "la indisoluble unidad de Reino e Iglesia". El rey apoya al clero secular porque es su autoridad, pero no ocurre lo mismo con las órdenes regulares, cuya autoridad es el papa. Dice la ley citada aquí que "el Patronazgo [que fortalece al Estado español] de todas las Indias pertenece privativamente al Rey y a su Real Corona, y no puede salir de ella en todo ni en parte", de modo que había "la subordinación terrena de las autoridades religiosas a las civiles" (*De las leyes de Indias. Recopilación...*, 1988). Un estudio acerca de la confiscación de documentos en México en

Georges Baudot, en su *Utopía e historia en México* (Espasa-Calpe, 1983), dice que, aun cuando las represiones eran menos severas en el siglo xvii por la consolidación del país, el marcado descenso demográfico y el hecho de que en ese tiempo los clérigos no eran milenaristas, las prohibiciones contra las obras mencionadas continuaron hasta el siglo xix, muy cerca ya de la Independencia.

Hemos mencionado que los tres libros de Diego Durán durmieron en la Biblioteca Nacional de Madrid durante siglos, hasta que José Fernando Ramírez los descubrió. No trataremos aquí sobre el fin de otros escritos ni sobre los cambios sociopolíticos y económicos en el siglo xvi (como las leyes de 1542 que afectaron la encomienda), pero como conclusión diremos lo que pasó con Sahagún en 1585: a causa de las persecuciones, y por el hecho de que su gran obra se encontraba en España, el franciscano, viejo y enfermo, trabajó con notas y volvió a escribir su libro 12, que trata de la conquista española de México. Manifestó que únicamente quería revisar el contenido lingüístico, pero en una comparación hecha por S.L. Cline entre la versión de 1585 (cuyo original está perdido, pero cuya copia —que es copia de la versión hecha por Bustamante, ahora en el AHMNA de México— se encuentra en la Biblioteca Pública de Boston) y la que escribió Sahagún antes, la autora encontró que la segunda versión, la de 1585, favorece a la intervención española y relata la conquista desde el punto de vista de los europeos. En su libro, Cline ofrece muchos ejemplos de esta discrepancia, pero aquí se mencionan sólo tres.

Sahagún justifica el saqueo del palacio de Motecuhzoma al decir que de esa manera Cortés pudo conservar la lealtad de sus soldados. La masacre de los nobles mexicas realizada por Alvarado es vista por Sahagún como una medida necesaria para evitar una conspiración contra los españoles. Y en esta versión, la presencia de Cortés justifica toda la conquista; Sahagún ve en el conquistador un instrumento de Dios.

Algunos autores, como Baudot, S.L. Cline y otros, han visto toda la obra enciclopédica de Sahagún, con excepción de la de 1585, como las palabras de los informantes indígenas, como el gran proyecto dirigido por el franciscano, y los cambios en el libro 12 como expresión del pensamiento de Sahagún mismo, influido por la presión del mundo de Felipe II. Si esta versión de 1585 de la conquista, casi desconocida, nos decepciona un poco, creo que habría que verla como un grito de supervivencia de un investigador incomparable del México prehispánico y colonial temprano, un hombre que dio su vida al pueblo de México, y cuyo amor por el país y su gente se vislumbra claramente en las páginas de su obra. Sin embargo,

el siglo xvi se encuentra en *Conquest of New Spain. 1585 Revision by Bernardino de Sahagún*, por S.L. Cline, University of Utah Press, 1989.

este recurso no le valió, pues a fin de cuentas fue discriminado, sus escritos confiscados y su labor ignorada. En sus últimos días —Sahagún murió en 1590— trató de darles gusto a sus perseguidores o acaso de convencerse a sí mismo de posibles “errores”; esto nunca lo sabremos ni podemos juzgarlo. Sahagún, Durán, Olmos, Mendieta y otros hombres que dedicaron su vida a México nos han dejado, aunque trancos, los documentos que nos permiten reconstruir la vida y el pensamiento de los antepasados.

Las vicisitudes del siglo xvi, época de fermentación, se reflejan en el destino de las obras escritas por esos frailes, que nos enseñaron tanto.

Bibliografía

Alvarado Tezozómoc, Fernando

1949 *Crónica Mexicáyotl, 1609*, trad. del náhuatl por Adrián León, México, UNAM.

Baudot, Georges

1983 *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, trad. del francés por Vicente González Loscertales, Madrid, Espasa-Calpe.

Cline, S.L. (ed.)

1989 *Conquest of New Spain. 1585 Revisión by Bernardino de Sahagún*, trad. al inglés por Howard F. Cline, Salt Lake City, University of Utah.

Colston, Stephen A.

1973 “Fray Diego Durán’s ‘Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme’: A Historiographical Analysis”, tesis de doctorado, University of California, Los Ángeles.

1988 *De las Leyes de Indias (Antología de la recopilación de 1681)*, selección, estudio introductorio y notas de Alberto Sarmiento Donate, Quinto Centenario, México, SEP.

Dibble Charles E.

1982 “Sahagún’s Historia”, en fray Bernardino de Sahagún, *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain, Introductions and Indices*, Santa Fe, Nuevo México, School of American Research/University of Utah, núm. 14, parte I, pp. 9-23.

Durán, Diego

1967 *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, 2 vols., Ángel Ma. Garibay K. (ed.), México, Porrúa.

1977 *Book of the Gods and Rites and The Ancient Calendar*, trad. al inglés y editado por Fernando Horcasitas y Doris Heyden, prólogo de Miguel León-Portilla, 2a. ed., Norman, University of Oklahoma Press (The Civilization of the American Indian Series, vol. 102).

1994 *The History of the Indies of New Spain*, traducido, anotado y con una introducción por Doris Heyden, Norman, University of Oklahoma Press.

- Fernández del Castillo, Francisco
 1925 "Fray Diego Durán", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, vol. IX, núm. 3, pp. 223-229.
- García Martínez, Bernardo
 1966 "La *Historia* de Durán", *Historia Mexicana*, núm. 61, México, El Colegio de México, pp. 30-47.
- Garibay K., Ángel María
 1969 "Proemio general", *Historia general de las cosas de Nueva España. Escrita por fr. Bernardino de Sahagún, franciscano*, Ángel Ma. Garibay K. (ed.), 2a. ed., México, Porrúa, vol. I, pp. 7-23.
- Jiménez Moreno, Wigberto
 1938 "Fr. Bernardino y su obra", en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Pedro Robredo, vol. I, pp. XIII-LXXXIV.
- Klor de Alva, J. Jorge, H.B. Nicholson y Eloise Quiñones Keber (eds.)
 1988 *The Work of Bernardino de Sahagún. Pioneer Ethnographer of Sixteenth-Century Aztec Mexico*, Albany y Austin, Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York at Albany/University of Texas Press (Studies on Culture and Society, 2).
- León-Portilla, Miguel
 1982 *Florentine Codex*, véase Sahagún, "Prefacio", pp. xiii-xv.
- Ricard, Robert
 1966 *The Spiritual Conquest of Mexico: An Essay on the Apostolate and the Evangelizing Methods of the Mendicant Orders in New Spain: 1523-1572*, trad. al inglés del francés por Lesley Byrd Simpson, Berkeley, University of California Press.
- Sahagún, Bernardino de
 1950- *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain*, trad. del náhuatl al inglés por Arthur J.O. Anderson y Charles E. Dibble, Santa Fe, Nuevo México, School of American Research/University of Utah, 13 libros.
 1979 *Códice Florentino*, manuscrito 218-220 de la Biblioteca Medicea-Laurenziana, facsímil, 3 vols., Giunti Barbera, Florencia, Italia (edición del Archivo General de la Nación, México).
 1969 *Historia general de las cosas de Nueva España. Escrita por fr. Bernardino de Sahagún, franciscano*, Ángel Ma. Garibay K. (ed.), 2a. ed., México, Porrúa, 4 tomos.
- Sandoval, Fernando B.
 1945 "La relación de la conquista de México en la *Historia* de fray Diego Durán", *Estudio de historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México.
- Suárez de Peralta, Juan
 1990 *Tratado del descubrimiento de las Indias*, estudio preliminar por Teresa Silva Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Cien de México).

El área agrícola de Tacuba

Emma Pérez-Rocha

El tema de este trabajo se ceñirá exclusivamente al núcleo de la otrora región tepaneca; no se tratarán aquellos señoríos sujetos a Tacuba con una clara tradición *tlatoani*, como sería el caso de Cuauhtitlan y Coyoacan. Por lo que se refiere a los situados al norte de la región, también se dejarán de lado pues, a pesar de estar sujetos a Tacuba y poseer fuertes vínculos tributarios con dicho centro, tenían nexos políticos más débiles; en la época colonial conformaron provincias por sí mismos. El estudio se centrará en el periodo colonial, básicamente en los siglos *xvi* y *xvii*; para entonces estaba definido, pese a algunas variantes, el territorio que comprendía la llamada villa de Tacuba, centro hegemónico de la región y que será el que aquí se analizará.

Iniciaremos definiendo las características físicas de la región. La cuenca de México se encuentra rodeada por una serie de cadenas montañosas; en su parte occidental se localiza, de suroeste a oeste, la llamada Sierra de las Cruces, que se continúa al sur con la serranía del Ajusco y sigue por el poniente con las serranías de Monte Alto y Monte Bajo. La altitud de estas sierras y lomeríos va de los 2 500 a los 3 000 metros:

sus puertos son en lo general altos y dificultan el trazo de vías de comunicación. Es posible distinguir algunos picos y accidentes que por su proximidad a la ciudad de México son bien conocidos, como los Remedios y Chimalpa... De la citada cadena montañosa... se desprenden por el oeste los cerros de Salazar y por su lado oriente los lomeríos de Santa Fe, Mixcoac, Tacubaya, Molino del Rey y Tacuba.¹

Igualmente, más al norte las ramificaciones orientales penetran a Huitzilucan, Xilotzingo, Nicolás Romero (Tlazala) y Atizapán de Zaragoza, lugares que convergen en nuestra región.

Sus características son propias de una región montañosa; en ella abundan los pinos, el oyamel, el cedro blanco y el encino. A los pies de

¹ Jorge L. Tamayo, *Geografía general de México*, vol. I, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1962, p. 234.

estas serranías se extendía una franja costera que tocaba “la cota de los 2 240 m.s.n.m. que es aceptada como la cota máxima de inundación del lago hacia el momento de la conquista”.²

La extensión de esta planicie cambió de la época prehispánica a la colonial, y se localizaban allí los pueblos de Tacuba, Azcapotzalco, Tlalnepantla, Cuauhtitlán, Tultitlán y Naucalpan, algunos de ellos parte importante de nuestro estudio.

La intensa pluviosidad y el considerable número de corrientes, 13 en total, dieron características especiales a esta región. Es una zona en la que con mucha frecuencia se desbordan los ríos y arroyos, lo que propició la realización de obras hidráulicas en la época prehispánica y en la colonial.

El territorio colonial se conformaba por los siguientes pueblos: Tacuba, San Antonio Huitzilucan, San Bartolomé Naucalpan, San Esteban Popotla y Corpus Christi Tlalnepantla, cada uno con sus respectivos barrios. Por lo que respecta a Naucalpan, se dividía igualmente en barrios, varios de los cuales desaparecieron para convertirse en pueblos o en colonias, y son: Esteban Ahuilasco, San Luis Tlatilco, San Mateo Nopala, San Juan Totoltepec, San Lorenzo Totolinga, San Rafael Chamapa, San Lorenzo Tlatenango, San Antonio Xomeyucan, Santiago Yosipaco.

Por lo que se refiere a Tlalnepantla, sus sujetos nos permiten definir el territorio occidental de la villa de Tacuba. En el Monte Alto: San Luis Zacachiuca o Sayuca, Santa María Mazatla, San Miguel Tecpan, Santa Ana Xilotzingo, Santiago Tlazala, Tepetlasco y La Transfiguración. En el Monte Bajo: Santa María Magdalena Tzitzicaspan, San Francisco Chimalpa, San Francisco Nacaz, Nacascahuacan o Magú, San Francisco Ayo-tusco, San Pedro Azcapotzaltongo, Santa Magdalena Cahuacan, San Miguel Ila, San Francisco Tizapán, San Mateo, San Lorenzo Xolalpan, Santa María Calacoaya, San Andrés Tulpan y San Lucas.

La jurisdicción de Tacuba sufrió cambios durante todo el periodo colonial; el más palpable fue la pérdida de una gran parte de lo que fue su territorio prehispánico. Sus límites en el siglo xvi eran: al norte, la provincia de Teotlalpan, la línea divisoria iba entre Azcapotzaltongo y Tepoxaco pasando al sur de Tultitlán. Al sur, en el año de 1526 aún se reconocía parte de la jurisdicción prehispánica y el límite estaba en los pueblos de Coatepec y Tlallasco (Atarasquillo), ya en el Valle Matlatzinca; sin embargo, en 1560 este último formaba parte de la alcaldía mayor de Matlatzingo; de esta manera el límite pasó a Coyoacán, en el periodo en que la Corona secuestró al Marquesado del Valle, de 1567 a 1574, quedando unido este pueblo a Tacuba. Al oriente, su límite fue la ciudad de México-Tenochtitlan

² Fernando A. Miranda Flores, “Tlacopan: la capital del señorío tepaneca en el siglo xvi”, ponencia presentada en el Seminario Alfonso Caso “La época final del México antiguo, siglos xiii al xvi”, México, julio de 1990.

y Tlatelolco. Al poniente, la línea divisoria iba de Azcapotzaltongo, en el noroeste, hacia Tlazala y Xilotzingo, en el sur, hasta llegar a Huitzquilucan, que limitaba con Coyoacán,³ lugar que de hecho no formaba parte de Tacuba, pero sí del área tepaneca.

Al término de la conquista, surgió el interés por la tierra por parte de los conquistadores y nuevos pobladores, interés que sustentaban como derecho de conquista y que fue materializado a través de las peticiones de mercedes de tierra y agua.

Así, con rapidez el territorio de la villa de Tacuba fue ampliamente mercedado; las mercedes de tierra se dieron a todo lo largo del territorio, en sus dos nichos ecológicos: la serranía y la planicie. En cada uno de ellos el tipo de merced fue diferente; principalmente, pero no de manera exclusiva, se otorgaron sitios para estancias de ganado menor en los montes; en contraposición, en la planicie se dieron tierras para el cultivo; además se concedieron algunos sitios para estancia, específicamente en Tultitlán, Tlalnepantla, Naucalpan y en la misma cabecera de Tacuba. Por lo que toca a las estancias para ganado menor, se mercedaron en los pueblos de Azcapotzaltongo, Xilotzingo, Chimalpa, Chapulmaloya, aunque allí también se dieron caballerías de tierra para labranza por las características del área.

Se especifica que la merced otorgaba casas, solares, tierras, caballerías y peonías, haciendo distinción entre escuderos y peones. Debía ser otorgada en los baldíos de pueblos encomendados o realengos, y al momento de la donación se daba la posesión de la tierra, no la propiedad, quedando ésta, de momento, condicionada. Según la ley, sólo después de cuatro años, y una vez que el donante había establecido su morada, adquiría la propiedad de la tierra mercedada, obteniendo entonces la facultad de disponer de ella; incluso ya podía venderla. Sin embargo, para Tacuba el plazo variaba; éste iba de 12 meses a dos años e incluso en algunos casos llegaba a cuatro.

La Corona tenía derecho a confiscar la merced si surgía la necesidad de darle otro uso, como sería el caso de la fundación de una ciudad o villa, pagando una indemnización por la tierra ya ocupada. Se establecía que la donación debía hacerse sin daño a terceros, específicamente a los naturales, dejándoles sus tierras, heredades y pastos; en esto surgieron problemas importantes para los indígenas, al llevarse a cabo las primeras mercedes.

A lo largo del territorio de la villa de Tacuba, los beneficiarios de las mercedes fueron los conquistadores, sus descendientes, los nuevos po-

³ Emma Pérez-Rocha, *La tierra y el hombre en la villa de Tacuba durante la época colonial*, México, INAH (Científica, 115), 1982, p. 33.

bladores y un grupo de suma importancia por su fuerza política y económica: los funcionarios reales. Así, para 1550 se los tiene poseyendo tierras por todo el ámbito de la Villa. La Corona, con el fin de evitar la creación de una fuerza que en un momento determinado pudiera enfrentársele, trató de evitar las actividades extraoficiales de sus funcionarios. Al promulgarse las Leyes Nuevas, en 1542, se prohibió a los oidores y a los oficiales de justicia la posesión de cualquier granjería de ganado mayor o menor, estancias, labores o minas, empresas comerciales y negocios en compañía o por interposición de terceros, directa o indirectamente.

Sin embargo, varios de ellos obtuvieron mercedes y en mayor o menor medida, valiéndose de su poder, generaron una clase de propietarios que dieron gran impulso al desarrollo de las incipientes empresas económicas que se dieron en la villa de Tacuba.

El reparto de tierras no se hizo de manera fortuita, sino que hubo un pleno conocimiento del terreno antes de mercedarlo. Este conocimiento se obtenía directamente, a través de la información proporcionada por los indígenas, quienes conocían ampliamente la estructura territorial del *Tlatocáyotl* tepaneca; evidencia de ello son el *Códice Osuna*, el "Memorial de los pueblos de Tlacupan" y las declaraciones de los testigos en la probanza del cacique de Tacuba don Antonio Cortés Totoquihuaztli, que reflejan la estructura política, territorial y tributaria del Imperio Tepaneca en la época prehispánica.

Además existía la "información", averiguación previa, en muchos casos, a la merced, cuyo fin era saber la localización de la tierra que se iba a mercedar, su calidad, la existencia de agua en sus cercanías, el clima y el tipo de vegetación en ella, su proximidad con otras propiedades ya fuesen de indígenas o de españoles, etcétera. Es decir, se buscó el conocimiento total de la región, que desde la época prehispánica gozó de importancia en varios niveles. El papel de Tacuba en esos momentos consistió en ser el enlace entre el sistema de montaña y la franja costera, llevado a cabo a través del control hidráulico, en esta última, del agua proveniente de un gran número de corrientes y manantiales generados en la montaña, y del aprovechamiento de los recursos de cada una de las dos zonas.

Además, la Sierra de las Cruces tuvo como función comunicar a los habitantes del lago central de México con los del valle de Toluca,⁴ por ello quizá la evidencia de relaciones de Coyoacán con Xallatlahuico y Atlapulco, o de Tacuba con Tziutepec y Cepayautla.

Es decir, los españoles se encontraron ante una región bien integrada, pese a sus diferencias ecológicas, de buenas tierras, con suficientes

⁴ Brigitte Boehm de Lameiras, *Formación del Estado en el México prehispánico*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1986, p. 251.

recursos hidráulicos, con la mano de obra necesaria para sus incipientes empresas, así como con recursos agrícolas, madereros y ambientales propicios para su desarrollo. Además contó mucho su proximidad a la ciudad de México.

Todos estos elementos determinaron una rápida ocupación de la tierra, que trajo como consecuencia el que las características de la región fueran diferentes a las prehispánicas. Dos hechos sustanciales contribuyeron a ello: la introducción de la siembra de trigo y la cría de ganado menor.

Por lo que respecta al trigo, su siembra y aclimatación se efectuaron rápidamente, y en el temprano año de 1529 se le mercedó a don Diego Delgadillo un herido de molino, probablemente para echar a andar algún molino. Sabemos que también los indígenas sembraban trigo poco después de la llegada de los españoles.

En cuanto a la cría de ganado, fueron las estancias de ganado menor las que más abundaron, aunque en menor medida también las hubo de ganado mayor; inclusive hubo indígenas que en 1566 tuvieron una en las inmediaciones de Tlalnepantla. Como se ve, hubo cambios muy rápidos en la utilización del suelo, se introdujeron nuevos cultivos y el ganado caprino y lanar proliferó por todo el territorio, inclusive en aquel destinado al cultivo, como fue el caso de Tlalnepantla.

En Tacuba, el interés por la tierra fue tal, que de inmediato se empezaron a dar litigios por la posesión de la misma entre españoles y entre éstos y las comunidades indígenas. La causa primordial radicó en el intento, por parte de los propietarios de tierras, de ocupar una mayor extensión de la que se les había mercedado. Ante esta situación, el virrey don Luis de Velasco emitió un mandamiento a Pedro Rodríguez Parrón, vecino de la ciudad de México,

para que con vara de justicia vaya a los términos de los pueblos de Tacuba, Coyoacán y sus sujetos y se informe qué caballerías están dadas, si a vecinos de la ciudad de México o de otras partes y los haga presentar los títulos y merced para saber la cantidad de tierra que les pertenecía. Y una vez medida se han de amojonar y señalar...

Y ordenó el virrey

que la demasía que tuviere se la quitéis y hagáis ante mí razón de todo y si alguna persona le faltare alguna cantidad de tierra de la merced que les tuviere hecha y otra persona linde con él tuviere alguna demás, vos mando... que esa demasía supla lo que le faltare a otro propietario...⁵

⁵ AGN, Mercedes, vol. 4, exp. 79, f. 122.

Si se encontrasen dueños sin títulos, debían de ser presentados ante el virrey para que se les quitase la tierra y se proveyese lo conveniente. La tierra en la villa de Tacuba no sólo se mercedó a los españoles como una recompensa a su actuación en la conquista y se trató de mantener la propiedad de las comunidades en su carácter comunal o individual, sino que se dieron dos casos en los cuales se reconoció a la nobleza indígena, aunque con características particulares.

A doña Isabel Moctezuma, hija legítima de Moctezuma, le fueron dados en encomienda varios pueblos: "... Tacuba, Yetepec, Chimalpa, Xilotzingo, Coatepec, Tlallasco, Tlazalla, Guatuzco, Huisquiluca, Chapulmaloyan, Azcapotzaltongo y Duotepeque";⁶ dicha encomienda le daba el derecho a tener el tributo de ellos, no así la propiedad territorial de los mismos. Ante esto, para 1546, Juan Cano, tercer esposo de doña Isabel, a nombre de ésta pidió al rey le fuesen reconocidas de su propiedad las tierras patrimoniales que habían pertenecido a Moctezuma ubicadas en un amplio y disperso territorio dentro y fuera de la cuenca de México: en Tacuba, Xilotepec, el valle Matlatzinca, Chalco y algunas partes de Morelos.

Ante esta petición, el rey ordenó hacer una "información" sobre la autenticidad de la propiedad de estas tierras. La investigación duró casi diez años, al término de los cuales las autoridades virreinales emitieron su parecer en el sentido de reconocer a Isabel como legítima descendiente de Moctezuma y con los derechos a las tierras que habían pertenecido a su padre.

El tiempo había transcurrido y las tierras pedidas ya habían sido mercedadas a varios colonizadores españoles; en opinión de las autoridades virreinales, el hecho de entregarlas a doña Isabel traería un sinnúmero de problemas que no estaban dispuestos a crear.⁷ De esta manera, pese a haberse comprobado el derecho que tenía ella a la tierra de su padre, sólo se le concedió a don Juan de Andrada, hijo del segundo matrimonio de doña Isabel, una caballería de tierra en el año de 1565 y tres caballerías a Gonzalo Cano, otro de sus hijos, en 1567.⁸

El otro caso fue el de don Antonio Cortés Totoquihuaztli, cacique de Tacuba; en contraposición a lo acontecido con doña Isabel Moctezuma, a él sí se le reconoció desde un principio su calidad de señor, descendiente de un *tlatoani* prehispánico, y su derecho a la posesión de ciertas tierras que habían pertenecido a sus antepasados, así como de las tierras de señorío adscritas a la gobernación del cacicazgo. Tenemos conocimiento de ellas a través del testamento del cacique, fechado el 29 de abril de 1574, pero no se especifica en él cuáles eran las patrimoniales y cuáles

⁶ Emma Pérez-Rocha, *op. cit.*, p. 47.

⁷ AGI, Patronato Real, 254, R° 3; 181, R° 8.

⁸ AGN, *Mercedes*, vol. 4, exp. 8, f. 189v; vol. 9, f. 7r.

las de señorío. Estas últimas se pierden en el transcurso de la Colonia, en contraposición a las patrimoniales, que sí conservaron. Las tierras propiedad del cacique y su familia se localizaban de la cabecera de Tacuba hacia el pueblo de Naucalpan, a excepción de la estancia de ganado mayor que poseía en San Francisco Chimalpa. No presentaban una unidad territorial sino una gran dispersión, al localizarse entre tierras propiedad de hacendados españoles o bien rodeadas de las tierras de los barrios. Sin embargo, consideramos que en la época prehispánica y en los primeros años de la Colonia pudieron haber formado una unidad que se acabó al romperse la organización territorial indígena y establecerse la propiedad española, aunque también puede ser que ese patrón disperso haya sido característica prehispánica.

La posesión de la tierra no se dio de una manera estática, y tanto en el siglo *xvi* como en el *xvii* hubo transformaciones que alteraron su desarrollo. A inicios de la Colonia, la propiedad o posesión de la tierra fue utilizada por la Corona para arraigar al poblador, bien único junto con la encomienda con el que se podían retribuir los servicios prestados por los conquistadores, respetando, con un fin plenamente deliberado, la propiedad comunal de las comunidades autóctonas y la particular de la nobleza indígena; en este último caso siempre y cuando el noble indígena sirviera a los intereses de dominio y sujeción de la Corona. Pero a la vez, en cuanto a la propiedad española, se cuidó de mercedar la tierra según ciertos condicionamientos.

Otra actitud de la Corona ante la posesión de la tierra está presente en el reconocimiento al derecho que tenían las comunidades a poseer sus tierras, puesto que en los primeros años de la Colonia ésta fue la base sobre la que se tasaba el tributo.

El interés creciente por parte de los nuevos pobladores en poseer más tierra de la que se les había mercedado, no por el afán de acumular tierras sino por la existencia de un mercado cada día más amplio que necesitaba de mayores áreas de producción, hizo que desde épocas tempranas se diese la venta de tierra indígena a españoles, pero ante el peligro de la desaparición de las comunidades indígenas absorbidas por la propiedad española, se prohibió la venta de sus tierras, aunque surgieron mecanismos que de inmediato propiciaron la pérdida de las mismas.

Así, para 1591, cuando muchos propietarios poseían tierras más allá de las mercedadas o adquiridas legalmente y la Corona se encontraba sumida en dificultades económicas producto de la falta de visión en la administración de sus colonias, ésta decidió imponer las composiciones de tierras, lo cual significaría una importante entrada de dinero en las arcas reales.

Una vez establecida la composición de la propiedad española, definida territorialmente por los límites con las comunidades indígenas y los terrenos comunales de las villas o pueblos españoles, el virrey podía conceder

nuevos títulos a los que poseían tierras irregularmente. No obstante, pese a la urgencia de la Corona, no tanto de regularizar la tenencia de la tierra sino de obtener la composición monetaria, fue hasta los años de 1642 y 1648 cuando se logró cobrar las composiciones. Para los hacendados españoles significó la legalización de la usurpación paulatina de las tierras indígenas, iniciada a todo lo largo del siglo xvi, incrementada en el xvii y casi consumada en el xviii.

Los casos de usurpación de las tierras indígenas son innumerables y están en íntima relación con las relativamente “grandes propiedades” que existieron en la villa de Tacuba. En todo su territorio se dieron litigios por la posesión de la tierra, puesto que cuando la usurpación se intentaba o lograba, de inmediato surgía la queja de los indígenas, quienes presentaban una verdadera resistencia a la acometida de los españoles.

La expansión de la propiedad española, las más de las veces lograda a través de la usurpación de las tierras, encontró mecanismos aparentemente dentro de la legalidad, como fueron el arrendamiento y la venta de tierras de posesión indígena, llevada a cabo algunas veces contra su voluntad.

En los siglos xvi y xvii, la configuración del territorio de la villa de Tacuba, a la luz de la documentación existente, fue de una ocupación casi total de la tierra, unida a una gran fragmentación de la misma. Será hasta el siglo xviii cuando podamos hablar de concentraciones mayores de tierra, pero sin que signifiquen latifundios ni mucho menos. El tipo de unidad agrícola que se dio en el territorio fue de pequeños ranchos o haciendas, así llamados por sus propietarios desde el siglo xvii. A partir de entonces hubo una paulatina concentración de la tierra que favoreció la formación de haciendas de gran importancia en la región, aunque no de gran extensión, las cuales se desarrollaron plenamente en el siglo xviii, como fue el caso de La Blanca, Santa Mónica, Jesús del Monte y el Molino Prieto.

La hacienda de Santa Mónica, situada entre los pueblos de Calacoaya y Tlalnepantla, fue una de las más importantes de la región y donde hubo una mayor concentración de tierras; en el año de 1730 se componía de 72 caballerías de tierra.

Por lo que respecta al Molino Prieto, formó parte de los bienes del segundo mayorazgo López de Peralta, instituido en 1607 por Gerónimo López, regidor de la ciudad de México e hijo del conquistador del mismo nombre. Se ubicaba entre los pueblos de Tacuba y Naucalpan, e inicialmente llevaba el nombre de Hacienda de los Molinos. Contrariamente a lo sucedido en la hacienda de Santa Mónica, que tuvo un considerable aumento hasta el siglo xviii, el Molino Prieto llegó a su extensión máxima en el siglo xvi a través de mercedes y de una amplia compra de tierras indígenas. No se dio en él una gran concentración de tierra, pero por estar sus bienes vinculados al mayorazgo, tampoco se dividió o fragmentó sino hasta 1820, cuando se rompió el vínculo.

Por último, tenemos la hacienda de Jesús del Monte, posesión de los padres de la Compañía de Jesús a partir de 1595; se trataba de una hacienda y astillero de cortar leña, ubicada en términos de Huisquilucan.

Mercedes, ventas, donaciones nos muestran la gran movilidad de la tenencia de la tierra en los primeros años de la Colonia. En estos hechos estuvieron involucrados importantes personajes de la época, entre ellos el visitador y oidor Gómez de Santillán, Juan Cano, Andrés de Villaseca, Cervantes de Salazar, Lorenzo de Texada, los gobernadores de Tacuba, Francisco Muñoz y don Pedro Alvarado Chimalpopoca, y otros más. Situaciones diversas debieron de haber existido en este continuo cambio de propietarios, propio de una sociedad en su periodo de conformación, que poco a poco se va consolidando hasta integrar una economía propicia al desarrollo de unidades de producción lo suficientemente estables para fijar la propiedad y evitar los sucesivos cambios de propietarios.

La relación propietario español-comunidad indígena fue una relación de poder en la cual el grupo dominante —el español— buscó el máximo provecho. Las instituciones que principalmente enmarcaron esta relación fueron la encomienda y el repartimiento, por una parte, y el tributo por otra. A través de las primeras se tuvo asegurado el suministro de mano de obra, indispensable en las primeras unidades de producción que desarrollaron los españoles, y del tributo obtuvieron los elementos necesarios para su subsistencia. Consciente de esto, la Corona decidió, casi de inmediato, preservar a la comunidad indígena; la primera medida en este sentido está en relación directa con el reparto de tierra en favor de los españoles y consistió en legislar con el fin de evitar que los indígenas perdieran sus tierras gracias a que el monto del tributo que se debía entregar a las autoridades españolas a principios de la Colonia se basaba en la cantidad de tierra poseída, aunque esto cambió y la base para tasar el tributo fue el número de habitantes, variación que se dio sobre todo a raíz de las epidemias que asolaron a la población, disminuyéndola ostensiblemente.

La tenencia de la tierra de los indígenas siguió patrones prehispánicos, como sucedió con el tributo, aunque en éste la estructura original cambió mucho más rápido que la de la tenencia de la tierra, que de hecho conservó en gran medida su estructura indígena, con características tales como la propiedad comunal para los macehuales o común del pueblo, la prohibición de venderla, el gozar del usufructo mientras se cultivara y la pérdida de su posesión si no se trabajaba o si se abandonaba. De esta manera los indígenas y aun los caciques no gozaron de la propiedad privada de la tierra en su sentido estricto: sólo tuvieron la posesión, y la propiedad fue derecho de la Corona. Además, el reconocimiento del derecho que tenía el indígena a la tierra y la forma de posesión fueron factores de cohesión que permitieron, junto con otros elementos, la conservación de las comunidades.

Las primeras tensiones en la relación español-indígena surgieron alrededor de la tenencia de la tierra. Son innumerables los litigios que se dieron en toda la villa: los españoles, tratando de ampliar sus propiedades, y los indígenas, defendiendo sus tierras a nivel comunal o individual. En los siglos xvi y xvii la defensa se hizo más evidente y son numerosos los casos en que se falló a favor del indígena; sin embargo el avance de la propiedad española por todos los medios ilegales o seudolegales fue inexorable, haciendo crisis en el siglo xviii, cuando incluso pueblos y barrios quedaron dentro del territorio de las haciendas.

La villa de Tacuba constituyó una región que mantenía su tradición agrícola desde la época prehispánica, en la cual existió una racionalidad en la explotación de sus recursos agrícolas, por una parte, y madereros, por la otra; en ella se encontraba localizada la provincia de Cahuacan, que tributaba leña a la Triple Alianza. Estas características fueron un antecedente de suma importancia que generó un rápido interés por la propiedad de la tierra; además estaba su proximidad a la ciudad de México, la que pronto constituiría un amplio mercado para el consumo de la producción de las unidades agrícolas y ganaderas que se establecieron en ese espacio, las cuales se desarrollaron rápidamente por las necesidades de abastecimiento, tanto para la ciudad de México como para las comunidades aledañas.

Los pueblos principales de la región fueron la cabecera de Tacuba y Tlalnepantla; los demás, pequeños y dispersos en los montes Alto y Bajo, tuvieron asimismo un gran significado al ser primordialmente abastecedores de mano de obra, indispensable en las unidades agrícolas, en el pastoreo de cabras y ovejas, en el corte de madera y en la construcción de iglesias, casas y molinos. Puesto que se reconoció la zona de repartimiento prehispánico, estos pueblos continuaron acudiendo a los llamamientos coloniales para el trabajo en las obras públicas de la ciudad de México, sobre todo en el siglo xvi.

Otro elemento vital para el desarrollo de las unidades agrícolas asentadas en la región fue el agua. Se ha indicado que la zona presenta un alto grado de pluviosidad y que cuenta con una serie de ríos y arroyuelos insignificantes en tiempos de seca, pero peligrosos en sus avenidas en tiempo de lluvia; esto obligó a recrear un sistema hidráulico, ya existente de antiguo y que fue roto con la conquista.

Por las características señaladas, las inundaciones fueron un grave y constante problema. La acaecida en 1628 fue de tal magnitud que obligó a las autoridades a tomar medidas para evitar sus daños; así, se determinó que los ríos de Azcapotzalco y Tlalnepantla represaran sus aguas en los llanos y ciénegas cercanos a Tlalnepantla, a más de dividir sus aguas. La razón primordial de esta medida fue proteger a la ciudad de México y su zona agrícola, en gran parte contenida en el territorio de Tacuba.

Otros ríos importantes en la región fueron el de los Morales y el de San Joaquín, que bajaban de los montes por Tecamachalco y corrían hacia el oriente entre los ejidos de Chapultepec y Tacuba. Se trataba en este caso de ríos de corriente intermitente que causaban enormes perjuicios en tiempos de lluvia, por lo cual, como medida protectora, en el año de 1631 se fortificaron las cepas y arquería, se cerró la compuerta de Chapultepec y se engrosó y levantó la calzada que iba desde ésta a la huerta del Marqués del Valle en la Tlaxpana (cruce de las actuales calzadas de San Cosme y Melchor Ocampo), al igual que la calzada México-Tacuba, que era defensa de los ríos de Santorum o San Joaquín; otra de las funciones de esta calzada era regular el paso del agua de la laguna de México. A su vez, el río de los Remedios corría a su vera, para el riego de las huertas situadas a los lados de la calzada indicada.

Lo antes expuesto era sólo una fracción del sistema hidráulico. Otra parte muy importante fue la infraestructura de regadío; a más de los ríos mencionados se utilizaba para el riego el caudal de los arroyos de las Canteras de Xaltepec, el de Tepatlasco y los ríos de Totoltepec y el de San Javier. El agua de estos ríos se canalizaba hacia las tierras por regar, se abrían zanjas o acequias y se construía una presa al inicio de la zanja; la función de ésta era desviar el caudal del río a las diferentes tomas de agua, de cal y canto. Cada toma de agua tenía un orificio que proporcionaba la cantidad de agua que le correspondía a cada hacendado y comunidad; esta abertura se cerraba o abría según los días en que se tenía derecho al uso del agua.

Algunas haciendas tenían presas o pilas que les permitían almacenar el agua en forma permanente, o bien, presas efímeras o de céspedes sobre los ríos que cumplían su función de almacenamiento en época de sequía y eran rotas con las avenidas de los ríos. También había pilas repartidoras, a partir de donde se canalizaba el agua a las unidades agrícolas. De esta manera se creó un sistema hidráulico que permitía a los hacendados, dueños de huertas, labradores y comunidades indígenas de Tacuba el uso racional del agua.

El uso e importancia del agua en esta región estuvo en relación directa con el cultivo que se dio en ella del trigo, y en menor escala de la cebada; el primero se expandió rápidamente y fue sembrado incluso por los indígenas, aunque tanto los hacendados como los indígenas, sobre todo estos últimos, nunca dejaron de sembrar maíz. Dada la alta demanda de trigo, esta región se convirtió en abastecedora de un importante mercado: la ciudad de México.

En cuanto a la zona de montes, su importancia radicó, por una parte, en el suministro de madera, ya fuese para la construcción o bien como leña. No obstante, su corte fue cuidado hasta donde fue posible, para evitar que se hiciera indiscriminadamente. Por otra parte, al parecer el ganado

menor proliferó allí, existiendo un control sobre el número de cabezas; no se podía matar sin permiso. Aquí nos preguntamos si ese control tuvo relación con una racionalidad de la actividad ganadera o únicamente se buscó mantener niveles que no causaran desequilibrios en otras regiones en menoscabo de ésta.

El número ya creciente de haciendas y ranchos en el siglo xvii se incrementó en el xviii. Hubo un incesante cambio de propietarios hasta el siglo xx, pero el área agrícola de Tacuba perduró con haciendas como la de Legaria y la de Torre Blanca, y hacia el rumbo de Polanco, la de Los Morales y la de Anzures. Por lo que se refiere a Naucalpan y Tlalnepantla, si bien a partir de 1854 ya no pertenecieron a Tacuba, se conservaron como área agrícola hasta la década de los sesenta en el presente siglo, época en la cual persistían haciendas como El Cristo y Santa Mónica, que darán origen a los primeros asentamientos de la zona conurbada de la ciudad de México, dando paso a su vez a la incontenible mancha urbana que se expandirá por la antigua área agrícola de la otrora villa de Tacuba, cambiando una vez más las características de la región.

Esta obra
se terminó de imprimir
en el mes de febrero de 1996,
en los talleres litográficos de BERBE-
RA EDITORES S. A. de C. V. ubicados en
la calle Delibes 96, colonia Guadalupe Victo-
ria, México, D.F. En la impresión se utilizó
papel bond ahuesado de 37 Kg. para los
interiores, y papel couché cubiertas
de 139 Kg. para la portada. La
edición consta de 1000
ejemplares.

E

n este volumen se presentan las magistrales conferencias dictadas en 1991 en el Museo de El Carmen, y que fueron organizadas por el Área del México Antiguo de la DEAS del INAH.

Incluye un trabajo de Beatriz Barba sobre la importancia de la abuela en la sociedad quiché; infiere que tenía una vigorosa personalidad social entre los mayas del Protoclásico y del Clásico. Por su parte, William Folan informa sobre sus excavaciones en Calakmul, urbe arqueológica de Campeche en la época Clásica con impresionantes tumbas. Asimismo, Román Piña Chán, de uno de los murales de la zona arqueológica de Cacaxtla, Tlaxcala—interpretado como una batalla—, deduce momentos sacrificiales. Angelina Macías, de sus excavaciones en la Cuenca de Cuitzeo, Michoacán, escoge la zona arqueológica de Huandacareo para describirnos una rica vida cultural. También, Julio César Olivé hace una revisión de autores que, buscando la mítica Aztlán, escribieron sobre la Tira de la Peregrinación. Perla Valle presenta a Tepetlaóztoc como un señorío del Acolhuacan, tributario de México, y acude a toda clase de fuentes, como el *Códice Kingsborough*. Doris Heyden describe la vida de dos de los principales cronistas del siglo XVI: fray Bernardino de Sahagún y fray Diego Durán. Por último, Emma Pérez-Rocha resume su estudio—ya clásico— sobre el área agrícola de Tacuba, la vieja Tlacopan de la épica chichimeca.

